

MERCEDES FRANCO

SANGRE

ILUSTRADO POR ÁMBAR HERNÁNDEZ



DISPHON
EL PERRO
y LARANA

Narrativa





SANGRE

EL PERRO
y LA RANA

- 1.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2024
- 2.ª edición impresa, Fundación Editorial El perro y la rana, 2024
- 1.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2016

© Mercedes Franco
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2024
© Ámbar Hernández, ilustradora

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte,
Piso 21, El Silencio
Caracas - Venezuela, 1010

Correos electronicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Paginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: El perro y la rana
Twitter / X: [@elperroylarana](https://twitter.com/elperroylarana)
Instagram: [@perroylarana](https://www.instagram.com/elperroylarana)
Threads: [@perroylarana](https://www.threads.net/@perroylarana)
YouTube: [ElperroylaranaTV](https://www.youtube.com/ElperroylaranaTV)

Edición
Alejandro Madero

Corrección
Francisco Romero
Álvaro Trujillo

Diseño de portada, diagramación e ilustración
Ámbar Hernández

Hecho el Depósito de Ley:
ISBN: 978-980-14-5536-3
Depósito legal: DC2024000394

Mercedes Franco

SANGRE

Ilustraciones de Ámbar Hernández





1

La luna de Caracas no se parece a la de Toledo. Es tan diferente. Rubia, frágil, distante. Le recordaba en cierta forma a su madre. Alonso de la Rosa se sentía a gusto en el siglo XXI. Era un tiempo maravilloso. Aunque muchos de sus viejos profesores dijeron “todo tiempo pasado fue mejor”. Estaba satisfecho con la época que le tocó vivir. Estudiaba medicina en la Universidad Central de Venezuela, escribía poesía, y ya había publicado un poemario en la editorial Autana, de la Casa de las Letras. También era un fanático de la historia y el arte.

Dedicaba buena parte de su tiempo libre a investigar en internet sobre la Edad Media, el Renacimiento, las culturas indoeuropeas. Le agradaban los amigos y amigas que tenía en la universidad. En especial Vanessa, por quien sentía un gran afecto. Compartía su afición por la poesía y se podía confiar en ella.

Aquella noche se vistió, se puso su colonia favorita y salió en su Mercedes negro, para reunirse con sus amigos en una fiesta de cumpleaños.

—Lo sabía. Típico —sentenció Vanessa al llegar a la reunión—. Todo el mundo de camisas floreadas, pantaloncitos cortos, preparando piña colada, daiquirís y todas esas tonterías. Solo porque la fiesta es en la piscina. Por Dios. Muero por una cerveza.

En realidad la fiesta era tonta y alegre, como casi todas las fiestas. Alonso trataba de jugarle bromas a su amiga, cuyo



atuendo de negro absoluto, como correspondía a sus inclinaciones góticas, contrastaba con los colores tropicales en la ropa de las demás muchachas. Para mejorar su humor le hacía chistes, le halaba el pelo cariñosamente.

En realidad era un extraño pelo negro, cortado asimétricamente, una mitad a la altura de la barbilla y la otra larga hasta los hombros.

—Por el lado derecho te pareces a Cleopatra y por el otro a Cocó Chanel —le decía Alonso.

—Ay, pero qué gracioso. Lo peor es que lo lleva así para ver si te fijas en ella, mijito, y tú ni pendiente —sentenció Gaby, otra del grupito.

—Hasta se operó las lolas, y la llaman ahora “Miss silicona” —rio Sofi—. Todo para nada.

—Ay, ya, dejen el fastidio, ¿qué quieren? Bastante que me costaron para ahora esconderlas. Nada que ver. Anda, Alonsito. Deja de burlarte de mí y búscanos unas birras, es lo que tienes que hacer.

Alonso fue hacia la cava grande situada sobre una mesa al otro lado de la piscina y la vio. Se detuvo. No podía avanzar. Aquella muchacha desconocida tenía los mismos ojos de Margarita Isabel, los mismos ojos de Olalla Margarita, sus dos grandes amores, en distintas épocas. La misma mirada de sol y ámbar derramando como una miel espesa sobre todas las cosas. Una cabellera castaña llena de toques de sol poniente, que refulgían con un brillo mágico. Pero la chica poseía algo más, algo que lo paralizaba de terror. Sus ojos parecían ver el alma de Alonso, parecían entrar en



él y hurgar allí, en lo más profundo del corazón. Alonso se estremeció, ¿qué querían aquellos ojos?

—Mucho gusto, Valeria Margarita.

Después de breves segundos de espera tomó la mano que se le extendía. Suave, como una esponja, breve y tibia como el cuerpo de un conejo. Olía a jazmines de la India. Rememoró tiempos idos, tardes nostálgicas bajo el gran emparrado de su casa de La Habana. Eran los mismos ojos de oro, vertían de nuevo su antigua miel ineludible sobre él. Inclinando brevemente la cabeza y tomando dos cervezas Alonso se alejó lo más rápido que pudo.

—Ajá, galán, te vi con Valeria Landaeta, ella es millonarísima, niño. Parece que quieres salir de abajo.

—Tengo todo lo que necesito, Vane. No soy un hombre interesado —rio Alonso abrazando cariñosamente a su amiga—. Además, no me gusta esa chica, no es mi tipo.

—Te vi embobado mirándola, no me mientes —discutió la chica mimosa colgándose de su cuello mientras tomaba la cerveza que Alonso le ofrecía—. Haces que me sienta celosa.

—Tú y yo solo somos amigos, loca —bromeó Alonso. Mientras contemplaba de nuevo el fulgor de aquellos ojos, en el fondo ambarino de la cerveza que apuró a grandes sorbos.

—Amigos con derecho, sí podrían serlo —bromeó Gaby.

—Ay no, niña. Si nunca pasamos de aquí. ¿Debo declararme rodilla en tierra, señor? Hemos salido al cine, a bailar. ¿Por qué no me besas y nos empatamos y nos hacemos novios y nos casamos y ya?

—Oye, pero sí que te falta velocidad —bromeó Alonso—. Eres mi pana, chamita, mi amiga. Pero si apenas nos conocimos este semestre.



—Qué fastidio contigo. Debes tener la autoestima baja, papá.

—Tal vez. De paso, te confieso que no soy partidario de tantos besos. Bueno, tú como estudiante de medicina sabes que son un intercambio de gérmenes, ¿no? Y con ese nuevo virus de gripe porcina, hay que estar alerta. Bueno, chao, bella, me voy porque tengo que llegar temprano, debo terminar de investigar.

—¡Ay, sí, dale, pues. Adiós, hombre misterioso, asesino de gérmenes!

Vanessa se echó a reír, con su pelo raro y sus entrometidos ojos saltones. Pero mientras abría un paquete de papas en hojuelas y las saboreaba con fruición, pensaba que jamás perdería las esperanzas. Algún día Alonso de la Rosa caería en sus brazos. Loco de amor, la besaría. Le daría un anillo hermosísimo. Se casarían. Se imaginó coronada de azahares, rumbo al altar y él allí, esperando. Qué nota. Cómo la envidiarían sus íntimas Sofi y Gaby. Pero no las olvidaría. Ellas serían las damas de honor en su boda. Esta vez haría una excepción. No se vestiría de negro gótico, como era lo usual en ella. Iría al altar de blanco, al lado de su adorado Alonso.

Mientras Vanessa persistía en soñar despierta, a la misma hora Alonso estaba en su cama, despierto, pensando en los ojos dorados de Valeria Landaeta. Esperaba no verla nunca más. Ella le producía un intenso desasosiego, un miedo irracional. No podía arriesgarse a enamorarse, a sufrir nuevamente, a hacer sufrir de nuevo a alguien, a perjudicar otra vez a alguna muchacha inocente.

Por otra parte aquella líquida mirada lo llenaba de ilusiones. Le recordaba a la tierna y delicada Margarita Isabel. A la apasionada Olalla Margarita. Cerró los ojos y se llenó de añoranzas de



su vida anterior. Y de pronto, lo golpeó la luna verde de los olivos. Aquella luna toledana, blanca, filosa como una espada, persiguió siempre a Alonso. Aquella luna verde lo impulsó a seguir a su padre, a descubrirlo. Aquella luna era distinta a las demás. Estaba maldita, como él mismo.

Había pasado días mirando llorar a su madre por los rincones de la finca Caravasar, el solar de los De la Rosa y Olañeta. Los ojos azules de doña Sagrario, aquellos ojos de los Olañeta, se tornaban de un verde oceánico, con la sal de las lágrimas. Nunca explicaba el motivo de su llanto. Pero Alonso comenzó a notar las ausencias nocturnas del padre. Una noche decidió seguirlo. Iba tras él por entre los plateados olivos, al anochecer, sigilosamente, escondiéndose tras los árboles como un ladrón. La furtiva luna de los olivos los seguía a los dos.

Al final del campo, escondida entre el monte, tras los olivares, derramaba su tenue tristeza la débil luz de una blanca casita. Don Fernán permaneció bastante tiempo allí. Hacía frío, el otoño se acercaba, pero Alonso esperó escondido en unos arbustos. Al fin el hombre salió y se alejó con paso firme.

Alonso vaciló un poco. Al rato se decidió a tocar y la puerta se abrió. Era nada menos que la Francisquilla, recogedora de aceitunas de día, en los olivares de los De la Rosa, y moza de taberna en las noches.

—¡Alonsito, hijo, que estás hecho un hombre! Y tienes los ojos azules de tu madre doña Sagrario. Los ojos de los Olañeta.

—¡Qué descarada, y tú haciéndola sufrir!

—Tu padre me ha sacado de pobre. Me da casa, buena comida, trajes y buen vino. ¿Qué quieres que haga, hijo mío?



Tampoco he pensado en descasarlo, majo, que yo con ese hombre y su agrura no podría vivir. Pero lo recibo una que otra noche, vamos, me dejo querer, me dejo obsequiar. No creo estar perjudicando a nadie.

Entre confesiones, risas y chanzas, más unas cuantas copas de vino, poco le costó tenderla en la misma cama donde antes estuviera con su padre. Sin atreverse a tocarla, la dejó ebria, profundamente dormida. Pero antes de irse, colocó en la mesita su cadena de oro, la cadena con aquel crucifijo que le había regalado don Fernán.

Aunque no fuese cierto, su padre daría por sentado que le había hecho el amor a la Francisquilla. Lo importante era el mensaje. Él entendería que cualquiera tenía las puertas abiertas en aquella casa. La mozuela no valía la pena.

Pasaron dos días con sus noches y don Fernán, tranquilo en casa. Como si nada. Al tercer día vinieron las nuevas de que la Francisquilla había aparecido degollada en su lecho. Ya olía mal cuando una amiga descubrió el cadáver.

—¡Dios mío, Fernán! ¿quién habrá sido? —Doña Sagrario lucía realmente estremecida.

Alonso lo imaginó todo. Otro hombre llegó después que él. Otro amante. Quizá su padre lo sabía, tal vez por eso no mostraba signos de estar conmovido.

Pasaron dos semanas. Doña Sagrario no lloraba ya. Don Fernán estaba tranquilo. Alonso a ratos agradecía a Dios la muerte de la Francisquilla, a ratos se arrepentía por la pobre mocita. Fue una buena salida. El amante la mató. Don Fernán



no había vuelto a verla desde aquella última vez, por eso nunca supo que su hijo había estado allí.

El viernes doña Sagrario preparó una pierna y un costillar de cordero. El padre cenó con la familia, presidió la mesa y hasta hizo un brindis por la vida y el amor. Alonso estaba radiante. Todo era armonía entre sus padres.

Don Fernán de la Rosa permaneció en casa todo el sábado. Se quedó en su biblioteca leyendo mientras doña Sagrario bordaba plácidamente en el balcón un paisaje de flores asomadas al río. Al anochecer, el padre llamó al hijo.

—Vamos a cazar ciervos, Alonso.

Emocionado, el muchacho alistó su arco y flechas. Lo mejor para los ciervos. No se hace ruido alguno y se pueden cobrar varias piezas en una noche.

—Yo llevaré la ballesta —dijo don Fernán.

—Vayamos al soto de los Alarza, padre. Dieguito y Juan son amigos, tal vez están allí.

—Yo conozco un sitio mejor.

El campo de abedules. ¡Claro! Allí se derramaba la laguna grande, bordeada de juncos y mimbrales. Ciervos y gamos vendrían a beber. Y otra vez había luna llena. Era cuestión de aguardar en silencio. Solo tuvo que esperar unos segundos, fríos como la misma mirada de aquella luna verde del otoño.

—El ciervo eres tú Alonso, ¡corre!

Frente a sí tenía a su padre, armada la ballesta, apuntándole al corazón.

—¿Padre?



—Si eres hombre para subir al lecho de tu padre, sé hombre para rendir aquí tu vida. O puedes correr, como el cobarde que eres.

—¿Qué dices? Yo no toqué a la Francisquilla, lo juro. Yo solo quería... mi madre lloraba y...

—¡Ah! Sí, sí, claro. Eso mismo me dijo la mocosa. ¿Te pareció que iba a creerles? ¿Acaso me consideras tan tonto? Degollé a la Francisquilla cuando encontré tu cadena entre sus cosas.

Alonso sintió helarse sus entrañas, erizadas sus mejillas, a punto de desfallecer.

—¡Qué hiciste, padre! Ella no te traicionó, tan solo hablamos. Quise que pensaras eso y dejé la cadena adrede, para que lo creyeras y la dejaras.

—Si fue así, pues peor para ti, me hiciste matar a una inocente. Su sangre te perseguirá a donde vayas. ¡Toma, esto es tuyo! —dijo don Fernán arrojando al suelo la cadena con el crucifijo—. Es lo único que tendrás de mí, recógelo. Te maldigo, Alonso, por hacerme matar. Me quitaste la vida que ella me daba con su alegría, con su juventud, con su carne jugosa, dura y tibia. Yo a mi vez le arranqué la vida. La tronché como a una flor. Su sangre moza llegó hasta la puerta y traspasó el umbral, y te persigue. Era lo que querías, ¿no? Lograste tu objetivo, Alonso, el mensaje me llegó. Me traicionó y tomé su vida. Pues ahora corre por la tuya.

—¡Perdóname, padre! —dijo el joven trémulo, recogiendo el crucifijo.



Resolvió empezar a correr cuando se vio forzado a esquivar la primera flecha, que pasó silbando y rozó su oreja derecha. Corrió por el blanco campo de abedules, mientras mil ciervos de ojos fosforescentes lo miraban espantados desde sus cubiles. Era el año de Dios de 1528, y brillaba la luna verde de los olivos de Toledo.





2

Alonso despertó aquella mañana tarde, cansado y confundido. Se apresuró a vestirse para ir a la Facultad. Perdería la primera hora de clase. Tenía siempre esos altibajos en su estado de ánimo, no lograba entenderse a sí mismo. A veces el mundo le parecía alegre, ideal. Y otras, nada parecía tener sentido, ni siquiera su propia vida. Sobre todo cuando soñaba sobre su pasado, hasta el cielo parecía ensombrecerse en las luminosas mañanas de Caracas. Qué sueño tan deprimente, tan doloroso. Aún se sentía corriendo por aquel campo de abedules. Y le dolía aún el recuerdo de la pobre Francisquilla. La sangre inocente de la Francisquilla.

En la universidad se enteró de que Valeria Landaeta estudiaba arquitectura. Mejor, así no la vería en la Facultad de medicina. Y tenía un novio tan millonario como ella. Mejor aún. Mientras más lejos mejor. Ya no quería hacer sufrir a ninguna otra mujer. No podía con los remordimientos. Lo agobiaba el clamor de aquellas que se fueron sufriendo por su causa.

Estuvo todo el día con Vanessa y Gustavo, estudiando en la biblioteca y después fueron a almorzar al cafetín de los pobres, una fuente de soda en la universidad que no tenía “feria” de comida rápida. Solo expendían café y sándwiches. Alonso pagó por la comida de los tres.

—Siempre tienes dinero, chamo, ¿en qué trabajas? Consígueme una chamba así —pidió Gustavo.



—Llevo los negocios que dejó mi padre aquí. Tú sabes que mi familia está en España.

—¿Quieres que te diga algo? Tú eres raro. Sí, señor. Burda de raro.

Vanessa se limaba las uñas mientras hablaba.

—No, pero está bien, me gusta eso. Eres el mejor estudiante, pareces saber más que el profesor, tienes dinero, tremenda nave, pero no sé dónde queda tu trabajo, ni de qué vives. Eres ...raro.

—Mañana mismo te llevo a mi oficina para que la conozcas.

Alonso se levantó de la silla y juguetonamente persiguió a su amiga hasta la hierba. Allí forcejearon, entre los tordos alborotados por la pelea y luego estuvieron un rato mirándose con ternura. Alonso apartó el pelo y la besó con lentitud en la frente dulce y pálida.

—Ay no, pana. Qué va. Así no se vale —dijo ella levantándose. Voy a dictar un taller sobre cómo no enamorarse. Cuando lo *aperture* te invitaré.

—No se dice *aperturar*, loca, es un barbarismo.

—Ay no, papá, estás igual que una profesora de castellano que yo tenía. Se creía Andrés Bello.

—Lástima que no la conservaste —rio Alonso divertido.

Un tanto molesta Vanessa se sacudió la hierba del *jean* negro y se fue con un grupo de amigas que celebraban lo ocurrido.

Alonso se metió de nuevo en la biblioteca. De allí obtuvo varias informaciones sobre ritos y religiones afrocárabeñas, para investigar luego más ampliamente en la web.

De pronto, un chubasco y el mundo se rompió en pedazos, la gente corrió a esconderse, y cuando menos se esperaba apareció



un cielo estrellado y festivo, todo se secó y se recompuso en minutos. Pensando en lo mudable del clima caraqueño, el muchacho recordó las estaciones tan marcadas de España. Los amables aromas de España. Se estuvo un rato viendo llover y escampar desde el toldo de una panadería que estaba por cerrar, con toda la pesadumbre de las panaderías caraqueñas cuando están por cerrar. Encendió un cigarrillo para darse calor, más que todo, y estuvo un buen rato reflexionando.

¿Por qué no enamorarse de su buena amiga Vane? Era un poco inculta, tal vez le faltaba leer más, pero era bondadosa, alegre, decidida. Y lo amaba. ¿Qué más podía desear?

Se le hizo tarde. Se detuvo a tomar un café de un vendedor ambulante y luego resolvió seguir a pie hasta su casa.

Aún no se había quitado la bata blanca y su cuerpo destacaba en la oscuridad. Avanzaba con paso lento, envuelto en el humo del cigarrillo y en sus evocaciones. Atravesó Sabana Grande y al ver la mirada aviesa de algunos tipos, se arrepintió de haber dejado el carro en el taller.

Cuando cruzaba el puente sobre el río la noche se le vino encima. Eran ya casi las once, la luna remontaba el Ávila y bajaba quizás hacia el litoral.

Alonso proseguía la marcha silbando por el callejón desierto. Se detuvo y miró los ojos húmedos de un sapo, que lo miraba, a su vez, comprensivo y doliente, a un lado del camino. Lo levantó con cariño y lo puso entre las hojas de un arbusto, a salvo de los carros.

Cruzó una esquina en penumbra, junto a un bote de basura a reventar, a menos de un kilómetro de su casa. En el suelo se



quejaba una chica, ya rasgada la mitad de su ropa, los ojos desorbitados tras la manaza que atenazaba su boca y la pistola que apuntaba a su cabeza. De pronto el hombre sobre ella se dio vuelta, advirtió que otro había llegado. ¿Para disputarle la presa?

—¡Vete, niña, corre y no mires atrás! —le dijo Alonso suavemente a la chica— ¿Lo prometes?

Un movimiento tembloroso de cabeza y resonaron los pobres tacones baratos en una carrera desenfrenada.

—¿Quién eres tú para meterte en mis asuntos, bichito?
¡Vamos a ver si eres tan machito con esta!

El arma automática brilló en la mano de Jonathan. Alonso la arrancó de allí de un regio manotazo. Tomó al malandro por la garganta y lo levantó en el aire.

—Pe... per... dón —logró articular Jonathan mientras sus pies aleteaban en el vacío.

Eso fue segundos antes de que Alonso se pegara a esa garganta vagabunda y se alimentara de su sangre fresca y fragante, cerrando los ojos, como un niño. Había como para saciar a todo un pueblo masai.

Una vez sin savia aquel cuerpo duro y joven, con el colmillo de jaguar que llevaba al cuello, junto a su viejo talismán, Alonso abrió el pecho muerto. Quedó expuesto el esternón, las costillas, las mucosidades de la tráquea y los pulmones, la grasa torácica y al fin el corazón, que debió ser arrancado de su sitio de un tirón. “No merece el honor”, pensó sin remordimientos.

El roto corazón sin rumbo fue a dar al bote de basura. Si no se lo hubiese sacado, Jonathan se habría convertido en un ser de



la noche, como él, pero ¿con qué carácter, con cuántas viciosas apetencias?

Introdujo la bata blanca ensangrentada en una bolsa plástica de la farmacia. Le agregó una piedra grande, hizo un nudo y al pasar por el Guaire la arrojó. Salió del siniestro callejón solitario y rápidamente estuvo en su vieja casona de Colinas de Bello Monte.

Desde el balcón de su casa las luces de la Cota Mil parecían una flota de naves extraterrestres estacionadas allí con alguna misión ¿Y qué era mejor: ser un extraterrestre, un extraño sin familia o un ser humano condenado a vagar en la soledad de los siglos?

Se recostó en la cama amplia de gruesas cobijas y miró la araña que lloraba su duro llanto de cristal. Las hojas de los árboles se agitaban contra el ventanal, como queriendo entrar. Se levantó y abrió la ventana, aspiró el perfume de la noche ligera y fresca de Caracas. Escrutó con calma la oscuridad. No había más que perros y gatos callejeros. Le llamó la atención en especial una pareja de perros negros, extraños dóberman que lo miraban en silencio desde el pie del farol. ¿Serían de Fortunata? Siempre tenía la sensación de que aquella italiana diabólica lo seguía a todas partes. Su dura fragancia salitrosa vagaba en la noche solitaria.

Entre las sombras, Alonso entrevió los ojos melados de Valeria, como los de Margarita Isabel, como los de Olalla Margarita. Evocó el rostro melancólico de su madre, doña Sagrario de Olañeta, la mirada iracunda de don Fernán, su padre.

Era la única razón para venir a América. Escapar. Muchos escapaban así de la horca. Él había huido de su padre en aquel viejo galeón, su tío Rodrigo le había conseguido pasaje y le había



dado un arcón repleto de camisas, ropa y dinero suficientes para iniciar una nueva vida.

La luna llena incendiaba la fosforescencia del mar. Ya el galeón llevaba un mes de viaje, Alonso había hecho algunos amigos entre los marineros. Había aprendido a arriar las velas, a usar el astrolabio, el compás y la brújula con el capitán Valdés. Se sentía tan a gusto navegando que hasta pensaba hacerse marinero, en vez de quedarse en las Indias. De pronto, en medio de la noche, aquella voz desnuda, aquella voz extranjera, tan grata y armoniosa como la de un ángel en primavera.

—¡Auxilio, socorro!, ¿es que no hay *nessuno en quel galeone?*
Porca miseria.

El timonel arrojó una cuerda y aquella mujer espléndida de caderas ondulantes subió por ella con una fuerza sinuosa, como de serpiente. A la luz de la luna refulgía su roja cabellera, como una llamarada flameante en el aire salobre.

Su cuerpo voluptuoso despertaba profundas apetencias. Su falda rasgada se abrazaba a sus bien torneados muslos, sus bellos pies descalzos, adornados con pulseras de cascabeles, lucían huérfanos de amor, su blusa mojada permitía admirar la perfección de su pecho.

Toda la tripulación aullaba como una manada de lobos hambrientos. ¿Quién sería el primero en saltar sobre la presa? Pero ella los miró con sus rasgados ojos verdes y se detuvieron pasmados por un poder invisible. Con un gesto atrayente extrajo de su espalda la cítara que llevaba, hermosísima, de hechura morisca, con incrustaciones de nácar, y comenzó a cantar.



De su voz salían praderas floridas, altas colinas de terciopelo verde, húmedas de rocío, luminosas primaveras que acaso nunca más verían aquellos hombres, pájaros azules, manantiales secretos, niñas morenas jugando en patios de ciruelos en flor.

Al rato toda la marinería estaba dormida. La nave iba a la deriva, con los pilotos roncando como leones. Solo Alonso no había caído dormido. ¿Casualidad? La mujer lo miraba fijamente.

—Soy Fortunata. Fortunata Ricci. *Non ti preoccupare, caro, siamo soli*, y solté el *ancora*. *Siamo sicuri*.

Se acercó con sus verdes ojos italianos. Avanzaba con su móvil cintura lujuriante. Alonso nunca había tenido cerca una mujer tan bella.

—*Carissimo, sono stata sola tanti giorni*, años, siglos. Esperaba alguien como tú. *Ho bisogno di te. Voglia di te*. Te necesito.

Su aliento sobre él olía a vino, era irresistible. Su cuerpo caliente y dulce se abalanzó sobre él, oloroso a estrellas de mar, a sal marina, sus labios arroparon su boca.

—¿*Pizza?* ¡*Si, Madona mia! le tua labbra odorano di pizza. Il ragazzohuele a vainilla, pero sus labios, mmm, pura pizza*. Siglos tenía que no olía algo tan exquisito. *Caro, ti amo*.

No supo en qué momento sintió el fuerte pinchazo, la amorosa mordedura, la suave dulzura metálica de la sangre, los dientes clavados en su lengua, aquel placer punzante que le hacía dar vueltas la cabeza.

Despertó de un salto, mareado, gimiendo, empapado en sudor. Estaba en Caracas todavía. No era el océano, aunque sus pasos se encaminaron torpemente al lavabo, como si anduviera por la cubierta del *Nereo*. Se miró al espejo y limpió las lágrimas



de sangre que vertían sus ojos. Se lavó la cara y conversó consigo mismo, sobre su cama.

—Dijo que tenía siglos esperando a alguien como yo, pero, ¿por qué? ¿Por qué, Dios tuvo que escogerme a mí, entre tantos hombres, a mí?

Se asomó de nuevo al amplio ventanal y vio acercarse la madrugada. La luna de Caracas lo miraba tras el cerro. Corrió las oscuras cortinas y volvió a quedarse dormido.







3

La conocida música del celular lo despertó. Era su infaltable amiguita Vanessa recordándole que aquel domingo subirían al Ávila con Gustavo y Gaby. Le gustaba la montaña, la quietud que se sentía allí arriba, los aromas a hierbas, las flores salvajes, de colores estridentes, rosa fuerte, rojo, púrpura. Innumerables insectos recorrían con acuciosa precisión los troncos de los árboles. Encantadoras orugas reptaban entre las hojas, pájaros de suave canto nostálgico, serpientes cautelosas, que se deslizaban por los rincones menos transitados. Podía escucharlas arrastrándose, suaves y certeras. Podía entenderlas, saber lo que las molestaba y lo que amaban. Sonrió al ver un gusano ínfimo que parecía medir un tronco vejo y húmedo. Los demás conversaban, ajenos al tejer de las arañas, al abrir de las orquídeas, al zumbido de los colibríes.

Era curiosa la forma tan diferente en que se veía la ciudad, desde allí. Lucía distante, ajena, pequeña, ínfima. Todas las angustias, los malos recuerdos, parecían desaparecer. A veces había subido allí a leer, tan solo a leer poesía, a veces a escribir. A releer a Rilke, su favorito.

¿Cómo sujetar a mi alma para que no roce la tuya?

Ya llevaban rato subiendo, las muchachas se cansaron un poco. Sacaron del bolso pastelillos y frutas que compartieron con sus amigos. Tomaron fotografías y luego se sentaron a beber refrescos bajo la sombra de unos árboles grandes. Desde allí



contemplaron y fotografiaron la ciudad. Hablaron del malandro que había aparecido asesinado en Bello Monte.

—Chamo, debe ser una secta satánica, porque le sacaron el corazón —dijo Gaby—. Ten cuidado, Alonso, tú que vives cerca.

—Y la muchacha contó que ese tipo que murió la quiso violar y que otro chamo apareció y la salvó. Dice que su héroe era un hombre alto y bello, de voz suave, pero que no recuerda mucho sus rasgos, porque todo estaba oscuro.

—¿Y entonces como recuerda que era bello? Estas mujeres. —comentó Gustavo.

—Por la voz —contestó Gaby.

—No, pero yo digo que bien hecho que lo mataron, pana, era un azote de barrio. No, vale, aquí hay demasiada delincuencia. Ni siquiera la policía esa nueva de Caracas puede contener el hampa. Pero sí creo que puede ser una secta, porque hace como un mes apareció otro tipo asesinado de la misma forma en Santa Rosalía. Y además escribieron “Sangre” con la sangre de la víctima. Debe ser el nombre de la secta, digo yo —agregó Vanessa.

—¿Sangre? Nunca supe nada de ese. ¿Apareció en la prensa? —se interesó Alonso.

Horrorizado, pensaba que sin duda los autores de aquel crimen habían sido Fortunata o alguno de sus amigos. Jamás se le hubiese ocurrido pensar que le hubiesen seguido la pista hasta Caracas.

—Sí —respondió Vanessa—, parece que el muerto era un motorizado.

—Bien hecho —agregó Gustavo—, esos son ratas, hay que exterminarlos.



—Chamo, no hables así, por favor —se quejó Gaby.

Siguieron conversando, de las culebras del Ávila, de las momias que dejó el Dr. Knoche en Galipán.

—¡Vamos hasta las ruinas de Bellavista! —propuso Vanessa.

—¡Ay, sí, vamos! ¡Qué fino! —accedió Gaby.

Gustavo y Alonso se negaron. Alegaban estar cansados.

—Además, déjenme decirles que si hay una secta satánica por ahí, los chamos de la banda rock “Sangre”, ¿qué mejor escondite que esas ruinas? —bromeó Gustavo.

En medio de las carcajadas por la macabra salida, vieron a Valeria Landaeta que bajaba trotando por un sendero del Ávila, plena de hermosa alegría, repleta de vida nueva, al aire su cabellera castaña llena de rayos de sol, en un ceñido short fucsia de lycra, una mínima franelita blanca y una gorrita rosa. La seguía un muchacho fornido y gigantón, un poco pasado de kilos.

—Hola, todos! ¿Cuál es el júbilo? Los encuentro muy alegres —saludó aproximándose al grupo y sentándose al lado de Alonso—. Ay, estoy muertísima de sed. ¿Ustedes no eran los que estaban en la fiesta de Mariú, el jueves pasado? Ah, bueno, disculpen, este es Juan Carlos, mi novio.

—Mucho gusto.

El chico le pasó una bebida energizante y Valeria comenzó a beber apresurada. Su cuello se movía con cada trago, mientras sus ojos cerrados dejaban ver sus enormes pestañas.

Alonso contempló el acto embelesado, como quien asiste a una liturgia extranjera, a una puesta de sol. Aprovechó la cámara de Gustavo y le tomó una foto a la chica. “Como sujetar a mi alma para que no roce la tuya”, hubiese querido decir. Pero la voz



murió en su garganta, escondida tras gruesos cortinajes de temor y angustia.

—¡Ay, gracias, por la foto! ¿Me la envías después? Mi correo es val17@gmail.com, déjame anótartelo.

—Cuidado, su novio es celópata —le susurró Vanessa en el oído—. Y dicen que ella es súper regalada mijito, nada que ver.

—Secretos en reunión mala educación —dijo Valeria, al notar el desagrado que a la chica le causaba su presencia—. Mañana en la noche es mi fiesta de cumpleaños, por cierto. ¿Quieren venir?

—¡Claro que sí! —dijo Gustavo, soportando la mirada de odio de Vanessa.

Valeria les anotó la dirección y el teléfono en un papel y se lo entregó a Alonso, con una mirada provocativa, que de nuevo lo paralizó. Después se fue trotando con su novio y sus ojos de oro y sus atrevidos shorts color fucsia.

—Dame acá eso. No vamos a ir a la fiesta de esa presumida —gruñó Vanessa arrebatándole el papel a Gustavo. Pero ya Alonso había memorizado la dirección.

Aquella noche cada quien llevaba su mejor atavío. La fiesta era en La Lagunita. Grandes antorchas en el jardín decorado con pálidas rosas de té daban la bienvenida a la quinta “Valeria”. Malos recuerdos, pensó Alonso al ver el fuego. Disimuló y tomó a su amiga Vane del brazo. Subieron por una amplia escalera de piedra y dando sus nombres fueron introducidos a un luminoso salón de baile. La misma Valeria vino a recibirlos con un grácil vestido de encaje marfil que resaltaba su piel color de arena, saturada de sol, de playa, de tenis. La saludaron y después de conocer a su padre y a su madrastra le entregaron el regalo que llevaba



Alonso: una cadena que remataba en un corazón delineado en finos y luminosos brillantes.

—Pero qué hermosura, Dios mío! Jamás me habían regalado algo tan bello. Gracias, amigos.

—No me dijiste que le comprarías algo tan caro —susurró Vanessa molesta.

Valeria se quitó el collar de perlas que llevaba y lo sustituyó por la cadena con aquel deslumbrante corazón de brillantes. Alonso la ayudó a colocarse su nueva joya.

—Es un recuerdo de familia y me pareció que sería perfecto —explicó Alonso.

—Pero... si pertenece a tu familia... yo... —titubeó Valeria.

Hizo ademán de quitárselo y Alonso la detuvo, sujetándole las manos. Esta vez permitió que los ojos inquisitivos de ella recorrieran todo su paisaje interior.

—¿Por qué estás siempre tan triste? —le susurró la muchacha.

—¿Qué te pasa, chica? —intervino Vanessa—. Mi amigo siempre está de muy buen humor, es alegre, me hace bromas todo el tiempo. Porque somos muy unidos, ¿sabes?

—Claro —respondió Valeria sonriendo irónica—. Si él estuviera triste, tú lo sabrías, ¿no?

—¿Qué quieres decir, mija? ¿qué te crees, sifrinita, acaso eres pitonisa?

Alonso interrumpió el altercado tomando del talle a Vanessa y comenzando a bailar alegremente salsa casino con ella. Pero su mirada estaba prendida de Valeria, que bailaba festivamente con su padre. El grupo que amenizaba la fiesta era espectacular. Todos los ritmos de moda. Salsa, merengue, *jazz*, *reggae*.



Vanessa se calmó al ver una gran mesa llena de canapés, inmediatamente comenzó a atragantarse de caviar y camarones con Gustavo, Gaby y Sofi. Criticaban, tomaban champaña y comentaban la esplendidez de aquella casa.

Valeria aprovechó para acercarse a Alonso. Ni siquiera esperó su consentimiento para invitarlo a bailar, pegando su cuerpo al del apuesto desconocido que tanto la atraía. Sonrió extasiada dándose completamente en el baile, plegándose a cada movimiento del cuerpo masculino delgado y musculoso que giraba con pericia, que se inclinaba a veces sobre ella y que la hacía sentir cosas nuevas, inmensas, eternas.

Parecían soldados uno al otro, se movían magistralmente por el salón, Alonso era un magnífico bailarín. Además, de algún lugar en el cuello del muchacho emanaba un perfume suave y atractivo. Parecía evocar las fresas y el chocolate, las naranjas, los lirios. Al terminar aquella salsa los músicos tocaron una suave balada italiana de las clásicas y románticas, una lenta canción amorosa que se pegaba dulcemente a todas las cosas. Alonso rodeó el cuerpo femenino con su brazo, mientras con una mano acariciaba la suave cabellera de la chica. Las sienes de Valeria latieron tan fuertemente que cualquiera podría escucharlas, sus labios se entreabrieron y el leve jadeo del joven se unió al de ella. La muchacha se abrazó aún más a Alonso y él aproximó su boca, ya se acercaba el beso que tanto esperaban, cuando de pronto, Juan Carlos entró al salón. La cumpleañera vio a su novio de lejos y esquivó el beso que se convirtió apenas en un suave roce de labios húmedos, como una ola que se agranda y luego se vuelve



espuma en la orilla. Bajó la cabeza y recibió una ferviente caricia de los labios del muchacho en la sien.

Terminó la música y tratando de esquivar a Juan Carlos salieron a un balconcito que daba a la biblioteca. Alonso acarició sus manos y se miraron un rato, el muchacho besó aquellas manos con fervor pero ella, en una especie de sobresalto, las retiró mientras reía nerviosa, y bajó los ojos con cautivante pudor. Le mostró un anillo de rubíes.

—Mira, es el regalo de mi novio. Pero no es de compromiso, es porque estoy cumpliendo diecisiete. De todas maneras, bueno, creo que... le debo cierta fidelidad. ¿No? Discúlpame.

Alonso se ensombreció. Sintió que aquella muchacha tan deseada le era definitivamente ajena. Pero admiró su lealtad al novio. Era una virtud.

—Mira, Alonso, este es el despacho de mi padre. ¿Te gusta? Aquí trae a sus socios, trabaja y hace negocios por teléfono. Y cuando no hay nadie vengo a pensar.

—¿En qué, o en quién? ¿En tu novio?

Una risa espontánea esquivó la pregunta. En un rincón había una mesa con retratos. Algunos grandes, pintados al carbón, otros daguerrotipos, otros más modernos.

—Oye, Alonso, tú me pareces un tipo muy interesante. En serio. Bueno ya te habrás dado cuenta, ustedes los hombres saben mejor esas cosas. Obviamente me agradas. Lo que pasa es... que mi familia espera que me case algún día con Juanca. Bueno, ya sabes cómo es eso. Aunque no es una relación tan formal, así que digamos. Y tú con Vanessa...



—Ella solo es una buena amiga. En cambio tú me gustas. Me gustas mucho. Yo...diría que es más que eso.

Se aproximó decidido a besarla. Ella se retiró un poco.

—Seamos solo amigos, por ahora —susurró.

Era increíble, pero su voz también recordaba la de Margarita. Y su risa suave, natural. Era difícil para él resistir la tentación de besar a Valeria, y para ella aún más arduo resistirse a la atracción que sentía por aquel desconocido. Procuraba no mirarlo a los ojos. Pero a la vez, ansiaba ser mirada por él.

—Esta es mi madre, Victoria Urrutia, quien murió. Este es mi abuelo Juan Francisco Urrutia, esta es una tía abuela, Olalla Urrutia Molinos, ella se casó con un tal De la Rosa. ¡Ay, fíjate que tiene tu apellido!, a lo mejor hasta era tu pariente. Es una historia un poco extraña.

¡Olalla era su tía abuela! ¡Entre aquellas viejas fotografías en marcos de plata había un retrato al carbón de su amada y desdichada Olalla Margarita! En pleno embeleso, Alonso se acercó para verla mejor.

—Este retrato al óleo que está aquí, enorme, es de mi linda tatarabuela Margarita Isabel —señalaba la bella anfitriona—. Yo me llamo Valeria Margarita, por ella.

—Tienes sus mismos ojos.

—¿A ver? Sí, es cierto, dicen que me parezco mucho a ella.

La chica se acercó más y notó el parecido de su reciente regalo, con la cadena y el corazón de brillantes que llevaba la dama del retrato.

—Parece que la tatarabuela lleva un corazón igual al que me diste. Por lo menos similar.



Alonso recordó a Claudio Simozas, el pintor que había hecho aquel hermoso retrato de Margarita Isabel, a fines del siglo XVIII. El broche de la cadena se abría a cada rato. Guardaba la joya en su bolsillo porque la iba a hacer arreglar con un joyero. Pero no hubo tiempo de nada. Los eventos se desencadenaron furiosa y rápidamente. ¿Quién iba a pensar que su amada y dulce Margarita Isabel iba a rechazarlo, espantada al sospechar su trágico don? Dirigió los ojos al retrato de la mesita, donde la alegre Olalla sonreía, ajena a todo el dolor del mundo.

—Valeria, si te pido un favor, ¿no te asombrarás demasiado?

—Depende —rio la joven dejando ver todo su brillo interior.

Alonso le pidió el retrato de la tía abuela Olalla, para copiarlo. Alegó estar investigando sobre la pintura al carbón. Ella lo sacó con delicadeza del marco de plata y se lo entregó.

—Me lo cuidas mucho. Podría romperse, es muy antiguo.

Demás está decirte que es único.

De repente Vanessa entró furiosa y desencajada, con Gaby, y una copa de champaña balanceándose en su mano.

—Van a cantarte el “cumpleaños infeliz”, Valeria “de corazones”. ¿Piensas quedarte aquí toda la noche tratando de quitarme a Alonso? Muy difícil chama, con todo el billete que tienes no vas a poder. ¿Qué tal?

—Vane, ¿qué es esto? Compórtate —reprendió Alonso.

—¿Que me comporte como quién?, ¿como la sifrina esta que te ha embobado? No, pana, no soy tan idiota. Tú crees que yo solo leo a Neruda, Lorca, poetas pasados de moda, pues leo a William Osuna también, aunque..., bueno..., tú te crees que yo..., yo...



Vanessa hablaba arrastrando la lengua, casi se desmayaba por la cantidad de licor ingerida. Gustavo se acercó.

—¡Déjame! Ya estoy cansada de mentiras. Suéltenme.

La chica bajó las escaleras haciendo eses y salió hacia el jardín. Alonso corrió tras ella.

—Disculpa, Valeria —dijo Sofi—. Tu fiesta es maravillosa, no te merecías este show. Bueno, perdona a Vanessita, ella es muy joven, apenas tiene diecinueve.

—Yo tengo diecisiete —sonrió Valeria—. Pero Vanessa está enamorada y es muy valiente al defender lo que considera tan suyo. Oye, Sofi, ¿ellos son novios?

—¡No, vale!, es que Vanessa es... bueno, ya lo ves. Ella es muy posesiva. Solo es la mejor amiga de él, entonces cree que...

En aquel momento subió Alonso, trató de disculpar a su amiga y se despidió.

—No te preocupes, tranquilo. Ya nos veremos.

Sofi y Gaby entre tanto trataban de razonar con Vanessa que sollozaba cada vez más fuerte en brazos de Gustavo. Alonso llegó y le acarició la cabeza.

—¿Quieres que te lleve a tu casa? —dijo con ternura.

—¡No, quiero que me lleves a tu casa! —rugió desesperada.

Entre todos la llevaron al carro. Alonso se sintió salvado por el momento. Pero durante el regreso Vanessa lloraba sin parar. Todo en Alonso la tristeza y la enamoraba. Su inaccesible boca, tan amada. Volvió a echarse a llorar.

—¡Es por tomar tanto, yo se lo dije! —refunfuñó Sofi.

—No es eso —gimoteaba Vanessa—. Es por este infeliz. A él le gusta la ricachona esa.



Alonso los llevó a todos a sus casas y dejó de última a Vanessa, trató de calmarla dentro del auto, pero lloraba cada vez más fuerte.

—Vane, ya. Si supieras cuánto te quiero. Te quiero casi tanto como a mi madre, te lo juro.

La chica se abrió la blusa mostrando sus senos blancos y redondos, que estimaba su mejor atributo. Con tristeza Alonso miró hacia otro lado, consternado. Hubiese sido incapaz de aprovecharse de ella, y mucho menos en tal estado de embriaguez.

—Mira, Vanessita, tú en realidad eres bellísima. Pero solo puedo ser tu amigo.

—¿Por qué? ¿Por que soy demasiado fea, pobre, tonta?

—No, nada de eso. Es... porque soy... ¿un vampiro?

Un chorro de vómito pestilente, aceitunas con alcohol y nueces, bañó el rostro y el pecho de Alonso. Vanessa lo miró con infinito despecho y desilusión antes de caer profundamente dormida, como una piedra.

Al día siguiente la llamó por teléfono para ver como se sentía. Temía las consecuencias de la revelación que le había hecho.

—De todas las excusas que me han dado para rechazarme, la tuya es la más chimba, chamo. “Ay, soy un vampiro”. Eso pasó de moda mijito... Francamente... Estamos en el siglo XXI, pana. Qué decepción. Creí que eras más inteligente. ¡Balurdo!

—Perdona, Vane, es que yo...

Se interrumpió cuando oyó un *click* al otro lado del teléfono.





4

—Epa, ¿quién es ese chico tan lindo y tan interesante, Valeria? Te mira fijamente desde la mesa de enfrente, ami, y tiene unos ojos bellísimos —dijo María Eugenia Sol mientras se sentaban en la fuente de soda.

—Ya lo saludé al entrar, ami. Es Alonso de la Rosa. Estudia medicina, estuvo en mi fiesta de cumpleaños con sus amigos y déjame decirte, también en la tuya, la de la de la piscina. No te acuerdas.

—Ami, yo de ese ejemplar me acordaría.

—¿Verdad que es bello, ami? Realmente me fascinó. Tiene una sonrisa bueno... que commueve. Además baila espectacularmente, pero, no sé, ami, no sé. Tú conoces a Juan Carlos. Más celoso no puede ser. No me dejaría ni tener amistad con ese chamo.

—Pero ami, si Juanca vive pegado al *Facebook*. Ese ni cuenta se daría.

—No, pero ami, fíjate, además, el chamo tiene una amiguita así como rara, medio neurótica, es esa rara, la que está con ellos. Se llama Vanessa. Ella no es que sea antipática, pero en mi fiesta armó un escándalo, celosa porque Alonso bailó conmigo.

—¡Ay, ami! Creo que eso es de lo más *low-class*.

—Bueno, ella estaba furiosa. Tal vez son algo más que amigos.



—Eso molesta pero no impide, ami. Por favor. Y con respecto a Juan Carlos, no tiene por qué enterarse de nada. Tú sabes que él tiene su hábitat en *facebookland*.

—No solo eso. Cuando sale de allí, se pone a chatear con la tal Astrid, la tipa esa que es arquitecto como él y más ociosa, la niña. Francamente.

—¡Ay, ami!, por eso te digo. Mira, aprende de mí, Jorge Alejandro está en USA estudiando su postgrado, y yo no tengo por qué decirle todo lo que hago. Porque además, ¿qué no hará él por allá, ah?

Valeria casi no escuchaba a su “ami”, como se decían ella y Mariú desde niñas. Ami por amiga. Amigas del alma. Pero nunca la habría dejado acercarse a aquel joven que la enloquecía. Alonso no dejaba de sonreírle. Celebraba su buena suerte. En la misma cafetería, a la misma hora, encontrarla de nuevo. Miraba sus ojos con temor, trataba de sustraerse a la atracción tan fuerte de aquel olor a jazmines que sentía desde lejos.

Ella también se sintió afortunada. Desde el primer bocado, el suave sabor del pan, le supo de alguna forma a los labios de Alonso. Evocó con deleite el casi beso de la fiesta. Fue solo un beso fugaz mientras bailaban, un beso repentino, muy en el aire, no lo vio venir, pero tuvo tiempo de esquivarlo y apenas se tocaron los labios. Pero ambos se arrepintieron enseguida de ser tan razonables. Se dieron cuenta de que hubiesen querido un beso de verdad, cálido, suave. Ella bajó la cabeza y después de ese rechazo él se retiró apenado, apenas la besó en la sien delicadamente. Y ya en la biblioteca lo abstrajo el retrato sobre la mesa.



—No insistí en besarla, no quise parecer irrespetuoso —confesó el joven a Gustavo.

Igual que lo hiciera en la fiesta, Alonso sintió que no debía acercarse a la joven. Se retrajo. No quería interferir entre Valeria y su novio. Volvió el rostro y se unió a la charla de sus amigos, Vane, Sofi y Gustavo. Mientras, llegaba Juan Carlos y se sentaba pesadamente al lado de su novia.

—¡Ay, pero si llegó Shrek! Hasta la mesa se inclinó. Mijito, ¿tú como que pesas doscientos kilos? —le gritó María Eugenia limpiándose la boca con la servilleta.

—Bueno, si quieres saberlo de verdad hay solo una forma —rio Juan Carlos con sorna.

—No me interesa. Ami, menos mal que es tu novio, más pasado que es este niño —ironizó Mariú molesta ante la broma grosera del muchacho.

—Ella sabe que es la única. ¿Verdad mi vida? Pero bueno, Mariú, no se te puede hacer una broma, caramba.

Valeria Margarita siempre había sido indiferente a las bromas procaces de Juan Carlos con todas sus amigas. Era su novia porque su padre se lo aconsejaba. “Juanca” tenía dinero como ella. Era ingeniero paisajista y en sus ratos libres experto chef. Preparaba los mejores fioquis del mundo. Pero nada de eso la entusiasmaba. Ahora ni siquiera lo escuchaba. Más bien se ocupaba en dirigir su mirada hacia Alonso, aunque él charlaba relajadamente con sus amigos mientras saboreaba un helado de chocolate. Aquel enigmático joven le había hecho experimentar sensaciones que ningún otro había despertado en ella, y eso que



Juan Carlos era su segundo novio. Aunque aún era virgen, se consideraba con cierta experiencia, para tener solo diecisiete.

Pero Alonso era algo diferente. Estar a su lado era algo especial. Sin querer rememoraba a cada rato esos minutos, cuando había bailado con él. Había sentido tantas cosas. Cosas nuevas. Hasta su cuerpo se había comportado distinto, había perdido el control de sus piernas. Y lo que es peor, de su alma. Se regodeó recordando cómo había sentido que su cuerpo se le iba y se pegaba al otro cuerpo, como imantado. Se movían los dos como uno solo por la sala, cada giro, cada paso, cada quiebre de cintura eran uno solo, único. Sintió que quería estar toda la noche, toda la vida así, pegada a Alonso, oliendo su cuello de fresas con chocolate. Pero desde lejos había visto llegar a su novio y había esquivado el beso, ese beso que después paladeó en sueños y que hubiese sido tan... no. No había palabras para definirlo.

—¿Qué miras tú tanto hacia allá, chica? —inquirió un tanto molesto Juan Carlos.

María Eugenia comenzó a reír y eso lo enfadó aún más. Buscó tras de sí con insistencia, mirando en todas direcciones.

—Oye, te he dicho que me chocan tus celos, Juanca. Sobre todo porque son injustos.

—¿Te chocan? Ni que fueran carros, chica. Bueno, yo soy así, Si no te gusta, pues ya sabes, panita. A mí me sobran aspirantes, ¿okey?

—Y a Valeria también —terció divertida Mariú.

—Ajá, ya veo. ¿Y tú qué sabes de eso, *Resident Evil*, cara de bruja? Dime quién es el suicida que intenta tomar mi lugar.



Porque yo soy *ninja*, y de paso, cinta negra en kendo, mamá, ¿qué tal?

Mientras escuchaba toda la perorata, la pelirroja María Eugenia Sol reía como loca, hasta que empezó a toser. Valeria sorbió el refresco lentamente mordiendo un poco el pitillo.

—¡Ay, pero qué intenso, el niño! ¿Y donde aprendiste eso, Juanca, en el *Facebook*, o en el Sónico? —rio Mariú.

Juan Carlos la miró con desprecio, pero por primera vez se sintió fuera de la vida de su novia. Se enfureció. Tiró sobre el plato vacío su servilleta arrugada, y se levantó con desgano de la mesa.

—Vamos, Val, tengo que ir al gimnasio. Y después consultar el *Facebook*, y el *Twitter*, y *Linkedin*, tengo que ver si me contestaron lo que escribí en el muro.

—¿Quién? —preguntaba divertida Mariú—. ¿Astrid, la eterna prometida?

—Gafa, pues no, Karin, una chama orfebre, amiguita mía, ella vive en Tierra del Fuego, pero somos panas. Y este otro chamo que conocí, se llama Karl, que vive en Baviera. Y es apasionado del polo, como yo. Vente, Valeria, vámmonos.

—Ay no, yo no quiero irme ahora, Juanca. Me quedo con Mariú, siquieres, llámame cuando salgas.

Fue una negativa suave pero firme. El voluminoso devoto del *Facebook* y de Astrid Manuela no tuvo otro remedio que largarse disgustado, no sin decir la última palabra.

—No sé si pueda llamarte, en realidad estaré ocupado el resto de la tarde, bebé.



—Después de esas hamburguesas y del *Facebook* —rio Mariú— estarás ocupadísimo roncando. Así recuperas fuerzas para chatear.

—Cállate, galla, cara de hombre.

Apenas salió su novio, Valeria volvió a dirigir su mirada al objeto de su interés. Esta vez fue recompensada. Alonso la miraba de nuevo con la misma aguda intensidad. Sintió su corazón latir fuertemente, sus pies se movieron, todo su cuerpo pugnaba por ir hacia allá.

—Deja que venga él, ami —le aconsejó en un susurro María Eugenia, como si le leyera el pensamiento.

A los pocos minutos Alonso estaba a su lado. No podía creerlo. Una fuerte ola de calor enrojeció su cara hasta la raíz del pelo.

—Permisito... Voy a... eso —dijo discretamente María Eugenia retirándose.

—*¿Cómo sujetar a mi alma para que no roce la tuya?* —dijo Alonso mirándola a los ojos con la misma pasión de Rilke.

Valeria enmudeció de pronto. Nunca había oído nada tan bello, nunca había sentido nada tan fuerte.

—Disculpa, no quería molestarte —comenzó el chico—. Es un verso de...

Valeria lo interrumpió con un beso fuerte e inesperado en plena boca, que él recibió gozoso. Al instante se sintió demasiado atrevida, hasta imprudente y después de sonreír nerviosa se separó con rapidez.

—¡Ay. Dios mío! Perdona. Quién sabe qué pensarás de mí.



Alonso acarició las suaves mejillas, tomó la cabeza de suaves ondas castañas entre sus manos, separó los cabellos y fue besando cada parte del bello rostro de Valeria Margarita, su cuello, su barbilla, hasta que ella lanzó sus brazos en torno a él y encontró nuevamente su boca.

Esta vez los separó una mesonera joven.

—Disculpen, el gerente les manda a decir que aquí no se puede hacer eso.

Tomados de la mano, y riendo como locos salieron de allí corriendo, besándose, mientras un estruendoso cielo se desgajaba sobre ellos en un verdadero diluvio. Refugiados bajo un toldo siguieron abrazados, hasta que llegó Vanessa, empapada y furiosa.

—Muy bonito, Alonso. ¿No te dije que esta sifrina era una regalada? Se besa contigo delante de su novio, y tú me dejas allí, plantada. ¿Qué te pasa, te lavaron el cerebro?

—Pero...qué intensa, niñita. ¿Ustedes están empatados? —inquirió Valeria.

—No, ella solo es mi mejor amiga.

—Sí, lo era, Alonso. Pero eso fue hasta hoy. Me cansé. ¿Qué tal?

La muchacha se fue furiosa y ellos se quedaron allí, confusos y consternados, hasta que a Alonso se le ocurrió ir hasta su vehículo, estacionado a una cuadra.

—Caramba, me da cierta cosita con tu amiga, ella está bastante enamorada de ti, ¿sabes? Y es simpática. ¿Seguro que no hay nada?



—Para mí Vane es como la hermanita que no tuve. Mientras más temprano lo comprenda, pues mejor, ¿no? Nunca pude fingir lo que no siento.

—Sí, pero tú también has fomentado todo eso, no lo niegues. Ah...Ustedes los hombres... Por cierto, tu carro sí que es raro, parece sacado de una película de gángsters —dijo Valeria al ver la larga “trompa” de aquel Mercedes negro.

—Era el carro de un gángster —respondió Alonso mientras encendía el vehículo.

La hija de los Landaeta soltó una fresca carcajada mientras su acompañante la contemplaba fascinado. A toda velocidad llegaron a la blanca casona en Colinas de Bello Monte, y ya para entonces la lluvia caraqueña, siempre tan errátil, se había esfumado. Los esperaba un cielo centelleante de azul.

—Alonso —murmuró ella con vergüenza antes de entrar.

—¿Qué?

—Me da pena. ¿Está tu familia?

—No, ellos están en España. Solo verás a mi vieja cocinera, su hermana y su esposo, que trabajan para la familia. Ven.

De la mano de su amigo Valeria entró en la casa, y salió a recibirla la impresionante Antoinette, con su piel morena y sus ojos claros, con la despaciosa Bernardine y André Faldor, el viejo y callado mayordomo.

—Por ahora, esta es mi familia.

—Bienvenida, *mademoiselle*.

Subieron a la habitación y al cerrarse la puerta tras ellos Valeria comenzó a besar apasionadamente a Alonso quien la acariciaba a su vez y le susurraba palabras de amor.



—Alonso...

—Dime, mi amor.

—Hueles a fresas con chocolate.

—Tú también hueles delicioso, a vainilla

Los vampiros siempre han sabido oler la virginidad. Cuando alguien es virgen, emite un fuerte olor a vainilla, que despierta el hambre de los vampiros. Sienten especial placer en seducir y vampirizar a alguien así. Entre los brazos de Valeria Alonso luchaba consigo mismo y su creciente apetito para no morder a su virginal amada con desenfrenada pasión.

Se había prometido a sí mismo nunca volver a vampirizar a una mujer, después que lo hiciera con Maribelle, la hermosa haitiana y obtuviera tan malos resultados. Además, no quería para Valeria la vida de eterna errancia que él llevaba. Hubiese dado lo que fuese por ser tan mortal como aquella chica de ojos de oro líquido y largas pestañas de odalisca.

Comenzaba a abrirle la blusa cuando se detuvo de improviso. En un supremo esfuerzo, respiró hondo, se levantó y encendió un cigarrillo.

—¿Qué pasa, no te gusto?

—Claro que sí. Más que eso, mucho más que eso, yo... estoy muy enamorado de ti, mi niña —susurró.

La besó con infinita ternura.

—Lo que pasa es que no quiero que hagamos nada de lo que pudieras arrepentirte, apenas me conoces. Y yo...

—Es esa muchacha, ¿no?

—No, pero si ya te lo expliqué, en serio, ella no es sino mi amiga. Es que no quiero arriesgarme a...



Valeria lo miró largamente, y acarició sus mejillas.

—Tal vez es mejor así—asintió suavemente—. Esperemos.

Otra vez Alonso tuvo la sensación de que ella podía ver sus pensamientos más secretos.

—Hueles tan rico. Me siento tan segura contigo. Pero pre-siento que debes haber sufrido mucho, Alonso. ¿Es eso, no?

—Mucho. Pero no quiero entristecerte con eso. A veces me siento vulnerable, aunque te rías. Suena tonto, pero el hecho de que tengas novio a mí...

—Pero, Alonso, Juanca no es un novio en el sentido que tú crees, novio, novio, así. Él ni pendiente de lo que yo haga. Él vive pegado al *Messenger*, chateando con una tipa llamada Astrid Manuela, algo así, que fue su novia en la escuela primaria, la secundaria, la universidad, estuvieron a punto de casarse, no sé, pero ella lo dejó para casarse con un narcotraficante. Después el tipo la dejó a ella y ahora es peor, porque vive llamando a Juanca a todas horas, y chatean hasta de madrugada, se escriben poemas ridículísimos. Es más dicen que tienen un matrimonio poético. Bueno, no sé. Eso es su problema si quiere vivir en el mar de la cursilería.

—¿Pero no te ha dado celos nunca?

—No, niño. Estoy ya acostumbrada. Yo hasta le he sugerido que se case con ella, pero él dice que no la quiere, porque es frí-gida, ¿qué tal? La que se muere de risa con todo eso es Mariú.

—Es que es cómico el asunto. Y entonces ustedes casi no están mucho juntos.



—La verdad que ni mucho. Porque o está chateando con Astrid, o se mete como diez horas en el *Facebook* a hablar con un tal Karin que es wicca.

—Con razón nunca hacen el amor —bromeó Alonso despreocupado.

—¿Cómo sabes eso? ¿Nos has espiado? Perdona, pero es raro que lo digas. Mejor dicho, que imagines eso. ¿Por qué lo dices?

—Porque me parece que nunca has hecho el amor, con nadie.

—¿Crees que lo que me pasa es que estoy veraneada? ¡Qué error, mijito! Tengo los hombres que quiera. Y para que lo sepas de una vez, tú y yo somos solo amigos. Tan solo me atraes momentáneamente y si piensas que soy...

Con su proverbial carácter apasionado y el ceño fruncido Valeria saltó de la cama repentinamente. Aquel impertinente la estaba juzgando como una regalada, solo porque se había entusiasmado con él. ¿Qué se había creído? Alonso se asombró de que fingiera una experiencia que no tenía.

—Ven, quiero que veas algo, amor mío —interrumpió tomándola de la mano.

Por una escalera de madera, situada en un rincón de la habitación, salieron a una pequeña puerta que daba al techo de la casa. Era un tejado amplio y su escasa inclinación permitía sentarse con comodidad.

—¿Es la escalera de incendios? —sonrió Valeria.

Desde aquel lugar se contemplaba la tarde sobre el valle. La luz rojiza del sol apoderándose de todas las cosas. Se besaron con ternura y abrazados se sentaron para asistir al espectáculo de la



primera estrella que se asomaba con timidez. Un aura mística y violeta se cernía sobre el Ávila distante.

—Es hermoso, Alonso, se ve toda Caracas.

—Valeria Margarita, te traje aquí para decirte que te amo. Pero quiero que me conozcas mejor. No soy tan inocente como parezco, he tenido muchas novias, no quiero engañarte. Si hay algo que detesto es la mentira. Tal vez esto no te guste. En realidad soy viudo, estuve casado hace algún tiempo y...

—Ay, Alonso, pero si apenas tienes veinte años. Si vas a mentir hazlo un poco mejor.

—Bien. Me casé a los dieciocho, solo estuve casado un año. En realidad nos casamos porque ella salió embarazada. Mi esposa se llamaba Olalla Margarita.

—¡Exactamente como mi antepasada! Es la tía de mi tatarabuela. Qué casualidad. Definitivamente, estamos conectados. ¿Cuál es tu signo?

—Escorpio.

—Y el mío es Sagitario. ¡Somos compatibles! Pero, ¿qué fue de tu esposa? ¿Y tu hijo?

—Pues ella murió, como te dije, y también el bebé.

—Ay, mi amor, no puede ser. Oye, caramba, lo siento mucho. Qué triste.

Abrazó a Alonso maternalmente y él colocó su cabeza de negros cabellos brillantes sobre el abundoso pecho de la joven. Cerró los ojos, mientras ella le acariciaba el pelo. Era como sentir las suaves caricias de Isabel o de Olalla, las mismas finas manos de artista, aquella serena voz de niña.



Y aquel cuerpo joven firme, que exhalaba la misma fragancia húmeda de jazmines de la India, en plena floración. Pero no podía sincerarse con ella jamás. No podría contarle lo ocurrido con Margarita Isabel. ¿Y cómo decirle que Olalla murió, con su hijo en el vientre, desesperada y sola, cien años atrás? Ambas eran sus antepasadas. Además revelarle ese pasado implicaría revelarle su terrible y sobrehumana condición.

Evocó las azules costas de Cuba. Su amada Cuba. Allí había llegado en la noche estrellada, flotando en el mar, abrazado del arcón de su equipaje. Allí había conocido a su primer amor y a su primer y más fiel amigo André Faldor, el *houngan*. Desde que André lo vio por primera vez en una taberna de La Habana, supo de su cualidad, para él mágica y sagrada. Lo llevó a su casa, le buscó peones y criadas para atenderlo, lo instruyó en los arcanos del vampirismo haitiano y le obsequió una pócima milagrosa para poder vivir a pleno día.

Siglos después, pasada la Revolución, quiso volver a la isla. Pero su casa ya no era suya. Era considerada patrimonio arquitectónico, con sus balcones de madera y aquel sótano, con el oscuro y tortuoso túnel que daba al mar. Por allí corrió Olalla Margarita, allí debió morir, bajo el fuego con el que pretendían quemarlo a él. No pudo llegar a tiempo. La pobre muchacha se refugió en el túnel y el fuego y el humo la sofocaron.

La suave voz de Valeria lo sacó de sus recuerdos.

—¿No me vas a contar nada? ¿Y ese carro negro, el Mercedes? ¿Era en verdad de un mafioso?



—Se llamaba Andrés Castillo. Tenía negocios con casi todos los gobiernos de turno. Yo mantenía una especie de amistad amorosa con María Gabriela, su amante.

—¿“Especie de amistad amorosa”? Parece que ustedes también eran amantes, más bien.

—Más o menos. La muchacha era muy agradable, buena nota, era poeta, como yo. Ella escribió un poema que siempre me gustó “Flébiles dedos”. Y se lo plagiaron. Pero ese es otro cuento. Bueno, total, que yo era amigo de ambos, y tuvieron un accidente yendo a Italia. Murieron y como no tenían familia me legaron sus bienes. Vendí todo, pero el carro me lo traje como recuerdo.

—¡Cuántas historias, y en tan poco tiempo! No te creo, Alonso. ¡Mentiroso! Tú lo que eres es un Don Juan. Pero supe que eras poeta. Me gustaría mucho leer tus poemas.

Valeria lo miraba con picardía, mientras seguía acariciando sus cabellos. Él sacó de su bolsillo una mínima libreta negra y leyó:

Sueño con ver a Dios.

Nunca el resplandor de su tristeza.

Nunca su voz

sus pájaros azules

ni el mar podría tocarme

esta estrella de acero,

que un día puso en mí,

se rompió,

me he apagado.

Soy un agujero putrefacto,



*gigante negro del cosmos,
todo lo que me toca desaparece
en el éter,
se pierde o se corrompe.*

—No, no escribas así. Es demasiado triste. Me gustó más el verso que me dijiste en la cafetería, ¿Cómo es? Ah, ya: *Cómo sujetar a mi alma, para que no roce la tuya.*

—Ya lo aprendiste. Qué pronto. Pero no es mío, amor. Es de Rainer María Rilke, un poeta checo.

—Quisiera que escribieras así. Creo que ese eres tú. Ese poeta es tu álder ego. Si no, prefiero escuchar tus mentiras. Que si te casaste, que si enviudaste. Es menos doloroso.

—Pues aunque no me creas todo eso ocurrió, y apenas hace dos años.

Valeria soltó las húmedas compuertas de su risa. Alonso recordó su larga amistad con Rilke, siempre tan dulce y atormentado. Su pálido rostro, sus manos de artista.

Se encendieron las luces de la ciudad y ni siquiera lo habían notado. La noche se había colado por las rendijas de las palabras, sigilosa, como un viejo animal de malas costumbres. Poco a poco se expandieron las sombras. Una a una comenzaron a cantar las ranas, con un canto fino, como el de un pequeño pájaro prisionero. Agudo y persistente. Melancólico.

—Debo irme, Alonso. Mi papá se pone histérico si llego tarde, amor. Me encantó conversar contigo.

—Te llevo.





5

En la madrugada Alonso volvió a subir al tejado. Llevaba el retrato al carbón de Olalla Margarita. Aquel que Valeria le prestó. Y un cuaderno grande para copiarlo. Hubiese podido hacer una fotocopia, para más rapidez, pero quería copiarlo a mano. A más de poeta era un buen pintor. Y sentía que dibujarla era como tocarla de nuevo, asir su presencia etérea a través del tiempo.

Poco a poco el carboncillo comenzó a esculpir los altos pómulos, la boca pequeña y abultada, la frente despejada, aquel rizo inquieto asomándose en la sien, el fulgor de aquellos ojos de miel. Ya estaba lista la base para hacer un retrato al óleo de Olalla, tal como la recordaba.

Muchas veces había intentado retratarla de memoria. Pero solo le venía a la mente su bella faz quemada, chamuscada por las odiosas llamas. Sin embargo ahora, todo había vuelto a su lugar. La sonrisa de Olalla surgía del papel diáfana, eterna, tan pura como siempre.

El frío azul del cielo caraqueño hería sus mejillas, pero Alonso se mantuvo en el tejado, mirando aquel rostro ideal, y trazando sus rasgos como si los acariciara, rememorando la trágica desaparición de su amada, en el lejano siglo XVIII. Con ella todo fue dolor, angustia.

Con su antecesora, Margarita Isabel, todo había sido más breve y sencillo. Había creído comenzar con ella una vida feliz, serena, como las de las novelas de amor que le contaba su madre cuando niño. Ya



había conocido a su criado André, el hechicero haitiano que lo admiraba por su condición de vampiro como si de un dios se tratase.

Ya tenía varios años en La Habana, era un terrateniente, había adquirido una buena finca con el dinero que le dio su tío Rodrigo cuando partió de España. André cuidaba de él y administraba sus posesiones.

Vivía sin complicaciones hasta que se enamoró de Margarita Isabel. Imposible no enamorarse al verla en aquel baile fastuoso luciendo aquella piel nacarada y aquellos ojos dorados, del mismo color del sol crepuscular. Para Margarita Isabel fue algo más que amor a primera vista. Aquel muchacho moreno tenía en los ojos el mar azul de Cuba y olía a lo que ella más amaba: el pan dulce recién horneado de La Habana.

A pesar de la oposición de sus padres se casaron inmediatamente. Una boda fastuosa, con asistencia hasta de las autoridades de la ciudad. Y aunque en verdad la felicidad duró pocos meses, fueron sin duda días hermosos. Iban a bañarse al río, a la playa. Paseaban por el prado verde cuajado de margaritas silvestres. Él pasaba los días conversando con Margarita entre las flores. Los sobrinitos de ella lo adoraban, correteaba con aquellos niños y sentía que era como corretear con los ángeles. Y aquel jardín, de mil colores y aromas. Enseñaba a los niños a disparar el arco. Se sentía de nuevo como en familia.

Pero antes del año Margarita Isabel, que era curiosa y observadora, como todas las mujeres jóvenes, comenzó a notar detalles raros en el comportamiento de su esposo. Se asomaba en las noches misteriosamente a olfatear el aire como un animal. Ella



no podía saberlo, pero en realidad Alonso solo estaba alerta, pre-sintiendo entre la brisa el olor salitroso de Fortunata.

Margarita Isabel sentía que su esposo parecía conocer sus pen-samientos. Adivinaba su color favorito, aprendió a tocar el piano con ella, en tan pocos días. Era todo tan insólito, tan extraño.

Una noche bajó a la cocina y lo descubrió alimentándose de sangre traída de las vacas de la finca. André traía todas las noches un tazón de sangre fresca, solo para su amo. Aquella noche en que lo vio bebiéndola, algunas gotas aún en la comisura de aque-llos labios perfectos, la joven subió corriendo por las escaleras y se encerró en su habitación. Casi no comía, desde entonces.

Comenzó a llevar un diario. Había oído de las viejas criadas de su madre ciertas historias de vampiros, a las que nunca había dado crédito alguno. Y mezclaba en sus anotaciones sus observaciones directas, con aquellas viejas creencias. Para colmo ahora sospe-chaba que su esposo era uno de ellos. Pero no podía ser. Ella había rociado un poco de agua bendita en el cuerpo de Alonso y este ni cuenta se dio. Sentía que estaba perdiendo la razón. ¿Estaría loca?

Aliento de los vampiros. Suele oler a rosas con clavos de olor. A veces a menta fuerte.

Alimentación vampírica. Se alimentan de sangre, puede ser de seres humanos o también de animales.

Almas oscuras. Espíritus marginales de la noche. Son los vam-piros, seres malditos, no son humanos.

Agua bendita: a algunos vampiros les afecta, a otros no. El poder del agua bendita depende además del poder espiritual de quien la haya bendecido, del poder espiritual de quien la use y de su fe.



Ajo: no tiene ningún poder para repeler a los vampiros. Es una creencia absurda.

Animales vampiros. Los vampiros suelen vampirizar a sus masotas y a veces estas pelean con ellos.

Amuletos. Hay amuletos contra ellos, los maestros babalaos los conocen.

Escribía día y noche, febril. Escribía de lo que veía y de los cuentos que recordaba. Pero no le preguntaba nada a su amado. Lo miraba con recelo. No volvió a aceptarlo en su cama. Margarita comenzó a deteriorarse físicamente. Pálida y delgada, solo salía por momentos de su cuarto, acompañada por Juana Cristina, su esclava de confianza, que dormía con ella. Ya comenzaban a notarse sus ojeras.

Casi no dormía, por miedo a Alonso, y este pasó a ocupar el cuarto de huéspedes, lleno de tristeza pero siempre con la esperanza de que Margarita mejorase y volviera a aceptarlo a su lado. Sufría al verla cada vez más nerviosa y enferma, hasta que cometió el error de intentar explicarle que con él no corría peligro y que con la ayuda de André pronto sería completamente normal. No explicó su condición, solo la sugirió.

Margarita Isabel, que ya se lo temía, se encerró horrorizada en la habitación. A las dos horas, cuando salió, encontró muerto a su marido. Cuando volvió en sí le dijeron que Alonso había dejado una carta de suicidio, había tomado veneno.

En realidad, solo había ingerido un preparado a base del hígado de un pez, el pez globo, *fugus*, molido y seco, combinado con ciertas hierbas. Con ayuda de su mayordomo haitiano, había



fingido su propia muerte. André le explicó que al ingerir este brebaje cualquier persona puede permanecer en un estado catatónico durante al menos tres días.

Alonso de la Rosa fue velado y enterrado su cadáver. Presenció el dolor de su esposa tan amada, su luto y su llanto, solo para devolverle la libertad y la tranquilidad.

—Y yo que creí que era un vampiro —sollozaba la viuda doliente—. Cuánto extraño su dulzura.

—Esas cosas no existen, hija —dijo el párroco—. Además, si fuese así, no habría muerto.

Cuando ya no quedaba nadie en el cementerio, durante la madrugada, André vino silencioso, reptante como una lagartija de la noche, a desenterrar a su amo. Era como nacer de nuevo. A pesar de su condición de vampiro, Alonso estuvo como en trance casi un mes. Luego empezó su propio duelo por Margarita.

Saberla ajena para siempre. Sentirla pensando en sus rosas y no en él. Presagiando un futuro, y no con él. Sus manos blancas aleteando en el piano, acariciando su cara con la suavidad de pétalos de flores. Sus canciones, sus besos tímidos.

El hechicero se lo llevó a Haití. Allí se restableció, lentamente. Lo trataron con frutas y hierbas especiales, solo así pudo Alonso sanar, y comenzar a comer algunas cosas de las que come la gente. Pero su gusto por la sangre jamás desapareció.

Tal como el viejo *houngan* le pidiera, aceptó morderlo una noche en el hombro, para otorgarle el don de la vida eterna, en pago a su devoción. Fue después de muchas negativas que Alonso resolvió complacer a André. Para él era algo tan trágico, tan doloroso. Algo que había horrorizado a Margarita, y con razón. Un



vampiro era un alma oscura, un ser doliente, una criatura de la noche, proscrita de la luz de Dios. Pero el *houngan* no lo veía así. Solo pensaba en el bien de la vida eterna. Y él concedió ese bien a su mujer y a su cuñada. Como les había pedido Alonso, los tres observaban una ética intachable. No querían arrebatar vidas humanas. El joven vampiro andaluz transmitió a André y a su gente los valores morales con los que fue educado. Virtud, lealtad, rectitud, solidaridad.

Solo tomaban sangre de toros y vacas, como los masai. Podían también comer carne cruda y semicruda, y algunas frutas. Alonso se había comprado una floreciente hacienda, que André pulcramente dirigía, mientras su amo viajaba.

El muchacho compró una embarcación y se dedicó según sus propias palabras “a recorrer los siete mares”. Los conocimientos de marinería que había adquirido a bordo del galeón Nereo le servían para manejar aquel bergantín, bastante velero y muy airoso por cierto, al que bautizó *Habanera*. Blanco como una gaviota se deslizaba por las ondas marinas y llegó el momento en que Alonso, tal vez por su misma soledad, ansiaba que apareciera Fortunata. Le haría el amor una vez más, solo una vez más y luego combatirían a muerte.

No podía perdonarle a la bella italiana el haberlo convertido en una bestia, un ente despreciable, un no humano. Le aguardaba la soledad, la eterna soledad. El océano inmenso, solitario, infinitamente triste hasta la muerte, parecía refrendar sus pensamientos. Pronto brotó la luna de cualquier parte y Alonso se vio obligado a beber ávidamente del cuello de una de las cabras que llevaba a bordo.



Al dormir soñó con una tierra hermosa, donde los vampiros aprendían a convivir con la gente sin dañarlos y los humanos a no temerles. Despertó bañado en el relente nocturno. Comenzaba a hacerse más frío el aire. Puso rumbo al norte.

Buscaría la última Thule, aquella isla remota de la cual hablaban navegantes y corsarios. Hacía un frío tan profundo que penetraba hasta lo más íntimo de los huesos. Si se trataba de vivir experiencias, aquella era una importante. Congelarse bajo un témpano del mar hasta el siglo XXI, cuando tal vez los humanos hubiesen logrado un antídoto contra el vampirismo. Con este y otros pensamientos en su atormentada cabeza el joven arponeó una orca que pasaba junto al barco, bebió su sangre y comió un poco de su carne cruda y oleosa.

La estrella polar pretendía hablarle con voz de mujer tierna, sensitiva, le decía un poema de ausencias interminables, de fríos azules resplandecientes. Y él oyó sus palabras y le sonrió. Estaba perdido. Perdido y demente, en la noche febril del círculo ártico.

Una barcaza se le aproximó de repente, no la vio llegar, los tripulantes le hablaron en un idioma cortés y alegre. ¿Eran chinos? Por sus ojillos rasgados lo parecían, pero no eran chinos, y lo llevaron con ellos, arrastrando el barco a tierra. Se llevaron las cabras. Alonso se las regaló gustoso. Las querían como mascotas para sus hijos.

Eran lapones. Eso le dijeron por señas, y lo escribieron luego en el piso de sus lujosas tiendas, hechas de costosas pieles y gruesos tejidos. Lapones. Extremadamente alegres. No parecían tener problemas. Muy musicales, cantaban mientras trabajaban y hasta cuando mataban a sus animales. Pastoreaban grandes rebaños de



renos, y de cuando en cuando mataban uno viejo. Le dieron una vasija de sangre a Alonso, que la apuró feliz, para beneplácito de aquellos nuevos amigos. Comió costillas de reno, muslos de reno, ojos de reno. Carne cruda y jugosa, aún tibia. Le hacían gracia los niños lapones manchados de sangre, toda la cara sucia de sangre. Parecían vampiritos.

Tarde en la noche, lo llevaron a una tienda grande, calentada con carbón. Y cuando se metió entre las pieles dispuesto al fin a descansar se encontró a la esposa de Inkga, el líder de aquel clan. Era un poco gordezuela, pero aún joven y atrayente. Trató de explicarle que podía haber problemas, intentó ahuyentárla, pero ella reía y reía sin comprender. En eso entró Inkga y por señas le hizo ver que aquella era una forma de agasajarlo. Como obsequio de bienvenida quería ofrecerle a su esposa Berk para pasar la noche. Y por su cara, parecía que estaba muy mal visto rechazarla.

La joven y risueña Berk era más delgada de lo que Alonso creyó: aquel montón de tejidos rojos y rosados la hacían verse con diez libras más. Y era tan blanca que cuando se desnudó por completo parecía haberse encendido una luz en la oscuridad de la tienda. Con un furor animal brillaban sus ojos almendrados y su lacia melena negra. Alonso entró en ella sin muchos preámbulos, y lo esperaba una gran sorpresa: se sintió transportado al paraíso con la sabiduría de aquella laponia, que se movía como una diosa blanca en la oscuridad. Estuvo con ella en esa suave danza toda la noche, como al impulso de olas y olas de placer.

Al otro día, Ingka estaba muy complacido de saber que su amigo había sabido apreciar el regalo. Pero solo fue por una noche. En lo sucesivo debió buscar, para el amor, laponas gordas,



demasiado jóvenes o muy viejas, pero todas fuertes y bien dispuestas. Pero sus ojos se iban tras los ojos de Berk y sabía que ella lo añoraba en secreto. Estuvo casi un año con ellos y al despedirse dominaba un poco el bello y complejo idioma de estos pastores de corazón trashumante.

Al irse le fue obsequiada Berk, lo cual lo lleno de alegría. Siguió navegando con ella en el bergantín *Habanera* que había sido convenientemente carenado en un lugar cercano. Y comenzó a bajar, estuvo un tiempo feliz en Irlanda, y siguiendo a occidente se encontró de pronto en el bello y bien cuidado puerto de la Vera Cruz, donde vendió su barco y se estableció con Berk.

Conoció en el mercado a una muchacha delgada de trenzas largas como quejas, de ojos negros y tristes, profundos como aljibes. Se llamaba Carmen Sofía. Era apacible y de suaves modales. La cercana sangre azteca moderaba su carácter español.

Había vivido varios años tratando de mantener feliz a un hombre al que amaba mucho, pero él nunca la amó.

Eso contó una noche entre lágrimas mejicanas, que son las más tristes del mundo. Estaban con Berk en un bar, tomando pulque. Aquel hombre se llamaba José. Aún le dolía su voz y su belleza. Alonso y Berk lloraron con ella.

—A los hombres no hay que quererlos. Eso no les gusta —decía Carmen Sofía, casi en un susurro.

Berk, que ya estaba aprendiendo el español, le decía que era cierto. La apoyaba en todo. Y entre las dos cocinaban para Alonso.

La joven veracruzana relató que trabajaba haciendo tortillas y dulces para mantener a aquel joven marido que nunca se saciaba. Siempre quería más y más dinero. Hasta que una noche Carmen



Sofía se dio cuenta de que José usaba el dinero de su esfuerzo para salir con otras. Lo degolló una tardecita de primavera, mientras cantaba el sinsonte, y echó su cadáver al río, junto con el puñal de plata. Nadie averiguó nada. Tal vez un rival. El joven tenía tantas enamoradas. Después de su muerte, Carmen Sofía le contó más de quince. Lo mató, pero le quedó la rabia y la desconfianza que la consumían. Alonso y Berk le dieron fuerzas, eran como un bálsamo para su alma adolorida. La consolaban, le hablaban dulcemente.

Alonso puso en sus brazos un juego de pulseras de oro. Le dio dinero, le dio una vida cómoda, compró para ella una hermosa casa en una esquina. Y Berk decidió quedarse allí, para acompañarla. Estuvo a punto de vampirizarlas a ambas y hacerlas sus eternas compañeras, pero pudo ver una noche a través de sus corazones como a través de un cristal: el de Carmen Sofía, amargo como la hiel, un corazón amargo y verde como el ajenjo, como la luna de los olivos. El de Berk rojo, salvaje, alborotado y peligroso como la sangre en flor.

Con ellas estuvo Alonso viviendo casi un año y debió dejarlas porque sus celos eran insoportables. No podía ir ni a la esquina a comprar un puro. Pensaban que estaba con otra, una tercera mujer. Les dejó dinero, para asegurarse de que estuvieran bien y su último consejo, sobre todo a Carmen Sofía: “a los hombres no se les da sino el cuerpo, nunca el alma. Mucho menos tu dinero”.







6

Al tiempo Alonso volvió a Puerto Príncipe. Margarita Isabel, llevaba años de viudez cuando se enteraron él y André de que había vuelto a casarse, esta vez con un conde español y tuvo abundante descendencia. Una buena cantidad de hijos, hijas, nietas, bisnietos. Pero entre la familia siempre quedó la leyenda de que la abuela había estado casada con un vampiro de nombre Alonso de la Rosa.

Aleteo nocturno. Si se siente en una habitación puede haber un vampiro cerca.

Amor vampírico. Los vampiros pueden enamorarse y hasta casarse, pero su pareja generalmente es vampirizada..

Amistad entre vampiros: suele ser eterna.

Alonso aun no lograba olvidar a la bella Margarita Isabel. Buscaba el rostro de su habanera en cada mujer. Se entregaba cada noche, en su búsqueda, al amor de las amables meretrices de los puertos y cuando se le acercaba algún ladrón, a altas horas de la madrugada, no dudaba en destrozar los cuellos de su agresor y darle sus corazón a los perros hambrientos de la calle.

Una tarde, después de muchos años, decidió que ya estaba bien de esa vida vagarosa y solitaria. Resolvió estudiar medicina. Era difícil hacerlo en Haití y por eso decidió marchar con toda su



gente a Francia. Como ya hablaba bien el francés, por su amistad con los haitianos, y con todo el dinero que llevaba, no tuvo problemas para entrar a la universidad de París. Rentó una finca a las afueras de la ciudad, donde Bernardine y Antoinette criaban gallinas y cultivaban hortalizas. Y en un hermoso invernadero construido por André, brillaba la Flor de Jamaica. La vida en la campiña francesa era un idilio permanente. Qué de aromas, los de aquel huerto de Francia.

El joven andaluz asistía a clases en una hermosa calesa de dos caballos, y en poco tiempo tenía que repartirse entre el amor a las parisinas y su devoción a los estudios de medicina. Le interesaba sobre todo investigar la composición de la sangre. Estaba seguro de poder aislar algún día en la sangre el componente que causaba el vampirismo. Mientras, aprendía el novísimo arte de la cirugía, que lo maravillaba.

La única muchacha que llevó a su finca en las afueras fue a Claudette Marcel, una bella francesita que conoció en Montmartre, experta en preparar licores y además, una gran artista. Se convirtieron en apasionados amantes y Claudette venía los domingos a pintar un retrato de Alonso. Era encantadora, con su melena negra y sus ojos azul cielo. Bernardine y Antoinette le tomaron gran cariño. André le aconsejaba a Alonso casarse con aquella adorable pintora.

Caía la nieve del cielo de París, como un dulce maná que flotaba y se depositaba en los troncos desnudos de los árboles cuando la bella Claudette concluyó por fin el retrato, lo firmó y escribió al dorso “Alonso de la Rosa”. Pero al graduarse de médico, con honores, ya Alonso había tomado la decisión de volver a su



querida América. Se despidió de la bella Claudette y no quiso llevarse el retrato.

—Consérvalo como un recuerdo.

Le dejó unos bellos aretes de brillantes que habían pertenecido a su querida Margarita y se dirigió en un hermoso barco a su querido Puerto Príncipe, donde encontró su antigua mansión abandonada, tomada por la hiedra. Y solo había estado ausente siete años. Después de limpiarla y restaurarla, con André, comenzó a prestar servicios en el rudimentario hospital local, como médico cirujano. Era feliz atendiendo casos difíciles, aplicando los conocimientos adquiridos. Pronto tuvo fama de benefactor público y además de trabajar en el hospital, venían a la casa enfermos para ser curados por el Dr. De la Rosa. Y algunos con males del espíritu, eran sanados por André.

Así llegó a la casa Maribelle, una desbordante mulata haitiana, apasionada del baile y el jolgorio. Pero padecía el “gran mal”. Por su condición de epiléptica sufría serias convulsiones, no lograba superar un desgano permanente, que le impedía hasta trabajar. Alonso puso en práctica sus investigaciones acerca de las defensas del organismo. Fortaleció a la joven con una buena alimentación con mucha leche, proteínas, pescado, huevos crudos, miel y pronto Maribelle estaba mejor y los ataques eran menos frecuentes. El color de su piel era exactamente igual al del cobre, y también su largo pelo crespo era dorado, casi rosa, como el cobre. A Alonso le gustaba llamarla así, “mi niña de cobre”. No era amor, era amistad, simpatía. Era occurrente y chistosa. Sabía cómo hacerlo feliz. La muchacha se enamoró de su médico y después de mucho rogarle Alonso accedió al fin a vampirizarla. Tal como



había predicho André, se curó del mal. Ambos le hicieron jurar que nunca usaría aquel poder para dañar a nadie.

Aroma: los vampiros exhalan a veces un olor agradable, como a galletas recién horneadas, o pan caliente. A veces huelen a nardos o a naranjas. Lo hacen cuando se enamoran, o para seducir. Suelen oler a lo que la persona elegida más ama, una fruta, un dulce, una comida, una flor, o una esencia cualquiera.

Baile: los vampiros son maravillosos bailarines. Suelen seducir a las mujeres con esta característica.

Beso: el beso de un vampiro puede ser mortal, si él así lo quiere. Puede morder durante el beso. Si muerde en el labio o en la lengua, la mordedura es efectiva, aunque sea breve.

Fue después de cien años, ya a mediados del siglo XIX, cuando Alonso volvió de nuevo a La Habana. Fue solo entonces cuando conoció a Olalla Margarita Urrutia Molinos, sobrina nieta de Margarita Isabel Molinos y muy parecida a ella.

Se quedó un rato más absorto en tantos recuerdos, mirando el bello rostro de Olalla, inmortalizado a través del tiempo, por obra de aquel pintor desconocido. Se insinuaban las luces de la aurora.

Se dio cuenta a cabalidad de que se hallaba en el tejado, en su casa de Caracas, solo cuando su mayordomo vino a hacerle compañía con una botella de ron y dos pequeños vasos.

—¿Es ron cubano?



—Venezolano, Alonso. El mejor del mundo. No piense más, mi niño. No es necesario que siga sufriendo. Las cosas pueden cambiar.

Mientras hablaba, André llenaba los dos vasitos de ron. Alonso lo contempló al trasluz y le recordó cierto matiz en los ojos de Olalla.

—Sí, negro, tienes razón, las cosas pueden cambiar.

—Cuando usted llegó a La Habana la primera vez parecía un perrito sin dueño. Yo le hice comprender que esa cualidad, que ese poder suyo, no necesariamente era algo negativo. Puede ser una fuerza, un gran don. Según como se use.

—Recuerdo eso, mi fiel André. Y también cuando llegué a tu país, destrozado por haber tenido que renunciar a Margarita Isabel, mi gran amor. Recuerdo que tú, junto con Antoinette y Bernardine, me salvaron de nuevo y me consolaron. Me confortaron y me ayudaron a sobrevivir, en este mundo de maldad, de intriga, de tanta crueldad. Menos mal que los viajes y la distancia terminaron de curarme. Y la segunda vez que me fui para Cuba de nuevo, nunca debí haberlo hecho.

—Ajá, ¿recuerda que se lo advertí? Si se hubiese quedado con Maribelle en Haití, nada habría pasado. Ustedes eran tan felices. Hasta fueron a Caracas a luchar en la guerra de Independencia. Los dos en acción eran invencibles, destrozaban el cuello de los godos, les arrancaban el corazón. Casi nadie salía de noche en Venezuela. Bolívar lo nombró capitán. ¿Se acuerda de Bolívar? Qué hombre tan persistente, ¿no?

—Cómo no. Tan valiente. Quizá hubiese merecido el honor de ser un vampiro.



—Pues no sé por qué no se lo concedió.

—Siempre estaba acompañado. ¿Cómo hablarle de eso? No me habría creído. Y yo me la pasaba en los hospitales de campaña, curando a tantos heridos. Pero, ¿te imaginas? Venezuela marcharía sobre ruedas, dirigida todavía por él.

—Simpatizó mucho con usted. Lo nombró capitán y le puso al mando de un batallón. Capitán Alonso de la Rosa. ¡Qué días, de plomo y humo!

La risa de André tenía cierto esplendor metálico, no correspondía a su cuerpo de viejo.

—Claro que la pasé bien en esos años y Maribelle combatía bravamente a mi lado, del lado de los republicanos. No puedo negarle que se portó admirablemente. Fueron días grandiosos.

Sí, tal vez Alonso no debió volver nunca a La Habana, después de perder a Margarita Isabel. Pero fue cosa del destino, como decían las canciones cubanas. Jamás pensaba volver a Cuba, pero le salieron buenos negocios en La Habana. Y había jurado nunca enamorarse de nuevo, menos con la experiencia anterior. Pero apareció Olalla Margarita, con aquella larga cabellera del color de la tierra de los ríos. Su pelo se movía con ella, cuando montaba a caballo. Lo hacía a la perfección, como su abuela Margarita Isabel, era tan fina, tan exacta, y hasta olía igual, tenía el mismo acento de jazmines. Es como si este amor se repitiera a través del tiempo.

—A veces siento que es la misma mujer, en tres cuerpos diferentes. Nunca preví la llegada de Olalla a mi vida. Como no preví ahora la de Valeria.



—Pobre señora Olallita, tan buena. Para mí, que usted sigue siendo un niño de veinte años, amo. Le falta madurar. ¿Cómo no pensar que Maribelle se iba enfurecer? Dicen que no hay nada peor que una mujer desairada.

—Y tanto me equivoqué y tan fieramente se resintió que oca-
sionó la muerte de Olalla. Le rompí el corazón a mi niña de cobre,
viejo. Ni siquiera pensé en ella. Cuánto siento no haber estado
allí, con mi pobre Olalla. Y eso que Fortunata nos seguía, pre-
tendiendo robar el filtro para tolerar el sol. ¿Recuerdas? Yo podía
olerla a distancia. Y aún sospechándolo, me descuidé, dejé sola a
mi amada. Maribelle estaba tan celosa que reveló a los familiares
de doña Olalla nuestro secreto. Y por mala suerte me encontraba
fuera de La Habana. Es que al conocer a Olalla en La Habana
me olvidé de Haití y de Maribelle. Era como si nunca hubiese
existido mi “niña de cobre”. En realidad llevábamos casi cien
años juntos, y ya estaba acostumbrado a ver a Maribelle seducir
a sucias jovencitas vagabundas de Puerto Príncipe y sus alrede-
dores. La encontraba revolcándose con ellas en el granero de la
mansión. Siempre comprendió y perdonó este extraño gusto de
su pareja. Y por eso creyó nunca que lo amara, ni que se fuese a
sentir tan humillada como para aliarse con Fortunata y regar en
La Habana el rumor de que Alonso de la Rosa era un ser infernal.
Un vampiro. Y su esposa, seguramente una bruja.

—Pero no fue Maribelle la culpable de todo, mi señor. Ni
tampoco Fortunata encendió ese fuego. Fueron los nietos y
bisnietos de Margarita Isabel, que recordaban la historia del vam-
píro. Y uno de ellos, Darío, fue quien comenzó a decir que usted
era un ser maligno.



—¡Fuego, fuego con los demonios! ¡Quémenlos vivos, son brujos los dos!

Las antorchas ardían. André trató de buscar a Olalla, pero ella ya se había refugiado en el túnel. De pronto Fortunata apareció con Valdés y trataron también de localizar a la muchacha.

—Sí, amo, sabían que su mujer estaba embarazada, estaban tras el pequeño *humpiro*, se la querían llevar. Es lo que siempre han querido. Un híbrido, para poder criarlo y ponerlo de su parte. Más bien trataron de apagar el incendio. Y trataron de concederle el don a doña Olalla, por conservar el *humpiro*, pero estaba ya muerta, quemada.

—Sí, me explicaste que un *humpiro* posee un gran poder físico y espiritual, se maneja en ambos mundos y su sangre inyectada permite que los vampiros salgan de día, toleren la luz. Me dio dolor perder a mi hijo, pero mucho más perder a mi mujer. Si supieras cuánto lloré a mi Olalla, negro. Meses, años.

—Lo sé, amo. Recuerdo que en realidad Maribelle y Fortunata trataron de salvar a la difunta. La iban a dejar vivir al menos hasta que naciera el niño. No lo consiguieron. Gracias a Dios que se llevó a mi amita Olalla con su criatura en el vientre.

—¿Qué destino le habría esperado a mi hijo con tales mentores? Mejor que murió con su madre.

—Dios sabe lo que hace, mi señor.

—¿Dios? Ya me olvidé de él hace mucho tiempo, negro. Y él se olvidó de mí.

—Eso no es así. En el fondo de usted, hay una lucecita que le dice que no es así, amo.



—Soy un ser maligno, un bebedor de sangre, André —se lamentó el muchacho hundiendo la cabeza en sus manos.

—No diga eso, amo. Hay cosas peores.

Alonso miró asombrado al *houngan*.

—Sí. Hay espíritus marginales, esos sí que se han olvidado de Dios y él de ellos. Son seres que se arrastran a ras del suelo. Ellos generalmente duermen en los pantanos, pero la maldad sin límites, la crueldad extrema, los despiertan. Y se nutren de eso, del mal.

El silencio parecía querer tener la última palabra. De pronto Alonso se estremeció y declaró con fervor:

—Si al menos Dios mirara mi dolor y me ayudara con este nuevo amor. Este amor puede ser mi redención, Valeria tiene la fuerza espiritual de las santas. Esto es algo definitivo. Si lo pierdo, será el último. Alonso apuró el vasito de ron después de recitar uno de sus últimos poemas:

*Y beberé la sangre de los muertos,
y me disolveré en la espuma
de los días, en el cierzo del tiempo.
No habrá luna verde
ni liebres en lo profundo
de la noche.
Seré ceniza, polvo maloliente
cuando beba la sangre de los muertos.*



Se abrazaron, se tomaron el último vasito de ron y luego bajaron a dormir. El sueño del haitiano, tranquilo y sosegado, el de Alonso, inquieto, estremecido.

Los vampiros trataron de alcanzar el túnel donde se refugió Olalla, pero llegaron tarde. Calcinada yacía la desdichada en el suelo, con la cría muerta en su interior. Fortunata la pagó con Maribelle, le dio una bofetada que la lanzó a cuatro metros de distancia.

—*Sai che cosa abbiamo perduto, stronza?* Por tu culpa, imbécil, perdimos algo que vale más que todos los tesoros de la Tierra.

Alonso estaba en Santiago, en un viaje de negocios. Todo lo ocurrido se lo refirió André, lo había presenciado oculto toda la noche en un árbol. Él también quiso salvar a Olalla, pero el fuego creció demasiado pronto. Con ayuda de Antoinette y Bernardine logró rechazar a las dos vampiras, que se fueron tristes por haber perdido al *humpiro*.

André convenció a su amo de no volver a La Habana. Era preferible que se fueran a Haití y luego a Venezuela, donde decían que había futuro, a pesar de que la guerra de Independencia había devastado el país.

Se establecieron en los Andes, en una gran finca lechera. Como siempre, con la sabia ayuda de André, en poco tiempo Alonso había aumentado considerablemente su capital. Fue después de muchos años, ya en 1930, que decidió matricularse en la Universidad de Caracas y cursar de nuevo estudios de medicina, que como en Francia, culminó con éxito. Una vez graduado, se fue de nuevo a las Antillas para no despertar sospechas, las



suspicacias que eran naturales después de ver que los años no hacían mella en su piel aceitunada, en su cara de apóstol joven. Estuvo un buen tiempo enseñando primeros auxilios en el Gran Hospital de Haití, que ya para entonces había mejorado un tanto y estableció una cátedra de cirugía para ayudar a la gente de su segunda patria.

Ahora regresaba a Caracas en el siglo XXI, para volver por tercera vez a estudiar medicina, en la Universidad Central de Venezuela. Esta vez confiaba en poder dedicarse en firme a la investigación, al estar más avanzada la ciencia y poder aislar el factor que provocaba el vampirismo.





—Tío Rodrigo, mi padre me busca, quiere matarme. El viejo Rodrigo Olañeta no quería creer lo que su sobrino le contaba.

—Eres su único hijo, ¿cómo puede ser? Dios del cielo. ¿Sagrario lo sabe?

—¡No! Y no se lo digas nunca, por favor, mi madre ya ha sufrido tanto.

—Acabaré con él. Me las pagará. Viejo como estoy aún sé usar mi viejo acero toledano.

—¡No, tío, mi madre se moriría del pesar! Más bien escóndeme, tío, ¡sálvame!

—¿Dónde te esconderé? Fernán de la Rosa tiene mil ojos. Si te quedas aquí cerca, en Toledo, te hallará. Déjame pensar.

—¿Y si me fuera a Granada? Me cambio el nombre y trabajo como mozo de cuadra.

—Alonso, hijo, tú has sido criado como un príncipe. Lo único que puedo hacer es... enviarte a las Indias. Sí, no pongas esa cara. Te compraré pasaje en el próximo galeón que salga. Ya está, el *Nereo* venga. No se hable más. Vamos a preparar tus cosas. Toma, llévate varias camisas más, mis botas, llévate el arcón de mi equipaje y lleva también este dinero.

—No, tío Rodrigo. ¿Cómo aceptar eso? Son tus ahorros.



—Lo tenía ahorrado desde hace mucho, pero solo para ti. No tengo hijos, Alonso, tú eres mi único sobrino. Ven, dame un abrazo. Y abraza a tu tía Dolores. No llores, mujer, tal vez vayamos a visitar al chaval, dicen que allá se hace fortuna muy rápido.

El olor del tío Rodrigo, vino, madera y pieles para curtir del monte, junto a la albahaca de la tía Dolores, aquel aroma de las hierbas con que cocinaba sus ricas liebres, se mezclaba en sus recuerdos al acre olor salobre del mar.

—¿Es el galeón *Nereo*? Tengo pasaje en este barco, mire. Aquí está. Soy Alonso de la Rosa.

—¡A bordo, entonces! ¿Qué esperas, mozarbete? Soy el capitán Diego Valdés, y ya vamos a zarpar, así que busca un buen lugar y acomódate a tu gusto, rapaz.

—Parece que hay buen viento, ¿no?

—Pues sí que lo hay, mocito, que la Virgen del Rocío nos protege. Antes de que puedas decirlo de nuevo y si el Dios de los cielos lo permite, llegaremos a La Española, que la bella Santo Domingo es nuestro destino.

Y a mitad de camino, aquella noche, aquella hermosa náufraga, en una pequeña balsa de madera. Con sus largos cabellos rojos, con sus canciones de florilunio los durmió a todos y a él, a él lo escogió entre doscientos hombres.

Canto: los vampiros suelen cantar con buena voz. Generalmente aman la música.

Cielo: los vampiros, en su mayoría, sueñan con revertir su condición y redimirse para poder ir al cielo al morir.



Carne: los vampiros pueden comerla, cruda o semicruda, depende de su poder.

Comida: los vampiros pueden comer cereales y frutas. Les indigestan las harinas refinadas.

Cuerpo: generalmente tienen un cuerpo hermoso y fuerte.

—Lei merece queste bacio, amore, il bacio di la vita.

Aquella mujer de soberbias curvas y hermosos ojos lo besó. Un beso aromado al mejor vino, un beso inigualable. Lo besó y lo mordió fuertemente en la lengua. Alonso olvidó el mar, la noche florecida de estrellas, el brillo acerado de la luna. Se le borraron todos los colores del mundo. Perdió el conocimiento y cuando despertó era de noche y estaba en una cama grande con Fortunata, como se llamaba aquella mujer infernal, la que lo convirtió en vampiro cuando apenas tenía veinte años y lo eternizó en esa edad hermosa, fragante, altiva.

Después de esa primera noche con Alonso, Fortunata prácticamente acabó con la tripulación. Dormía de día y en las noches salía para seducir y luego matar a los marineros. Enseguida les abría el pecho con un puñal para sacarles el corazón diciendo “No mereces el honor”. Arrojaba los corazones sangrantes por la borda. Alonso la contemplaba aterrado.

—Debo hacer *esta cosa*, *perche se non lo facio* se convertirían en seres poderosos como nosotros —le explicaba a su joven amante—. Y no lo merecen. Tú y yo somos seres fuertes de cuerpo y alma, merecemos el don. Ellos no.

Alonso seguía bajo el embrujo de la bella italiana, quien sentía en el muchacho el olor de una pizza napolitana con mucho



orégano y albahaca. Su olor favorito. Él sentía en ella el olor del mar y en su boca, el bouquet del mejor vino.

Aún dormía con ella, sentía que la necesitaba cada noche, y ella le daba a beber su sangre con pasión. Pero él rehusaba matar a los marineros para alimentarse. Entonces Fortunata entendió que su vampiro andaluz tenía un código moral. Nunca podría ser como ella. Una noche, la italiana vampirizó al capitán Valdés y este sustituyó a Alonso en su afecto. Entre los dos, la sensual vampiresa y el capitán, desataron una masacre escalofriante.

Durante una madrugada asesinaron a los cien tripulantes de la nave. Buscaron a Alonso una noche para eliminarlo dándole a beber sangre de muerto mezclada con vino, pero el muchacho estaba bien escondido. Como si fuera castigo de Dios, sobrevino una tempestad y un rayo destruyó el *Nereo*, que se rompió como si fuera de papel. Alonso se vio una noche flotando inerte frente a las luces de La Habana.

Los tiburones lo rondaban en círculos, cebados por los corazones humanos que Fortunata había arrojado al mar, pero el primero de aquellos peces que tuvo la desdicha de acercarse, murió a manos del joven vampiro, que clavó sus colmillos en el escualo y bebió ávidamente, hasta saciarse y dejar al animal sin sangre.

Huyeron empavorecidas las demás bestias del mar. Ya desfalleciente, Alonso divisó flotando cerca al arcón con la ropa de su tío Rodrigo. Abrazado a él, casi inconsciente, el sobreviviente alcanzó la playa. Cargando su arcón vio cerca una burda choza deshabitada y hasta allí se arrastró, y durmió todo un día.



Al anochecer salió a pasear, hambriento y desolado. En un callejón vio la taberna “El Tuerto y el Malo”. Y allí, como si fuera el rostro del destino, vio en la penumbra de la barra el rostro oscuro de André Faldor, que parecía resplandecer como con la luminiscencia del mar bajo la luna. Fue André quien se acercó a conocerlo y lo trató con reverencia, como si fuese un Dios extranjero. Era un poderoso *houngan*, un gran brujo haitiano y al verlo supo adivinar su condición, según él una cualidad inapreciable y única.

—¿Cómo puede pensar eso? Quisiera morir, *monsieur* André. Esta maldición que me dio la italiana es peor que la de mi padre.

La última imagen que Alonso tenía de Fortunata era su bello cuerpo bañado en sangre, abordando con Valdés un botecillo y luego navegando hacia otros mares, seguramente pensando que Alonso había muerto.

—No hable así, *monsieur* —el brujo chapurreaba el español arrastrando sus erres cómicamente—. Usted no debe pensar en la muerte sino en la vida. Este es un don maravilloso si usted lo usa bien. He conocido vampiros malignos, aquí en la isla y al final alguien descubre su punto débil y los mata. Usted es bueno, bondadoso, y yo lo ayudaré. He visto las aguas del río, he leído en las estrellas que usted iba a venir a La Habana. Y también irá a mi ciudad, a Puerto Príncipe. Por algo será. Usted se va a salvar y será por amor, un amor muy fuerte, indestructible. Y además usted no conoce realmente la maldad, *monsieur*.

—¿Qué quieres decir?



—Un día logré ver a uno de esos seres infrahumanos, almas errantes que se arrastran por los rincones. Se nutren de la maldad pura, de la perversidad. Lo vi devorando el cuerpo muerto de un vampiro francés muy cruel, llamado Adrian de la Carte. Pero usted está a salvo, nunca lo perseguirían. Por si acaso le haré protección vudú. Recuerde que yo soy un poderoso brujo. Yo haré lo posible para que usted no solo pueda ver la luz del sol, sino utilizar su fuerza para viajar lejos, su pensamiento para verlo todo. Y si obedece las leyes del vudú pronto podrá ser un gran inmortal.

—André, nunca dejaré de agradecer esta bondad suya.

—Nada de lo que yo le daré, mi señor, se compara al don con que usted me distinguirá.

—Solo pido ser partícipe de su condición *monsieur*. La vida eterna para mí, y yo se la daré a mi querida Antoinette. Es un bien impagable. La posibilidad de días infinitos, de errar y recomponer nuestra vida. Es un regalo que no tiene precio, nada de lo que yo haga podría compararse con eso.

—No es tan bueno como crees. Pero si haces que yo pueda alimentarme sin matar seres humanos, y logras que pueda volver a ver el sol, te daré ese don, André. Te lo juro.

Aquella misma noche el brujo se puso a trabajar en sus pócimas mágicas, y llevó a Alonso al patio donde tenía dos vacas que saciaron la sed del joven vampiro andaluz por varios días. Con parte del dinero que le regalara el tío Rodrigo Alonso compró una vieja finca a las afueras de La Habana. Arregló la casa, la amobló, compró excelente ganado y con ayuda de los haitianos pronto inició su primera plantación de caña de azúcar. Era triste verla solo en las noches, cuando todos estaban dormidos.



Entonces salía y recorría a caballo su plantación. Charlaba largas horas con André, y antes de que se asomara el sol estaba en su alcoba de negros cortinajes, profundamente dormido.

Mientras dormía visitaba los patios de su niñez, las amadas calles de su Toledo natal a la cual nunca regresaría. Y miraba el rostro amado de su madre, bañado en lágrimas, el rostro iracundo de su padre, los ojos amorosos y compasivos del tío Rodrigo. ¿Qué habría sido de ellos?

Un buen día, André vino sonriente con un vaso lleno de un líquido rojo y espumoso.

—Es un experimento. Beba, ya la poción está bendecida por mí.

Alonso lo bebió cada noche, durante tres días seguidos y untó su cuerpo con aquella pócima. Al cuarto día, el brujo descorrió de golpe las cortinas del aposento de su señor. Alonso gritó, se cubrió los ojos. Estaba perdido.

La luz del sol entró a raudales, y tocó los ojos del cuerpo del vampiro, pero nada pasó, no hubo heridas, ni quemaduras. El muchacho cayó de rodillas agradecido, y cruzó las manos en muda oración. Luego de abrazar a su *houngan* se vistió apresuradamente y salió a la terraza.

Había olvidado ya los bellos colores y las formas del mundo. Saludó los pájaros azules que adornaban la mañana. Respiró el aire fresco del campo, vio de nuevo las mariposas en las flores, volvió a deleitarlo el aroma verde de la hierba y se tendió en ella de cara al sol y a la vida. Pintaba con alborozo los mínimos manantiales, las flores, los colores del paisaje, con la tendencia impresionista que había estado de moda en España cuando él



partió hacia América. Y a veces escribía con un carboncillo en unos viejos papeles.

*Mundo que huías de mí yo te saludo.
Admiro la verde perfección de tus árboles
me inclino reverente ante tus aguas azules,
bendigo a tus laboriosas hormigas
a tus plácidas ovejas a esas nubes
que pasan fugitivas y enamoradas.*

—Gracias a tu fórmula con esas flores rojas yo no necesitaré esconderme más. Y espero que la planta esté siempre en el jardín. Qué bien sabe esa poción que preparaste con ella. Sabe como a parchita, a mandarina.

—Se llama Flor de Jamaica. Nunca me falta. Yo le tengo toda una enredadera tras de la casa. Todos los días Antoinette y Bernardine recogen una docena de flores y preparan la decocción. Después le añaden azúcar. Y cardamomo. Es la especia que fortalece a los vampiros. No lo olvide. La verdad es que sabe muy bien. Claro yo le agrego mis bendiciones.

En adelante, en sus sueños aparecería a menudo aquel primer encuentro con el sabio brujo haitiano, que había salvado su alma de la desesperación, que le había devuelto la alegría de vivir, la alegría de mirar de nuevo el esplendor del mundo. También aparecía la tragedia de la maldición que le otorgara su padre. Alonso estaba seguro de que por causa de esa maldición le había sobrevenido la otra, la de ser vampirizado cuando apenas cumplía los veinte años.



Canela: especia que repele a los vampiros. Los houngan la usan en sus amuletos y talismanes.

Cardamomo: especia olorosa, que se agrega a muchos preparados vampíricos.

Colmillos: generalmente son retráctiles. Si pierden uno pierden el equilibrio, pero igual pueden morder con el restante.

Cruz: siempre afecta a los vampiros, sobre todo si es de plata o de madera. A menos que el vampiro haya sido tratado por un houngan, un hechicero haitiano. Ellos conocen los secretos del vampirismo porque en Haití hay muchos.

Dampiro: hijo de la violación de una mujer humana por un vampiro. Generalmente suele ser perverso y aliarse con su padre al crecer. La mujer violada por un vampiro debe terminar cuanto antes su embarazo. Su propio hijo podría matarla. Se han dado casos, muy excepcionales, en que un vampiro no es maligno.

Dolor. Los vampiros pueden sentir dolor, pero se recuperan más rápido que los humanos.

Espejo. Los vampiros no se reflejan en los espejos, a menos que hayan sido tratados por un hechicero.





8

Otro día de clases en la universidad. Alonso se sentía a gusto en la Facultad de medicina, pero aquel día no seguía en serio las indicaciones del profesor. En vez de anotar las informaciones dibujaba el rostro imborrable de su desdichado amor, Olalla. Aquella adorable sonrisa que creyó perdida en su memoria, y que un retrato al carbón le devolvió. Un retrato que le entregara alguien que significaba mucho más que todas las mujeres de su vida. Alguien que sin saber por qué, era más amada y más deseada que la infortunada Olalla Margarita y que la pálida Margarita Isabel.

Una profunda angustia le exprimía el corazón, impidiéndole casi respirar. En los noticieros de televisión había aparecido la noticia: dos hombres muertos, con el corazón extraído. Y en la pared, en letras enormes la palabra “Sangre”, escrita con la sangre del cadáver. Ya todos hablaban de aquella secta satánica, los periódicos y noticieros rastraban cada víctima y los investigadores de lo oculto registraban los orígenes de algo similar en la antigua Roma.

Pero Alonso no tenía dudas de que se trataba de Fortunata, con Valdés y algunos otros de su pandilla. Podía sentirlos cerca con el pensamiento, como le había enseñado André. El olor salitroso de la napolitana vibraba en el aire de Caracas. “Sangre”.

Evocó la espléndida figura de Fortunata, sus hechiceros ojos verdes, aquella cabellera de bronce y fuego, aquellas caderas



impresionantes. Estar con ella era como bañarse en el mar con lluvia y sentir el golpe duro del mar, su fuerza infatigable. Estar con Olalla en cambio era como bañarse en un manantial perfumado y comer frutas de la montaña. Besar a Margarita era como besar a una mariposa azul.

Ni a ella ni a Margarita pensó nunca en vampirizarlas. Le espantaba la idea. Eran tan delicadas como flores. ¿Cómo someterlas al horror de ser mordidas, y luego al de verse obligadas a beber sangre? Solo con su madre hizo una excepción, porque estaba a punto de morir.

Pensó que tal vez eso también había sido un error. Un terrible error. ¿No habría logrado para ellas la vida eterna? Pero, ¿y si alguna de ellas se tornara como Maribelle, perversa? No se sabe cómo obra el efecto de la mordida de un vampiro en un ser humano. En él había sido distinto, no había logrado corromper su corazón, pero en Maribelle... En su “niña de cobre” había obrado un efecto adverso, sórdido, la hermosa Maribelle estaba llena de bajas pasiones, fue presa fácil de Fortunata, que la reclutó para su secta “Sangre”. Reflexionó sobre sus dudas con respecto a Valeria.

Le atraía tanto aquella muchacha que no podía ni comer, ni leer en paz. En su presencia no respiraba bien, le costaba absorber el aire que lo rodeaba.. Su piel de seda, de miel clara. Su perfumada cabellera castaña, que parecía tener vida propia. Su intensa mirada de ángel. Esa mirada llena de fuerza, que reflejaba un espíritu firme, generoso. Esta era sin duda su última oportunidad de ser feliz. No quería perderla. Perderla era perderse a sí mismo para siempre, volver a mujeres que nada decían a su espíritu sensible y adolorido.



Sin embargo, le asaltaba la idea de que tal vez debía sacrificarse, quizá era preciso alejarse de ella, no podía permitir que sufriera por él. ¿Cómo tomaría el hecho de que él fuese un vampiro? ¿Cómo protegerla de la maldad insidiosa de Fortunata y su grupo “Sangre”? a lo mejor la exponía a sufrir el mismo cruel destino de Olalla la tierna, la inolvidable. Nunca, nunca lo permitiría. ¿Debía dejarla, dejarla que fuera feliz con otro, con un hombre normal? ¿Dejarla para siempre como a Carmen Sofía, la dulce veracruzana o como a Berk, la apasionada laponia? ¿Como a Claudette, la risueña parisina?

Inmerso en sus cavilaciones masticaba la punta de su bolígrafo. Ni siquiera advertía la mirada fija de Vanessa. De pronto se dio cuenta, pero ella rápidamente volvió la cabeza a otro lado y fingió ignorarlo. Desde su asiento, parecía decidida a no hablarle más.

“Tal vez sea mejor así” –pensó Alonso.

Pero cuando terminaron las clases, la chica no pudo resistirse y lo buscó. Lo encontró en la grama, estudiando. Antes de acercarse lo miró con un amor desmedido. ¿Nunca sería para ella? ¡Tal vez sí! Quizá ya había olvidado aquella presumida sifrinita. Se veía tan solo, leyendo allí en la grama. Se sentó junto a él.

—Hola, chamo candela. ¡Yuju! Quiero disculparme contigo.

—¿Ya no estás enojada? Qué bueno. ¡Volvió mi mejor amiga! Así hasta podemos salir un día los tres, Valeria, tú y yo. Podemos ir a patinar, o a la playa. A ella también le gusta la poesía.

Vanessa palideció. Era imposible luchar contra aquella muchacha. Era mucho más alta, más bella, más espontánea, más



adinerada, más... En aquel momento su cabecita kafkiana urdió un siniestro plan.

—Y bueno —dijo con fingida sonrisa—, claro que sí. Si ustedes se aman, ¡ámense! Si eso quieren, qué puedo hacer. Tranquilo, chamo, dile que me disculpe. Que me perdonen los dos, mejor dicho. Qué pena. Dile que tenía el síndrome premenstrual. Creo que fue eso.

—Ay, Vane, que puedo decirte, para mí sigues siendo mi amiga más fiel. Tranquila, loquita, llámala tú misma, y aclara las cosas con ella, más bien me dijo que le caes de lo mejor. Toma, a ver, déjame copiártelo, este es su celular.

La chica tomó el papelito que le daba su amigo y marcó el número frente a él.

—Valeria, ¡hola, chama! Soy Vanessa. No, la que formó el lío en tu fiesta. La del pelo raro. No, claro que no estoy molesta, para nada. Más bien, tengo una pena terrible contigo, en realidad metí la pata en tu fiesta, y en la cafetería, pero quiero que me disculpes. En realidad me caes muy bien. Bueno, y si amas a mi pana, pues bien. Yo pensaba que podías estar jugando con él, pero bueno si en verdad loquieres, yo... creo que también voy a quererte mucho.

Alonso sonreía feliz. Y al otro lado de la línea Valeria se emocionó. Aquella chica no solo era simpática sino de buenos sentimientos. De buena fe pensó que serían grandes amigas.

Al salir de la universidad, Alonso se fue al cine Bello Monte. Había sido construido en puro estilo *art deco*, como en los años treinta, a la moda de los primeros cines, con sus marquesinas y sus grandes butacas rojas. Uno pagaba en la taquilla y al entrar un mesonero muy bien vestido lo pasaba a la sala de espera, donde se



ofrecía café, refrescos, cotufas y bombones. Pero no estaba aquel racimo de gente sudorosa y desesperada, sino la gente del lugar. Los vecinos de la urbanización Colinas de Bello Monte y sus alrededores. Había sido una buena idea sustituir la antigua cadena de cines de los centros comerciales, con sus colas agotadoras, y volver a abrir teatros y cines en diversas áreas y urbanizaciones de la ciudad. Era más humano. Pensó en invitar a Valeria alguna noche.

La función salió tarde y Alonso se acercaba a su casa de las Colinas de Bello Monte, a pie. Aspiraba la suave fragancia de la brisa nocturna. Llegó a buen paso a su casa. Antes de traspasar el portón y la reja, sintió latir la sangre de un vampiro en las sombras de la calle desierta.

—Dame ese filtro que posees, sifrinito, vamos, sin ponerte cómico, mira que te llevo seis siglos —gruñó una voz profunda.

El vampiro, pelirrojo y barbado, se acercó a él amenazándolo con un cuchillo de plata maciza, como para destazar un buey. Alonso olfateó el aire. En verdad era un vampiro viejo, olía a arena del desierto.

El otro vampiro, un chino de amplias vestiduras y sonrisa misteriosa, se acercó cauteloso. Alonso lo levantó en el aire de una patada y lo desarmó. Luego cayeron de alguna parte tres más. Dos hombres y una chica china. No los conocía. Salieron de la casa André, Antoinette y Bernardine, dispuestos al combate.

Cada uno luchó contra aquellos cuatro enemigos, que con saltos y risas eludían los zarpazos mortales de las haitianas, que se habían untado las uñas con sangre de muerto, para destruir a aquellos seres diabólicos.



—Qué tontería, ¡te defienden las mujeres! No sé por qué Fortunata dice que eres poderoso —rio uno de ellos, y los demás corearon la macabra carcajada.

De pronto André hizo un gesto en el aire, señalando hacia un lugar y los cuatro vampiros se detuvieron con cara de terror. Ya no había lugar para risitas. Pusieron tal cara de espanto ante el poder del brujo y su protección sobre Alonso, que escaparon despavoridos. Desaparecieron en las sombras, volando quién sabe hacia dónde.

—Señor, no camine de noche por Caracas —dijo el brujo después de que estuvieron a salvo dentro de la casa, también protegida con un hechizo especial.

Alonso quiso saber qué había hecho André, de qué manera los había ahuyentado.

—Te lo enseñaré, si prometes no caminar nunca más solo por Caracas. Esta protección no es tan efectiva como crees. Es solo vudú.

—¿No es efectiva y huyeron como conejos?

—Porque estamos aquí cerca, junto a la protección. Es bueno también para la casa. Es sencillo: debes matar una serpiente venenosa y después beber su sangre en una copa, la sangre y no el veneno, por supuesto. Luego debes enterrarla en algún lugar. El ritual se hace bajo la luna llena. Adquirirás su poder de matar e infundir miedo a tus adversarios, sobre todo si en una pelea te concentras en su cuerpo y en el lugar donde está enterrada la serpiente. Entonces debes mover tu mano derecha hacia allá, hacia donde está el cuerpo enterrado, que es en el jardín de esta casa, bajo los lirios. Pero como te digo es limitado, si te alejas más de un



kilómetro de donde está tu serpiente protectora enterrada, ya su poder no tiene efecto. Y ahora promete no caminar más solitario en las noches.

—Tienes razón, amigo. No lo haré más. Y fíjate, yo no me equivocaba. Fortunata ha enviado a sus sabuesos tras de mí. Menos mal que los ahuyentaste.

—Hay otros perros allí. Pero de otra clase. Quizá hasta mejores.

Alonso miró por la ventana. Dos perros dóbermans babeantes y delgados, negros como la noche, miraban hacia la ventana iluminada.

—No te preocupes. La casa está protegida, no pueden entrar. Pero no camines más de noche.

Volvieron a mirar y ya no estaban los perros vampiros de Fortunata.





9

Al otro día, Gustavo y Alonso se saludaron emocionados. En dos días comenzaría el Festival Nacional de Poesía. Vendrían poetas de diversas partes del país. Alonso debía abrir el festival con poemas de su último libro *Errantes*. Muy contento fue a visitar a Valeria para invitarla al evento. Sería en la Casa del Escritor.

La noche estaba fresca y seca, la luna parecía acercarse a mirar a los poetas. Alonso saludó al público y luego recitó con su voz grave y pastosa. Todas las mujeres sentían en él los olores que más amaban. Pan o galletas recién horneadas, crema chantilly, pato a la naranja, rosas frescas, nardos, jazmines, mangos maduros, guayabas en sazón.

Valeria lucía deslumbrante con un traje azul medianoche. En primera fila, aplaudió a rabiar. Después recitó Gustavo y también Vanessa, recogido su pelo, vestida de negro absoluto como siempre. Luego un poeta de Mérida, Gonzalo Fragui, después el atildado Arráiz Lucca, el simpático poeta Crespo, el poeta Cadenas, el diáfano Osuna, y el infaltable Villa-Peláez. Y entre las mujeres la maravillosa poeta Beverly Pérez, también Mharía Vásquez y Minerva Reyes. Eran los mejores. Y el público los saludaba a todos con una ovación.

Al día siguiente vendría otra tanda de poetas, y así durante una semana. Después del encuentro poético hubo un brindis con exquisito vino blanco. La bella Casa del Escritor estaba de fiesta,



profusamente iluminada la piscina, la biblioteca y el salón de conferencias, donde había tenido lugar el evento. Había sido una gran idea del gobierno.

—Por fin los escritores están protegidos! —decía Isabela, la promotora de aquel proyecto y gran novelista, ministra de Cultura—. En la Casa del Escritor funcionaba el Impre-escritor, con su fondo de previsión social, un fondo para escritores sin recursos o minusválidos, y su maravillosa biblioteca. El amplio edificio, muy bien proyectado, tenía múltiples usos. Poseía un auditorio, varios salones para charlas, talleres, convenciones y eventos, como aquel Festival de Poesía. En aquel mismo hermoso recinto tenía lugar cada año la Feria del Libro de Venezuela y el Gran Encuentro Nacional de Literatura Infantil, que coordinaba como siempre Armando Sequera.

Valeria estaba tan bella que muchos de los poetas trataron de conquistarla con halagos y le obsequiaron sus libros. Vanessa andaba con su nuevo amigo, el poeta José Jesús Villa Peláez, gótico como ella, y parecía muy feliz. Saludó a Alonso con un beso en la mejilla y se fue muy contenta. Parecía haber entendido bien que solo serían amigos.

—¿Te gustaron mis poemas, Valeria?

—Claro, amor, tú eres el mejor de todos.

El muchacho entusiasmado le contó que la editorial Aurantes le iba a publicar un nuevo poemario. Dedicado a Valeria, se llamaría *Ojos de oro*.

—Ay, amor, ¿te imaginas cuando bauticen ese libro? Qué orgullosa estaré.



Al otro día, Alonso marcó en su celular el teléfono de Valeria. Se verían en la tarde en una confitería, para entregarle el retrato de Olalla.

—Vanessa, ¿qué haces? ¿A quién llamas? —dijo Sofi entrando en la habitación de su amiga, toda llena de cojines rosa y muñecos de peluche.

—Estoy llamando a Valeria para decirle la verdad. Ahora que somos amigas debo advertirle sobre Alonso. ¿No? Estaba tan feliz anoche, la bicha esa, con él, pero no se imagina lo que le espera.

Sofi le arrebató el celular de la mano.

—¿Qué haces? Coye, Vane, madura, chama. ¿Vas a seguir atravesada entre esos dos? Mírate, eres linda, puedes hallar... además, tienes a José Jesús, es un poco gordo, pero...

—Alonso es un vampiro —interrumpió Vanessa.

Sofi se quedó boquiabierta durante tres largos minutos.

—Pero... ¿qué dices? ¿De dónde sacaste esa bobería? ¿Tú crees que alguien va a creerte semejante patraña? Por Dios, madura.

—Boba, ya sé que eso no existe. Pero él sí se lo cree, ¿entiendes? Lo sé porque me lo dijo. ¡Está loco! Valeria corre peligro.

—No puedo creer que estés tan demente, amiga. Francamente, busca médico.

—Sofi, te digo que Alonso es un loco, es bipolar, es decir, un maníaco depresivo, ¿ves? Y parece que en sus delirios, pues... cree ser un vampiro. Él me lo dijo, me dijo que no podía haber nada entre nosotros porque era un vampiro.

—Sería una broma, estaría jugando contigo, cuando te dijo eso. ¡Por favor! Alonso es el mejor estudiante del salón. ¿Cómo va a estar tan loco?



—¿Y si se cree vampiro de verdad y la mata? Tú serás la culpable, me estás impidiendo salvar a esa muchacha. Acuérdate que ayer salió en el noticiero que aparecieron dos tipos muertos, chupados y rajados, con el corazón extraído.

—¿Chupados? No exageres. Ni que se hubiera venido para acá el chupacabras.

—Tonta, si un hombre se creyera vampiro, ¿no mataría a sus víctimas de ese modo?

—¿Pero no supiste que es la secta esa, “Sangre”? Ya todo el mundo lo sabe. Y la policía los tiene identificados. Eso dijeron.

—Sí?

Vanessa se quedó meditando, con el celular en la mano, lo que aprovechó su amiga para intentar disuadirla.

—Mira, si te preocupa, en todo caso, podríamos sugerirle a él que si está deprimido, pues que vea al analista. ¿No?

Vanessa la miró y encendió un cigarrillo.

—Él no va a ir por su cuenta. Ella debe llevarlo, Sofi.

El plan estaba en marcha. Volvió a tomar el celular y marcó el teléfono de Valeria.

—Hola, Val, es Vanessa. Necesito conversar contigo, no es conveniente que hablemos por teléfono. Es sobre Alonso. ¿Podrías recibirnos en tu casa, a Sofi y a mí?

—Yo no voy —dijo Sofi categórica.

Valeria recibió a las dos muchachas en la piscina. Les prestó trajes de baño y al rato estaban las tres chapoteando en el agua fresca.

—Bueno, ¿qué tenían que decirme sobre Alonso?

—Él... bueno, ¿cómo decirte? ¡Se cree un vampiro! Está completamente loco.



—Vanessa, no digas eso —se inquietó Sofi—. Mira, lo que ella quiere decir, es que nosotras creemos que él está deprimido. Y es natural. Solo en Caracas, sus padres en España... No sería raro que...

—¿Qué es todo esto, de qué hablan? —se alarmó Valeria.

—Es que, ¿cómo te explico? ¡Tiene delirios! —insistió Vanessa—. Creo que es un trastorno bipolar. Un día me dijo que era un vampiro.

Valeria se rio de buena gana.

—Chica, sería en broma que te lo dijó. Por favor.

—Cumpló con advertirte, Valeria, me caes bien.

Sofi miraba con reprobación a Vanessa.

—Te preguntarás qué podría pasarte —seguía la chica, pertinaz—. Bien, leí un caso de un tipo que se creía hombre-lobo. Mató a más de cien personas. Era un trastorno obsesivo-compulsivo. Y mira, fíjate en esos crímenes raros. No sabemos. Hay dementes que parecen muy normales. Él podría formar parte de esa secta “Sangre”, no sé.

—Bueno, pero eso es totalmente descabellado. ¿Cómo se te ocurre?

—Bueno, Val, allá tú. Cumpló con decírtelo. Vamos amiguita. Ya me dio frío.

Cuando las chicas se largaron Valeria entró a su cuarto y llamó a Mariú. Ella tendría alguna opinión acertada. Mariú siempre acertaba en todo.

—No les hagas caso. Es esa muchacha, sigue enamorada de Alonso, quiere interferir, alejarte.

—No, yo no sé. La verdad no lo conocemos bien —aceptó Valeria—. Y además, no puedo negarte que Alonso es un poco raro. Yo siempre lo he notado como triste, pero..., no sé...



—Por favor. ¿Y por eso va a ser un vampiro loco?

Valeria prometió olvidarse de eso y Mariú que jamás le revelaría aquella conversación a Alonso. Este, por su parte esperaba a Victoria en la confitería “Rosamiel”. Le encantaba la esmerada atención del lugar y cómo dibujaban rosas sobre la espuma del café con leche. Cada servicio de té o café para dos traía galletas dulces y saladas. Grandes ventanales de vidrio permitían ver el paso alegre de la gente.

Una vez se marcharon las muchachas, Valeria se arregló un poco el pelo, se puso sus jeans favoritos, perfume y se dirigió a la “Rosamiel”.

—¿Tienes mucho rato esperándome, mi amorcito bello?

—Diez minutos tan solo. Estás tan hermosa como siempre. Me agrada que tú y Vanessa ya sean amigas. Me preocupaban sus celos.

—Sí... esteee. Me llamó y se disculpó y eso...

—Qué bien. Toma. En esta carpeta está el retrato de tu tía abuela Olalla.

—¿Ya lo copiaste? ¿Investigaste sobre este retrato?

—Lo realizó Alejandro Márquez Rodríguez, en La Habana, en 1899. Tu tía abuela no debió tener más de dieciocho años.

—Increíble. ¿Y puede rastrearse así la historia del retrato?

—Para mí es difícil, pero para mis amigos, Mario Torrealba y su equipo de historiadores es más fácil.

Mientras Alonso hablaba, Valeria se esforzaba en adivinar en él rasgos delirantes, de trastornos obsesivo-compulsivos, que le llevaran a distorsionar la realidad y creerse un bebedor de sangre. Siempre le había parecido un muchacho triste, pero cuántos no



lo son. Ella misma, hija única, con su padre siempre ausente en viajes de negocios y su madre muerta. Carmen, su madrastra, siempre en reuniones con sus amigas y jugando golf. Se había deprimido mucho, pero la universidad era un gran estímulo. Le encantaba su carrera. Y desde que conoció a Alonso sentía haber hallado un amor confiable, apasionado, verdadero.

—Alonso, siempre estás un poco triste. ¿Recuerdas que te lo dije desde que te conocí? Te noto deprimido. Sabes que la depresión es una enfermedad. Bueno, quién más que tú puede saberlo, que estudias medicina.

—Sí. La depresión es un proceso psíquico y físico, Valeria, se produce un desbalance bioquímico en el organismo.

—Eso mismo. Y no puede descuidarse porque aumenta muchísimo. Yo conozco una analista que podría ayudarnos, se llama Gabriela Ramos. Si vas tú antes... Luego vamos los dos, porque yo también estoy a veces deprimida.

—Si quieres que vaya, pues claro que lo haré. Daño no hace. Yo haré lo que me pidas, tú lo sabes.

Alonso quería eternizar el momento. La mano de su amada entre las suyas, una rosa blanca en la espuma de su café. Si ella quería iría a ver a la analista... Muchas veces se había sentido deprimido. Aunque no en aquel momento, en la bella confitería “Rosamiel”.

El consultorio de la Dra. Ramos quedaba en el Plutón, uno de los edificios más góticos de Caracas. La entrada y los ascensores eran oscuros y mohosos. Alonso pensó que si Fortunata buscara una guarida, sería seguramente en aquel edificio donde la hallaría. El frío del aire acondicionado lo hizo tiritar cuando



Valeria lo dejó aquel viernes en la mañana a solas con la psicóloga, porque supuestamente era lo mejor para iniciar la terapia.

—Buenas, soy la Dra. Ramos. Siéntate, Alonso. Espero te sientas en confianza conmigo. Tu amiga me habló de ti, dice que te nota deprimido a veces. Cuéntame.

Al levantarse la analista, Alonso detalló sus nalgas tan protuberantes como las de una muchacha nigeriana. Era inevitable admirar las curvas de la mujer; se sentó en el sofá que le indicara y ella a su lado. No dejaba de ser una mujer atrayente, su cuerpo recordaba el de una africana, de esas que Dios parece haberse complacido en hacer perfectas. Pero él solo podía pensar en su amada Valeria.

—Bueno, doctora, gracias por su atención. No sé por dónde empezar.

—Tu amiga se preocupa mucho por ti.

—Bien, se lo agradezco mucho. Yo... no le voy a negar que casi siempre estoy un poco triste. Creo que más bien me siento solo. Usted sabe, mis padres viven en España y yo me la paso solo con los criados aquí en Caracas. Aunque no puedo quejarme de mis amigos. Son sensacionales. Pero a veces siento como si nada tuviese sentido.

A medida que Alonso hablaba la doctora sentía una atracción cada vez más fuerte hacia él. Aquel joven olía a los suspiros y merengues de limón que hacía su abuela, y que adoraba cuando niña. Se acercó a él lentamente. Sin darse cuenta, comenzó a hablar de sí misma.

—Alonso, eso es más frecuente de lo que crees, yo misma, estoy casada con un comerciante, Yorman, él es muy cariñoso y todo, pero ¿sabes? me siento sola, así esté al lado de mi esposo, y



a veces me gustaría tener un amigo con quien charlar. De hecho salgo cada mediodía con Andrés, un colega. A él le encanta la poesía... Bueno, somos amigos.

Inesperadamente la doctora se acercó, tomó la mano del muchacho y la puso sobre su pecho.

—Fíjate, siente como late mi corazón, Alonso. Tengo una arritmia incurable y mi cardiólogo dice que es algo psicológico, que es falta de amor. Yo lo he superado leyendo poemas de amor.

—¡Ah, claro! —dijo el paciente deshaciéndose del cerco—. Seguro le encanta ese poema de Neruda que dice:

Mariposa de sueño, te pareces a mi alma

—*Y te pareces a la palabra melancolía* —completó ella—. Ay sí, me fascina Neruda. Pero más José Ángel Buesa. Mi blog se llama “Melancolandia”. Me gusta mucho leer. Val me dice que eres poeta.

Ya notando lo que ocurría, y aguantando la risa por lo cursi del nombre de aquel blog, el muchacho trató de pasar el tiempo en menudencias y le prometió traerle sus poemas cuando volviera, en la próxima sesión.

Estacas de madera. Se cree que clavadas en el pecho de un vampiro mientras duerme, pueden matarlo.

Espíritus marginales. Se nutren de la maldad pura, persiguen a los vampiros más crueles y a otras bestias malignas.

Flor de Jamaica: se cree que en cocimiento, administrada en dosis masivas, revierte la intolerancia de los vampiros al sol.





10

Ese viernes en la noche, Valeria y Alonso fueron a patinar a la pista grande al aire libre de Las Mercedes. Enlazados al compás de la música de los grandes clásicos universales, muchos jóvenes caraqueños disfrutaban cada noche. Había cine, tiendas de ropa y artículos deportivos, buena vigilancia y mejor comida en la tremenda “Cafetería del Ávila” además de un ambiente alegre y juvenil. Terminaron de patinar y se sentaron a paladear unos helados supremos en la heladería “Pistacchio”. Alonso no comentó para nada lo de la analista. No quería que nada enturbiara la perfecta armonía que parecía fluir entre él y Valeria.

—Te fue bien con la doctora, parece.

—Pues, sí, más o menos.

—Yo quise que la vieras porque a veces te veo como meditando, tan triste. Tus ojos reflejan una gran nostalgia.

—Pero cuando estoy contigo soy más feliz que nadie en el mundo.

Alonso besó a su novia tiernamente y luego la llevó a su casa, en su viejo Mercedes negro, que a ella le parecía tan romántico.

—¿Con quien andabas Valeria? —dijo su padre al verla entrar.

—Con Mariú.

—Ese no es el carro de Mariú —sonrió irónica Carmen, su madrastra.



—Es que un amigo de ella nos trajo. Fue muy gentil.

La Dra. Gabriela Ramos tuvo un sueño exquisito aquella noche. Alonso y ella solos, en el barco de su marido. No era mala idea.

El viernes siguiente en la mañana cuando llegó, se lo propuso al rompe. Una nueva forma de terapia: interacción con el paciente. Se dirigieron a la marina y allí estaba anclado el *Ulisse*. Un majestuoso velero blanco que Alonso enseguida puso en marcha, ante el asombro de la analista, que descorchó un fragante vino cabernet y sirvió dos copas.

—Nunca imaginé que sabías tanto de navegación.

—Alquito. Yo también tengo un velero, *El Dorado*. En realidad es de mi padre. Está muy rico el vino.

—¿Hoy no te sientes tan deprimido? ¿Ves? Te hacía falta compañía, la compañía de una verdadera mujer. Valeria es muy inmadura para ti. Diecisiete años. Imagínate. ¿De qué parte de España eres? Yo conozco Madrid.

—Soy andaluz, de Toledo.

—¡Ay, qué romántico!

—Mire, doctora, le traje uno de mis poemas:

*Poso mis dedos sobre ti pequeña mariposa,
ojos de sangre, sangre de ángel,
frágiles años, breves vuelos,
poso mis dedos con miedo
oso arrancar tu oro volátil,
sol y brisa tenue estío, cálida primula,
ligera mariposa.*



*Cierro los ojos
ante tu incesante aleteo, blanca y azul
breve la muerte se duele
de tu injusta ausencia.*

—Es triste, increíblemente triste. Podría analizarlo, si me dejas.

Con los ojos cuajados de exageradas lágrimas la doctora se acercó a Alonso, y mientras este sostenía la copa de vino en una mano y el poema en la otra, lo abrazó y lo besó en los labios, larga y apasionadamente, con una voracidad que parecía de siglos.

—Doctora Ramos. Esto no está bien, yo...

Se deshizo del abrazo un poco rudamente y la analista cayó en el sofá. El joven dejó el vino y puso rumbo de vuelta a la marina.

—Alonso, ¿qué pasa? no me juzgues mal. Pensé que necesitabas hacer el amor con alguien. Solo tienes veinte años. Realmente creí que te ayudaría. No regreses aún a la marina, vamos a hablar.

Sonrió con indulgencia. Una de las primeras cosas que notó al transformarlo Fortunata, fue la atracción que despiertan los vampiros en las mujeres.

—Doctora, sé que sus intenciones son buenas, y usted es una mujer muy bella, pero quiero serle fiel a Valeria. La amo.

Una furia inédita se iba apoderando de la joven psicóloga. ¿Acaso esa chiquilla tenía mejor cuerpo, era más mujer? Se levantó del sofá como impulsada por un volcán.

—¿Por qué tendría ella que enterarse? Y además, qué haces con quererla, qué haces con serle tan fiel, si ella no te ama.



—Eso no lo sabe usted —dijo Alonso sin soltar el timón.

—¿Te parece amor que se le ocurra traerte a mi consultorio porque cree que eres un tipo raro, con delirios y alucinaciones? Eso no te lo dijo, ¿verdad?

—¿Alucinaciones? Valeria me dijo que me notaba deprimido. Eso fue todo.

Una sonrisa triunfal se prendió de los gruesos labios sensuales de la mujer:

—¡Ja! A mí me dijo que estabas medio loco. Que te creía con trastorno bipolar y manías, obsesiones.

Alonso soltó el timón. El velero quedó a la deriva. ¡Valeria le había mentido!, ¿o era esta mujer quien mentía? Se sentó a su lado y la miró a los ojos profundamente. ¿Sería posible que su adorada fuese una simple mentirosa?

Por primera vez en años, trató de leer los pensamientos de alguien. Desde hacía tiempo había abandonado esa práctica, por haberse enterado de cosas demasiado dolorosas. Juntó su frente a la de la analista. Cerró los ojos por un instante. En verdad Gabriela era sincera, decía la verdad. Valeria había mentido. ¡Le había fallado! No era la mujer leal y honesta de quien se había enamorado ¿Por qué inventaría todo eso del trastorno bipolar? Tal vez para separarse de él. Sería una buena excusa. Él no era de su clase, Vanessa se lo decía siempre. Y tal vez era verdad. ¿Quiénes eran sus padres y abuelos? Agricultores, dueños de grandes olivares, pero sin ningún linaje, ni mucho menos. Valeria lo dejó solo con la Dra. Ramos. Tal vez era eso lo que deseaba. Zafarse de él para volver con su novio. Buscarle otra mujer, para que se alejara y se olvidara de ella.



Con los ojos cerrados, temblando, la psicóloga esperó el beso que llegó tierno, prolongado. Un beso lento en la frente, otro en el cuello. Ya no se acercaría más a Valeria. No tenía la firmeza de sentimientos que le atribuyó. Qué gran error. No valía la pena, pero no podía dejar de verla en su pensamiento. Abrazó con pasión a la analista. A pesar de su ira contra Valeria, debía reconocer que Gabriela no tenía la culpa de nada. Y Alonso la hizo feliz aquella noche, como a tantas otras.

En su cama, Valeria despertaba, eran apenas las diez de la mañana y sentía que había perdido el tiempo durmiendo. Un mal presentimiento se abatió sobre ella. Maquinalmente, encendió la luz de la veladora que mantenía encendida en el cuarto de su madre muerta cuando apenas tenía nueve años.

El velero *Ulisse* estuvo mucho tiempo anclado en el medio del mar, mientras el celular de Alonso, apagado, registraba mensaje tras mensaje de Valeria, que trataba desesperadamente de comunicarse con él. Era ya noche cerrada cuando el *Ulisse* volvió al puerto.

Gabriela y Alonso se despidieron con mil abrazos y besos apasionados, prometiendo verse el fin de semana para navegar de nuevo, cuando volviera a viajar el inocente esposo. La analista prefirió guardarse lo de la obsesión del vampirismo, no era cosa de ofender tanto al muchacho.

Alonso se tendió de espaldas en su cama. Rechazó la cena que le trajo Antoinette a la habitación. Así que Valeria Margarita mentía. El dolor que sentía era duro, opresivo. Miró la luna caraqueña y le pareció del color del acero que hería su corazón. Acero frío, cortante. Así que ella, objeto de su ilusión, lo tenía por un hombre



depresivo, trastornado. Con obsesiones. Manías. Alucinaciones. Y sus dudas se las había confiado a la doctora, no a él. Rememoró la fidelidad incondicional de Olalla Margarita, su dulzura.

Sus padres se habían opuesto a la boda, al fin y al cabo tenían razón, ni siquiera lo conocían bien, era solo un terrateniente más en la Cuba de fines del siglo XIX. Pero las joyas que le obsequió a la niña y la opulencia de su mansión les confirmaban que Olallita no pasaría nunca trabajos con aquel muchacho que tan bien manejaba los negocios y haciendas de su padre, residente en España. Pero ella jamás le mintió. Casi la veía avanzar hacia él el día de su boda, en aquel fresco jardín, hermosa como un hada de la montaña, oculto el rostro por una mantilla de encajes, con un colorido bouquet de flores silvestres en sus manitas delicadas. Amaba el campo, las ardillas, los pájaros, las flores de los caminos, la lluvia, los ríos. Avanzaba sobre una alfombra de pétalos que las primas habían arrojado a sus pies. Sonreía confiando en él plenamente.

No negaba que pudiese estar profundamente deprimido desde hacía siglos. Desde que su padre lo maldijo. Desde que debió dejar su tierra, su familia, sus amigos, para venir a una tierra nueva, sin duda, inhóspita. Cualquiera se deprimiría, hasta un humano. Y más aún después de que Fortunata le arrebató su pureza y lo arrojó a un mundo de espanto y dolor.

En lo financiero le había ido bien. Había logrado multiplicar el oro que le dio su tío Rodrigo al partir. Pero en lo sentimental, peor no pudo ser.

La Habana era al principio un lugar seguro, porque se quedaba hasta altas horas de la noche esperando a los malhechores



para destrozarles la garganta y después de beber su sangre sacarles el corazón, que arrojaba a la bahía para deleite de los tiburones. Pero al perder a sus dos grandes amores había hecho de Puerto Príncipe su hogar, y ahora, de Caracas.

Todavía escuchaba en sus sienes aquellas sonatas melancólicas que Margarita Isabel tocaba al piano en las tardes, cuando el suave sol de La Habana apagaba sus brillos en el mar. Las aprendió a tocar con ella, sentados los dos en el viejo piano.

Era una esposa fiel y leal, pero nunca pensó que se espantaría tanto al sospechar que estaba casada con un vampiro. A pesar de jurarle que nunca le haría daño alguno. Hubo de dejarla en libertad. Tuvo que fingir su muerte con ayuda de André. ¡Ah, el fiel André! Sus mágicas pocións para poder soportar el sol eran efectivas, pero en aquellos años, aún no daba con nada para poder calmar su alma, apaciguar su espíritu y alejar el rencor y el odio.

Queriéndola tanto su corazón estaba henchido de odio hacia Valeria Margarita. La imaginaba riéndose de él con aquel mastodonte de su novio. Su odio crecía por momentos. Salió a la calle, ya casi a la medianoche. Voló lo más alto que pudo y bajó en La Pastora, junto a la Subida de los Perros. Esperó que se le acercara algún maleante. Dos peleaban en aquel momento por droga y cuando vieron al recién llegado, con su ropa cara y zapatos finos se le acercaron resueltos. Uno llegó primero, alto, fuerte.

—¿Qué tal princesita? ¿Buscas acción? ¿Nos das esa ropita tuya, que debe valer bastante plata?

—¿Cómo te llamas?



—Ay, mi Barbie, me llamo Wilmer, después nos damos hasta los teléfonos si quieres, pero ve quitándote esa ropa. Y afloja el Blackburry, que seguro lo tienes por ahí encaletado,

—Wilmer —dijo Alonso gravemente—, encomiéndate a Dios porque te vas hoy del mundo.

Inmóvil, el vampiro señaló con el índice el cielo. El malandro rio de buena gana. Se acercó el otro, un flaco pálido, también riendo y balanceándose al caminar.

—¿Y tú, cómo te llamas, cinturita? —preguntó Alonso.

—Ah... ¿Tú te la das de cómico? Mi nombre es Eliud, pana, y ya mismo te vamos...

—Arrepíentete de tus pecados, Eliud —interrumpió Alonso.

Los dos delincuentes se vieron la cara y sacaron luego dos enormes navajas. Alonso tomó a cada uno del cuello, para que no gritaran, se levantó en el aire con ellos, unos cien metros y luego los dejó caer estrepitosamente. Mientras permanecían inconscientes bebió casi toda la sangre de Wilmer, mientras Eliud, atontado, aguardaba su turno de morir, que llegó muy pronto.

Garras: los vampiros las poseen, son generalmente retráctiles como las de los gatos.

Guarida. Cada vampiro posee su guarida, donde se siente a salvo y se refugia durante el día.

Houngan: hechicero haitiano.

Humpiro: híbrido de humano y vampiro. Es un hijo del amor entre ambas criaturas, al contrario del dampiro. Posee características de ambos. Si predomina en él su parte humana será fuerte, valiente y tendrá un gran poder. Si predomina en él lo vampírico, puede ser



extremadamente perverso. Se cree que su sangre puede curar o atenuar las características vampíricas. Si un vampiro se inyecta sangre de humpiro puede tolerar la luz. El humpiro es poderoso, su voz despierta a los muertos si él lo desea.

Inmortalidad. Los vampiros son inmortales por naturaleza. Pueden existir durante milenios. Pueden incluso permanecer en hibernación en escondites secretos.

Regresd. Rijo mid.
Han pasado treinta
años, ya te he
perdonado.

Tu madre está
muy mal y quiere
verte.

François
de Posa





11

André trabajaba en su laboratorio asistido por su amada Antoinette. Estaba preocupado por la pesadumbre de Alonso. Después de muchos años el *houngan* había perfeccionado el líquido que le iba a permitir a Alonso comer carne, frutas y dulces. Hasta había aprendido a beber agua como un humano. Sin embargo seguía tomando su diaria ración de sangre, extraída de vacas y toros. Nadie que lo conociera hubiese podido decir que Alonso de la Rosa era un vampiro.

Al revelarle a André el engaño que le hiciera Valeria con la doctora, Alonso no había podido menos que compararla con Olalla Margarita. Con ella todo fue tan distinto. Alonso no había tenido que fingir tanto.

—Era un ser angelico, especial. Aceptó mi condición de vampiro sin miedo, con total confianza. ¿Recuerdas André?

—Y tan mal destino que tuvo, Señor.

—Sí, nunca podría olvidarlo. Yo era el que debía morir ese día...

—¡Un *humpiro*! ¡Corre, Maribella, salva a la *ragazza*!, gritaba la italiana. Mi señora Olalla esperaba un *humpiro*, un híbrido surgido del amor entre un humano y un vampiro, un ser especial. Una fuente inagotable de sangre terapéutica. Sabían que si se le inyecta a esa sangre a un vampiro este tolera la luz. Querían rescatarla y llevarla con ellos.



—Solo logré volver a enamorarme, para volver a sufrir, André —murmuró Alonso, abatido.

Horas antes, cuando el joven vampiro llegó a su casa, después de estar con la doctora, encontró en la contestadora incontables mensajes de Valeria. Cada uno de ellos le hacía entristecer más que el otro.

—Amor, ¿dónde estás?

—Alonso, ¿qué pasa? Devuélveme la llamada.

—Mi amor. Ya me tienes preocupada.

Decidió borrar todo y apagar la máquina. Y el celular. Se tendió en la cama sin desvestirse y se hundió en un sueño espeso, pegajoso.

En él se abrían las compuertas de un río turbio que lo llevaba siglos atrás. En la vieja estancia aparecía André, ofreciéndole un papel lacrado. Comenzaba el 1558, treinta años después de su salida de España.

—*Monsieur*, una carta de su padre.

Regresa, hijo mío. Han pasado treinta años. Ya te he perdonado.

Tu madre está muy mal y quiere verte.

FERNÁN DE LA ROSA

Se embarcó en el primer galeón que zarpaba para Andalucía. Era el *Garboso*, restaurado y carenado porque había sido atacado por corsarios en varias oportunidades. Tenía que llegar antes de que muriera su madre. André lo había alertado sobre una posible trampa, pero no lo creyó. Tantos años.



La vieja casona. Sus grandes portones. La luna toledana fría y gris como el acero. En una calesa grande llegó, con regalos de las Indias, para su familia. Tabaco molido. Chocolate. Extraños pájaros verdes que hablaban como la gente.

—¡Padre! Cuánto tiempo.

Intentó abrazarlo pero don Fernán lucía perplejo:

—Pero, hijo, espera un momento. Tú debes ser mi nieto. Mi hijo Alonso tenía tu edad cuando se fue. Ahora debería tener cincuenta y en cambio tú eres un mozarbete. Pero eres su vivo retrato. Eso no hay quien lo niegue.

Trató de explicarle. Don Fernán rio suavemente. Nunca había creído esas consejas de pueblo. ¿Vampiros? Por Dios.

—Voto al Diablo, que no creo en pamplinas ni zaran-dajas. Eres demasiado joven. Debes ser mi nieto —insistió—. Seguramente tu padre no quiso venir por temor. Es notable tu parecido con él. Dile que cuanto poseo es suyo, que ya poco me falta para irme, tras los pasos de Sagrario.

—Soy yo, padre. Alonso. No soy tu nieto. Y tengo todo lo necesario para vivir, no necesito nada. ¿Acaso no recuerdas la noche en que fuimos a cazar venados? Mira, aún llevo esto.

Don Fernán enmudeció, vacilante, contemplando la cadena, la cruz de oro.

—Déjame ver a mi madre.

Alonso se abrió paso entre sirvientes que no conocía y llegó a la alcoba donde agonizaba ya doña Sagrario Olañeta.

—¡Hijo, mi Alonso!, ¡Por fin llegaste, mi niño! Déjame bendarcirte antes de morir.

—¡Madre!



Al verla, lloró como un niño, desesperado. No podía perder a su madre. La idea de perderla simplemente no cabía en su mente.

—No, madre. No puedo permitirlo. Que Dios me perdone.

El joven vampiro se hizo un corte en el brazo, con una vieja daga toledana que estaba en la mesita, y exprimió delicadamente su sangre sobre la boca abierta de su madre, lo suficiente para darle la vida eterna.

Doña Sagrario bebió y se desvaneció por breves segundos, luego se sentó en la cama. Las criadas corrieron espantadas.

—¡Hijo! ¿Qué me has hecho? ¡Me has dado a beber tu sangre y me has curado! Me siento sana ya. Llena de vida.

En el espejo de mano se veía la nueva faz de doña Sagrario. La faz de la luna, brillante, sonriente. Mejillas sonrosadas, labios pletóricos de sangre nueva.

En eso entró don Fernán.

—Las criadas tienen un alboroto de mil demonios.

Al ver a su mujer de pie que corría a abrazarlo don Fernán retrocedió. En la comisura izquierda de doña Sagrario había una gota de sangre.

—El padre Manuel te dio la extremaunción. Sagrario... El médico dijo que...

—Fernán... espera.

Don Fernán huyó. Aterrado corrió a su biblioteca. Se aferró a un gran crucifijo de plata. Sentía una opresión en el pecho, sudaba copiosamente. Alonso corrió tras él.

—Padre, no podía dejar que muriera, pudiendo evitarlo, perdóname.



—¡A qué precio lo has hecho! Si lo que dices es cierto, que veo que lo es, ahora mi santa esposa es una criatura del diablo. Todo por tu culpa.

—¡No, padre!, no es así.

Don Fernán sacó un arcabuz del cajón del escritorio y apuntó vacilante y demudado al pecho de su hijo.

—¡He de matarte, impío demonio, lo juro!

—¡No, Fernán! —se interpuso doña Sagrario.

El anciano caballero bajó el arma, desfalleciente, y dejándose caer en la silla y con la mano en el pecho, donde tanto le dolía, balbuceó:

—No vuelvas nunca más a esta casa, engendro de Satanás.

—¡Alonso, hijo! ¡No, Fernán, no lo eches otra vez de nuestra casa! —gritó doña Sagrario.

Pero ya el heredero de los De la Rosa montaba de nuevo en su calesa rumbo al puerto, llorando desconsolado, al igual que cuando se fue por primera vez de España.





12

Al amanecer del sábado, Valeria estaba de pie frente a la casa de Alonso. Salió a recibirla Antoinette.

—¿Mi niña Valeria? Qué linda estás. Ya te llamo a Alonso.

A los pocos segundos bajó Antoinette, avergonzada.

—Te pide que te vayas, niña, qué pena. Dice que no puede recibirse.

—¿Qué? ¿Está enfermo? Déjame subir a verlo.

—No puede recibirla, niña —dijo André, apenado.

—¿No puede o no quiere? —gritó Valeria—. ¿Qué es esto? No responde mis correos, no contesta el teléfono.

Los sirvientes miraban el suelo consternados. Valeria se dio cuenta de que todo estaba perdido. Alonso simplemente había dejado de amarla.

—Bien, es mejor así —dijo con la voz quebrada—. Gracias por atenderme, André, no te preocupes. Ya me parecía demasiado hermoso todo esto para ser cierto, y más si tenemos en cuenta que yo no pego una, pues.

—Disculpe, señorita —musitó Antoinette.

—No, no se preocupen, ya él se reveló tal cual es. Un tipo superficial, banal. Menos mal que lo descubrí a tiempo. Eso sí, dile que no me busque nunca más.

Valeria salió de allí conteniendo las lágrimas, pero una vez que entró en su carro no pudo aguantar más. Apenas podía ver,



con aquel torrente en sus ojos. Al llegar a su casa se encerró y ni siquiera bajó a cenar. Solo Mariú conoció su pena.

—Ay, ami, si que me duele oírte así, en ese estado. Pero no entiendo lo que le pasa, él no es así.

—Claro que sí. Solo que yo no lo sabía. Me engaño muy bien.

Alonso, te escribo porque creo que al menos merezco una explicación de tu conducta. ¿Acostumbras deshacerte de la gente de esta forma brutal? Entonces eres un cínico, un mal hombre, no el espíritu magnánimo y grande que yo creí que me acompañaría y me protegería toda mi vida. Si dejaste de amarme, yo lo comprendo. Pero las cosas se hacen de frente, Alonso. Adiós y que Dios te perdone, yo nunca podré.

Alonso no contestó el correo electrónico.

Pasaron varias semanas durante las cuales ninguno de los dos llamaba ni buscaba al otro. Valeria casi no comía, ante la certeza de haber perdido a su amor. El rechazo sin explicaciones de Alonso era devastador. Evocó su piel olivácea. Los incipientes vellos de su barba. Lamentó su pelo negro y brillante, sus ajenos ojos azules.

Alonso por su parte se encerró a escribir poesía. Y a ratos pintaba de memoria un retrato de Valeria.

—Me parece absurda tu actitud —le dijo André un día—. Yo creo que no querías a la muchacha.

—Ella me mintió. Después de todo, no es para mí.

—Parece una excusa para dejarla. ¿Y tú, no le has mentido? ¿Acaso le has contado que eres un vampiro?



—Es distinto. No se lo he dicho por no perjudicarla. Y por eso mismo estoy aprovechando esta oportunidad, para tratar de olvidarla. Yo solo podría causarle daño.

Aquel viernes Valeria se había despertado tarde. De un salto se lanzó en las límpidas aguas de la piscina de su casa. Bajo el agua no se notaban sus lágrimas. La nana Panchita vino a anunciarle que tres amigas habían llegado. Eran Gaby, Vanessa y Sofí.

—¡Vengan, muchachas, al agua!

No se hicieron esperar. Vanessa no podía ocultar la sonrisa de satisfacción que había en su cara.

—Ay, Valeria, qué lástima, tu amiga Mariú nos dijo que rompieron Alonso y tú.

—Pues mejor así, ¿no crees? Tendrás más oportunidad con él.

—Ay, no mijita, no la pagues conmigo. Yo *ni pendiente perro caliente*. La culpable no soy yo, sino la doctorcita. Ellos se empataron.

—¿Qué? —Valeria se salió y se secó la cara con la toalla.

—Oye, Vanessa, por favor —intervino Gaby—, esa señora es casada.

—¿Sí? Pues no lo parece. Hay quien los ha visto en el litoral, en la marina del club Naiguatá. Según comentan ellos dizque salen todos los viernes y llegan en la noche. Como el marido viaja...

—Así que Alonso y la Dra. Ramos —comentó Valeria sorprendida—. ¿Habrás visto mayor traidor? Ese tipo es de lo último. Menos mal que no llegué a nada serio con él. Es un promiscuo.

—No solo es promiscuo, amiga, es un loco. Dale gracias a Dios. Y a mí, que te advertí.



Así que Alonso se iba con la Dra. Ramos a navegar cada viernes y ella nunca lo supo. Aquel viernes estarían felices viviendo su romance.

Resentida ante la traición de su amor, Valeria recomendó su aburrida relación con Juan Carlos bailando en el “Dylan” hasta la madrugada. La pista era al aire libre, era un lugar realmente grato, aquel salón de baile. Pero se fueron temprano porque Juanca necesitaba mandar unos mensajes en el *Facebook*.

El sábado amaneció radiante.

—Nada como bailar bastante y sudar para olvidar un amor —comentó más tranquila a su amiga Mariú.

—Creo que estás equivocada. Volver con Juan Carlos sin amarlo, por despecho. No vale la pena, Mariú. Además, no sé cómo lograste que fuera a bailar. Él solo vive chateando con esa tal Astrid Manuela.

—Ay, amiga, a mí realmente no me importa. Me duele más bien que él viva en ese mundo virtual, que no viva la realidad. Te juro que preferiría que me engañara y se viera con Astrid, con Karin, con cualquiera, pero eso de pasar horas hablando por mensajitos.

Valeria se dirigía con su amiga Mariú al Club Venezuela, un oasis en plena avenida Antonio Lauro. Reclinadas en butacas a la orilla de una de las tres piscinas del club, a la sombra de las palmeras, se aplicaban el bronceador.

—Lo que me cuentas es increíble. Yo conocí a Alonso, aunque poco. Él es raro y callado, pero no es de esos que... no, no lo creo.

—Me corrió de su casa, Mariú.



—Pero está enamoradísimo de ti, algo pasa. Habla con la psicóloga esa, a ver qué dice.

—Pienso ir el domingo al litoral. ¿Me acompañas? Los sorprenderé cuando estén regresando. Saldré de dudas.

Pero aquel domingo cuando Valeria y Mariú llegaron, el *Ulisse* no había regresado. Alonso y Gabriela contemplaban el atardecer desde la cubierta del velero.

—Estoy tan feliz contigo, Alonso, prueba este *beaujolais*.

—Excelente.

—Cada vez que lo pienso me asombra más que esa muchacha haya dicho que eras bipolar y que a veces te creías vampiro, ¡qué gracioso!

—¿Cómo es eso? —dijo Alonso mientras acariciaba el rubio pelo de la analista.

—Sí, dijo que hasta estabas obsesionado creyendo ser un vampiro.

—¿Ah sí? Eso no me lo habías comentado.

Alonso disimuló su desagrado y sonriendo colocó la copa sobre la mesita.

—¿Quién te dijo eso?

—Pues tu amiguita, Valeria. Dijo que además de ser bipolar tenías una manía de creerte vampiro.

—Es bastante extraño —rio—. ¿Y de dónde sacaría eso?

—Pues no sé. ¿Qué haces? ¡Alonso!

Alonso no podía disimular su malestar. A las once de la noche despertó, viró en redondo y se dirigió a la marina. Dejando a su amante dormida a bordo del velero de un salto llegó al muelle. Amarró el velero y se dirigió al estacionamiento de la marina. Al



llegar al carro vio hacia la terraza de una lujosa fuente de soda y olió el perfume de Valeria, desde lejos. Aspiró con fruición aquél aroma de jazmines. Comenzó a titubear. ¿Se acercaría, le reclamaría a Valeria sus mentiras? ¿Valdría la pena aclarar eso?

Mientras pensaba, unas manos delgadas y fuertes desamarraron al *Ulisse* que partió sin timonel y sin rumbo alguno.

Gabriela Ramos despertó sola en el océano, con una canción extraña. Se puso su bata roja de satén, la que tanto le gustaba a Alonso y salió a cubierta. No muy lejos se veían las luces de la marina. ¿Se habría soltado el barco? Allí la esperaba un hombre guapo y fornido y una hermosa mujer casi en harapos que se pegaban a su cuerpo. Eran Fortunata y el capitán Valdés, que manejaba el velero mientras cantaba:

A la luz de la pálida luna, en un barco pirata nací.

—¿Quiénes son ustedes y que hacen aquí?

—Buscamos a tu Alonsito, maja —respondió Valdés aproximándose y mirando a la doctora con gula.

—No está —respondió la psicóloga.

Poco a poco se acercó a la gaveta donde guardaba el arma de su esposo, que disparó repetidas veces contra los intrusos.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —gritaban los vampiros sin caer al piso—. Pero habrase visto, niña. ¡Nos mataste! ¡Qué mala eres! Mereces un castigo.

Gabriela temblaba, mientras miraba con ojos desorbitados aquellos cuerpos sin huellas de balas. Sus bocas se abrían



desmesuradamente, sus colmillos afloraban como puñales, sus ojos rojos parecían cigarrillos prendidos.

Sin darle tiempo se abalanzaron sobre la muchacha y des trozaron su hermoso cuello, se saciaron bebiendo de sus entrañas y arrojaron su corazón al mar. De allí se fueron volando no sin antes escribir en la blanca vela desplegada “Sangre” y después de llevarlo al muelle y amarrarlo volaron hacia la noche.

En la fuente de soda “El Cangrejo bronceado” con su terraza volada hacia el mar, Valeria y Mariú seguían saboreando sus dos daiquirís de fresa.

—Ay, ami, ya son las once, vámonos. Mira que tenemos que subir después a Caracas, me da miedo, tú sabes...

—Espera —interrumpió Mariú—, mira quién viene allí.

—Me complace mucho encontrarlas aquí. Valeria, quiero que hablemos claro. ¿En verdad te parece que soy un maníático que se cree vampiro? —dijo Alonso plantándose frente a la bella heredera, quien de inmediato se levantó de su silla en actitud beligerante.

—¿Qué te pasa, mijito? Me corres de tu casa y ahora vienes a reclamarme. ¡Sacúdete! No querías ni verme, ¿ahora quieres hablar? Pues no me interesa hablar nada contigo. Cualquier duda psiquiátrica sobre tu persona o tus manías aclárala con tu novie- cita. ¿Ella no es psicóloga, acaso?

De pronto Alonso escuchó atentamente, por sobre las palabras de Valeria, los tres disparos. El barman también escuchó el eco lejano.

—¿Escucharon esos disparos? —dijo el muchacho.

El barman asintió con la cabeza, un tanto nervioso.



—Yo no oí nada —dijo Valeria.

—Yo sí escuché unos tiros, como hacia el mar. ¿Serán fuegos artificiales? —dijo Mariú.

Alonso comprendió que los disparos venían del mar. Salió a toda velocidad a buscar el velero en la marina. Allí lo encontró, amarrado, pero al ver la cuerda sucia de sangre intuyó lo ocurrido y se detuvo antes de entrar. Valeria y Mariú que venían tras él también se detuvieron.

—¡Mira, Alonso! —gritó asqueada Mariú.

Alonso y Valeria levantaron la vista y fue cuando vieron la vela del *Ulisse*, con aquella roja palabra: “Sangre”.

El barman de la fuente de soda llamó a la policía.

—¡Que nadie entre! —dijo la adusta detective Morgana, a cargo de la investigación de la secta asesina.

Alonso se llevó a Valeria y Mariú al bar. Las dos muchachas lloraban nerviosas. Hasta allá llegó la detective Morgana con su ayudante Romina. En el vehículo, un policía daba la descripción del crimen a la jefatura, por radio.

—¿Ustedes pueden testificar, estaban aquí?

—Sí, señora —dijo Mariú—, tomábamos unos tragos cuando de pronto oímos unos disparos lejanos. Bueno, yo creí que eran fuegos artificiales.

—Pero el crimen fue con arma blanca, no con arma de fuego —apuntó la joven agente—. Ella percutió un arma, la víctima, pero los disparos dieron en cubierta. Tal vez disparó en su defensa pero desgraciadamente no acertó.

—¿Ella? ¿Fue a la doctora Gabriela Ramos a quien mataron? —dijo nerviosa Valeria.



—Entonces usted conocía a la víctima —concluyó Morgana.

—Sí, ese es su velero, pero yo...

—Solo estamos levantando el informe preliminar. Ustedes tienen una coartada, estaban aquí, el barman los vio. Pero después se les llamará a declarar en firme.

De la investigación preliminar, se dedujo que Alonso de la Rosa era el último en haber visto con vida a la doctora Ramos. Yorman Ramos, el esposo, que solo con la muerte de su mujer se enteraba del engaño, acusó formalmente al amante del horrendo crimen. Alonso fue detenido, a pesar de su coartada.

André fue y pagó la fianza, y el muchacho volvió a su casa más triste que nunca. Se culpaba de la muerte de la doctora Ramos. Pensaba en la rapidez con que actuaron los vampiros. Apenas tenía quince o veinte minutos de haber dejado a Gabriela sola cuando sonaron aquellos disparos. André le sugirió contratar a un abogado, porque el esposo de la doctora estaba empeñado en acusarlo.

Morgana que se había hecho su amiga, le dio el teléfono del abogado Jairo Salazar, de comprobada eficiencia y además, su primo hermano.

—Él te puede representar en cualquier circunstancia —decía la exótica morena mientras tomaba un gran capuchino con Alonso—. De todas formas, creo que no tienes nada que temer. La rabia del Dr. Ramos no es suficiente para crear un culpable.

—Gracias amiga —susurró Alonso, que recordaba los ratos pasados con Valeria en aquella misma cafetería.

—Hay que seguir investigando sobre esa secta, las muchachas me contaron que una víctima apareció muerta del mismo



modo cerca de tu casa, aunque no tenía la palabra sangre escrita pero fue algo similar –continuó Morgana.

—Sí —susurró Alonso, como ausente.

Mientras, Valeria tomaba café con su novio Juan Carlos, en el café Egyptano. La chica, aburrida hasta el límite, lo escuchaba hablar de sus amistades del *Facebook*. Ya tenía como mil amigos. Estaba tan feliz que ni había notado los amores de Valeria con Alonso.







13

Aquella tarde Alonso citó a Valeria a la confitería Rosamiel. Era preciso que conversaran, no podía eludirlo más. La muchacha se presentó con Mariú.

—Ya no somos novios Alonso, pero vine para hablar contigo. Yo no soy tan mal educada como tú, que no atiendes llamadas y dejas a las personas en la puerta cuando te cansas de su amistad.

—Valeria, me acusan de haber matado a Gabriela. Solo quiero saber todo lo que le dijiste de mí, puede ser importante.

—¿Acaso importa ya? Ella está muerta. Solo porque te llevé con ella. Porque me preocupé y le dije todo lo que me contó aterrada tu amiga Vanessa.

—¿Vanessa? ¿Qué tiene ella que ver en esto?

—Todo. Te llevé con Gabriella por ella. Tu amiga está muy preocupada por ti, para que lo sepas, desde que le dijiste que eras un vampiro. No sé por qué hiciste eso, pero ella te creyó obsesionado. Se angustió por ti y me lo comentó, para que te ayudara. Deberías agradecerle su interés.

—¿Interés? ¡Ella solo trató de alejarme de ti! Y lo consiguió. Porque yo confiaba en ti, Valeria, te creía pura de alma, incapaz de engañar. Pero ahora veo cuán equivocado estaba.

—¿Por qué? ¿Por intentar ayudarte llevándote al analista?

—Has debido decirme lo que pensabas y lo que te había dicho la loca de Vanessa. Pero no. Todo lo ocultaste. Lo planeaste



a mis espaldas. Y además, todo lo que digan de mí lo crees. Nunca me amaste. ¿Sabes que es lo que quería Vanessa? Separarnos. Al fin lo logró.

—Pues menos mal que lo hizo. Apenas di la espalda te fuiste tras la doctorcita. Y pides sinceridad. Y te quejas de que los demás mienten ¡Cuánto cinismo, Alonso! ¡Traidor! A lo mejor de verdad eres de la secta “Sangre” ¿Quién sabe? Con lo mentiroso que eres.

—Valeria, tuve esa aventura con Gabriella solo porque estaba muy triste y disgustado contigo. Y porque en verdad ella casi me obligó. Mira, yo detesto la mentira. Pero tienes razón. A pesar de que te amo, creo que lo nuestro se acabó. No tiene sentido. Mucho menos si crees que yo pertenezco a sectas y esas cosas. Adiós.

Mientras Alonso pagaba y se iba la voz furiosa de Valeria lo perseguía.

—¡Para mí lo poco que había entre nosotros se acabó hace tiempo, hace siglos! ¡Hasta nunca, Alonsito el pájaro bravo! Vete con tu amiguita loca y tu secta. ¡Farsante, canalla!

—Ami, contrólate —la abrazaba Mariú.

Alonso dejó allí a Valeria llorando como una Magdalena y vio cómo la lluvia invadía las calles polvorrientas. No podía reprimir la ira, el dolor, la frustración. Con razón decía el dicho “cuídate de la mujer despreciada”. Pero él no creía haber despreciado a Vanessa, solo la quería fraternalmente. No había razones para perjudicarlo de aquel modo.

Subió a toda velocidad a la cumbre del Ávila, nadie vio su carrera, tan rápida que superaba el campo visual normal. En la cumbre del cerro se sentó a llorar, mientras Valeria sollozaba a su vez en brazos de Mariú.



Pero el joven vampiro andaluz lloraba sangre, sangre viva, que se limpiaba a ratos con un pañuelo que le había regalado Valeria, lo que lo hacía llorar aún más. Se recostó de un gran bucare y cerró los ojos. Quería quedarse allí varios días, meditar y esperar la noche, escondiendo su dolor entre la niebla.

Al salir la luna le esperaba una gran sorpresa. Fortunata descendió ante él como desde lo más recóndito de las nubes, acompañada del capitán Valdés.

—¡Hola, *mio caro!* ¡*Come vai!*

Alonso se puso de pie.

—Pero si es el noble grupo “Sangre”. Deberían llamarse más bien “Sangre sucia”, ¿no creen?

—¡*Sangue!* —gritó Fortunata sonriente, en su italiano natal.

Alonso admiró de nuevo aquellas curvas voluptuosas, aquellos ojazos verdes, aquella melena rojiza, como una llamarada. Se preparó para combatir con ellos. Pero la actitud de Fortunata era otra. Amable y cariñosa se sentó y encendió un cigarrillo, que sacó de su bella pitillera dorada. Valdés lo hizo a su lado. Alonso se sentó frente a ellos.

—¿Por qué han cometido ese crimen? ¿Qué necesidad había de matar a esa muchacha? Han estado matando gente por todas partes y eso puede atraer a gente aún peor que ustedes. ¿Lo sabían? Váyanse a otra parte.

—¿*Che cosa* puede ser peor? —dijo curiosa Fortunata—. Somos lo más malo de lo malo.

—Espíritus marginales. Ellos se nutren de la perversidad de seres como ustedes. Cualquier día se encontrarán entre sus afilados dientes. Ustedes no son invulnerables a ellos.



—Ah, qué vamos a estar creyendo tus mentiras, tontuelo. ¿Qué, majo, es que acaso Caracas es tuya? —se burló Valdés—. No seas egoísta hombre, comparte. Aquí hay chicas muy guapas. Tu noviecita, por ejemplo.

—Ya no es mi novia, pero te lo advierto, apártate de ella.

—Ya matamos a una de tus mujeres. Perfectamente podemos matar a la otra. Solo la salvarás si nos entregas la fórmula.

—Ay, *caríssimo*, *quella bambina* no supo amarte. *Io sí* —sonrió seductora la hermosa Fortunata acariciándole la mejilla con las uñas y echándole el humo del cigarrillo en la cara.

—Sé que sabes amar muy bien. Y eres linda, no niego que fuiste mi primer amor. Pero eres cruel. Tú matas sin necesidad, por diversión. Yo en cambio, solo lo hago para alimentarme.

—Pero nosotros no podemos comer verduras y pan, ni ver el sol como tú —ripostó Valdés—. Debes compartir tu secreto, Alonsete, hijo. Si no lo haces tu novia pagará las consecuencias.

—Ustedes son de lo peor. Son indignos de que les revele como lo logré. No se atrevan a tocarla. Sé un hechizo vudú que les haría caer los colmillos —se enfureció el muchacho.

—Aaaay, no —gimió Fortunata aterrada cubriendo su boca con la mano.

—Lo sabemos, Alonsete. Maribelle nos contó que el brujo haitiano te protege. Pero esa idiota no sabe cómo preparar la poción para tolerar el sol. Tanto tiempo con ustedes y no lo aprendió, la muy brutaza.

Alonso meditaba mientras ellos hablaban. Valeria estaba en peligro. Tendría que buscar protección vudú para ella sin que se enterase.



Discurrió una idea repentina que tal vez daría resultado. Les daría lo que pedían con tanta insistencia, aquello por lo que lo persiguieron hasta Caracas, cruzando el mar.

—Ustedes ganan —dijo de pronto levantándose—. Total es la vida de la mujer que amo. Pero la condición es que prometan no tocar a Valeria.

—Claro, claro, es una promesa. Pacto de caballeros. No faltaba más —dijo Valdés solemne, tocándose el pecho y mirando a Fortunata con ironía cómplice.

—Bien. Denme un tiempo para convencer a André. Yo les avisaré.

Llegó el día del juicio. Alonso estaba en audiencia preliminar. El juez lo miraba fijamente y su abogado, el Dr. Salazar presentó como pruebas de la inocencia de Alonso el testimonio del barman de “El Cangrejo Borracho” y el de las dos muchachas que afirmaban que Alonso estaba en el bar cuando sonaron los disparos. Y si la víctima estaba para ese momento tan viva como para disparar un arma, por lógica Alonso de la Rosa no podía ser su asesino. Absolvieron a Alonso. Ni siquiera hubo un juicio como tal, pero el caso salió en la prensa y fue un escándalo.

—Imagínate, el estudiantillo ese que te gustaba tanto señalado por homicidio. Era amante de una mujer casada —dijo el señor Pedro Landaeta—. Qué bochorno.

—Sí pero se descubrió que él no fue, papá.

—Y pensabas dejar a Juan Carlos por ese tipo. Qué locura.

—¿Cómo se te ocurre papá? Juanca y yo estamos más unidos que nunca.



La luna estaba desmayándose ya sobre los cerros, muerta de sueño, cuando tocaron a la puerta Fortunata, Valdés y Maribelle.

—Buenas noches, sabio hechicero —saludó Valdés con una reverencia.

—*Bon nuit mon noble houngan* —saludó inclinándose Maribelle.

—*Buona notte* —murmuró Fortunata, un poco recelosa de los hechizos del brujo. Ya se imaginaba sin colmillos.

André correspondió a todos con una breve inclinación de cabeza. Sin más palabras les entregó un frasco de cristal, tan solo un litro del rojo y valioso líquido.

—Solo lo hago por Alonso. Que conste.

—Ma, es muy poco —se quejó Fortunata.

—Será suficiente para los tres. Pero les advierto, si lo usan para hacer el mal, para matar sólo por placer, el filtro irá perdiendo el poder. El secreto de Alonso es que solo mata a criminales, y rara vez, solo por alimentarse. Por eso en él no pierde su fuerza la poción. Beban un trago por día, solo un trago. Después de tres días, ya comenzarán a ver el sol.

—*Merci, merci, monsieur!* —se precipitó Maribelle entusiasmada, besando las manos de André y asiendo la botella con ansiedad.

—Eh, mucho cuidadito —la frenó Valdés, arrebatándole el frasco.

Después de muchas reverencias a la usanza de otros tiempos, los vampiros volaron a su cubil, una bella casa de La Lagunita, que “heredaron” de una alta funcionaria del gobierno a quien mordieron con saña. Se hacían pasar por sobrinos de la dueña



anterior y con ayuda de dos sirvientes vampirizados que habían logrado reclutar, daban lujosas fiestas, invitando a varias personas a quienes Fortunata hechizaba con su laúd. Una vez dormidos, escogía dos o tres víctimas y los demás festejantes ni se enteraban.

Pero aquella noche era especial. Era una noche íntima, perfecta. Tomarían su primer trago del filtro que les daría la vida diurna de nuevo. ¡Ver el sol, poder viajar a cualquier hora!

Reunidos en el bello salón trajeron solemnemente la botella. Pero de pronto, mientras Valdés buscaba tres copas de fino cristal, Maribelle se apoderó del frasco y acercó la boca hambrienta, lista para ser la primera. Fortunata se lo arrebató de un zarpazo, con tan mala suerte que la botella dio una vuelta en el aire, se cayó y se rompió derramándose el inapreciable líquido.

—¡No! —gritaron al unísono, horrorizados.

Ya Valdés se disponía a golpear a Maribelle cuando vieron que Castor y Pólux, los dos dóbermans vampiros que los acompañaban fielmente, lamían el líquido con presteza, dejando limpio el piso.

—Seguramente era delicioso —se lamentó Valdés—. Bien, al menos ellos podrán ver el día.

—Alonso tendrá que darnos más —dijo Maribelle.

Pero al rato, los dos perros negros cayeron fulminados. Poco a poco se fueron desdibujando en el piso de parquet hasta que solo fueron un montón de cenizas oscuras.

—¡*Porca miseria!* —gritó feroz Fortunata— ¡Castor, Pólux, *amici*!

—¡Desgraciados! ¡Quisieron asesinarnos! Los mataré a ambos. Buscaré mi sable de plata —gruñó Valdés.



—Gracias a mí no estamos todos muertos —rezongaba Maribelle.

—*Hai ragione.* Tienes razón, niña —Fortunata acarició la encrespada cabeza de Maribelle y detuvo a Valdés por el brazo.

—*Stai fermo,* quédate quieto. *Non* puedes arriesgarte. ¿Quién sabe qué protección tendrán? ¿*Chi sa* qué fórmula destructora tendría esa botella? Son poderosos.

Sangre de muerto. Tan sencillo como eso. Cualquier vampiro más inteligente lo hubiese recordado. La sangre de los muertos destruye a los vampiros.

Aquella noche en el Ávila, Alonso decidió que les daría a beber sangre de muerto mezclada con vino. Pero como no podría matar a nadie de noche para usar la sangre, porque ellos lo vigilaban de cerca, debía buscar otra forma de agenciarse el mortal líquido.

Recordó entonces que André guardaba en su laboratorio secreto, en el sótano de la casa de Bello Monte, sangre de muerto. Los haría ir hasta allí, en la noche y André fingiría acceder a darles la fórmula.

—Nos vengaremos como sea, querida —murmuró Valdés—. Y será esta noche.

Pasaron volando hacia la casa de Valeria, que se limpiaba el maquillaje y las lágrimas frente a su peinadora, en su hermosa habitación decorada en rosa tenue y lila.

Valdés entró por la ventana y se paró tras ella, listo para morder su cuello desnudo. Era en verdad apetecible aquella chiquela. ¡Y virgen! La mayor delicia para un vampiro es morder a alguien virgen. Podían oler la virginidad a distancia. Fue por eso



que Fortunata seleccionó entre tantos hombres a Alonso, aunque nunca se lo había revelado.

La imagen del vampiro no se reflejaba en el espejo, la chica no podía verlo. Pero de pronto un destello. El crucifijo de plata de Valeria derribó al vampiro, y la muchacha dio un grito. El hombre se arrojó por la ventana despavorido y la joven aterrada cerró con fuerza la ventana.

Luego bajó corriendo para pedir a su padre que llamara a la policía. Vino enseguida una patrulla de los llamados “invisibles”, la nueva policía de Caracas integrada por hombres expertos en artes marciales que no necesitaban armas. No vieron nada, y eso que se estuvieron un buen rato vigilando la quinta “Valeria”.

Los tres vampiros, furiosos, volaron sobre la ciudad, a gran altura. Siguieron hacia el litoral y vieron a una pareja que salía de un hotel, en el bulevar “Somari” que iba de Macuto a Caraballeda, y que a aquella hora de la madrugada se hallaba desierto. El estacionamiento en sombras ocultó el paso tenue de los tres bebedores de sangre, que saciaron su furia en aquella parejita, jefe y secretaria, y luego dejaron allí los cuerpos exangües, mutilados, en un bote de basura los dos corazones enamorados.





14

Al atardecer de un viernes, Alonso se dirigió a la casa de Vanessa. Detuvo el carro a tres cuadras y comenzó a correr a tal velocidad que nadie podía verlo. Trepó el árbol grande y se asomó por la ventana del cuarto de la joven.

—¡Hola, chamo! ¡Qué sorpresota! ¿Cómo subiste allí?

—Soy experto trepador.

—¡Mentira! Tienes cosas como de niño. ¿Quieres entrar?

—Si me invitas.

—Pues claro que sí, papito mi rey. Ya te abro la ventana. Al fin te decidiste, te diste cuenta de quién es la que te conviene, ¿no?

Entró y se paró frente a ella en silencio. Vanessa dejó la *laptop* que estaba usando y se tendió en la cama, invitante y seductora, mareada por el placentero y lujuriente olor de mandarinas que para ella emanaba siempre de Alonso.

—Ven, amor, siéntate, ¿Al fin comprendiste que yo soy la mujer de tu vida, *papirruqui*?

—Más bien quiero decirte que la doctora Ramos murió por tu causa. Me buscaban a mí, y no me hallaron con ella, por eso la mataron, en eso terminó tu estrategia para separarme de Valeria. Eres egoísta y falsa, nunca hallarás la felicidad. La gente como tú muere sola.

—Ah no, mijo. Yo solo le dije lo que tú me dijiste, que te creías un vampiro.



—Fíjate, *mamirruqui*, cuando te dije que era un vampiro, era verdad.

Ante los ojos desorbitados de su amiga Alonso se suspendió en el aire, sobre ella, abrió sus fauces y exhibió sus dos poderosos colmillos retráctiles, preparó sus garras, sus ojos azules tomaron un tono amarillento rojizo.

—¿Te gusto así, chama candela, mamita mi reina?

Vanessa dio un salto en la cama y luego cayó al suelo sin voz, exánime. Tal como había aparecido en el árbol, Alonso desapareció del cuarto. Y en la misma ráfaga que lo llevaba por el aire, el vampiro andaluz solo gastó tres minutos en llegar a la casa de Gustavo.

—¡Mamá, papá, auxilio! —fue lo primero que gritó estentóreamente Vanessa al volver en sí—. Alonso es un vampiro. Sacó sus colmillos, enormes. Voló, y me amenazó. ¡Aaaaay!

—Hija, pero si él es tu amigo, además aquí no ha venido nadie. ¿Estabas soñando?

—No lo sé. ¡No! No lo creo. Es un vampiro. ¡Lo juro!

—¡Son esas películas que se la pasa viendo por televisión hasta tarde! —dijo don Artemio, el padre.

—Gaby, Sofi, amigas, —sollozaba Vanessa en los brazos de sus compinches. Ustedes sí me creen ¿verdad?

—Pero amiguita, cómo va a ser eso —la consolaba Sofi.

Aquella tarde Gustavo llamó a Alonso. Le advirtió que Vanessa estaba diciéndole a todo el mundo que él era un vampiro. Alonso soltó la carcajada. Ahora sí que se había vuelto loca la Vane.



En la universidad Vanessa lo miró de lejos y le mostró una cruz de svaroski muy linda. Alonso le mostró la suya, de oro. La chica salió entonces corriendo hacia el jardín. Andaba como sonámbula por los pasillos de la facultad, con collares de ajos que ahuyentaban a sus compañeros, aunque no fuesen vampiros. En las manos apretaba botellas de agua bendita. Uno de los profesores llamó a Alonso.

—Si conoces a sus padres recomiéndales que la internen en una clínica de salud mental. El Hospital Central de Caracas, ese enorme, el de Petare, que tiene un ala de salud mental excelente y es totalmente gratuita. La chica está mal. Tiene una especie de delirio. Y está obsesionada con la idea de que eres un vampiro. Te lo digo porque ustedes antes eran tan amigos. No sé qué pasó.

—Profe, ella está muy mal. Huye cuando trato de hablarle. Pero le prometo que voy a hablar con sus padres. El centro de reposo Mangozal, la clínica del Dr. Delgado puede ser buena para ella.

Aquella noche Alonso se presentó en la casa de Vanessa con Gustavo. Pidieron hablar con los padres de la muchacha.

—Ahora duerme, se tomó un calmante. Pero no se cansa de repetir que eres un vampiro, Alonso, que si el viernes pasado estuviste aquí, que si entraste por la ventana volando, que la asustaste y tal—dijo doña Miriam.

Gustavo y Alonso se miraron, asombrados.

—Imposible, señora. El viernes él y yo fuimos a echarnos unos tragos. Estaba despechado porque rompió con Valeria, su novia—aclaró Gustavo.



—Creo tener la clave de todo —dijo de pronto Alonso—. Una vez, hace meses, le dije que no podía ser su novio porque era un vampiro. Fue una broma, pero jamás creí que se impresionara con eso. Es más, pensé que ya era una adulta y bueno, aunque aparezcan tanto en el cine, solo los niños creen en los vampiros. De verdad lo lamento, no pensé que fuera a sugerirse con eso.

—¿Viste, que el cine es el culpable?

Terminaba de hablar el papá de Vanessa cuando la chica se asomó por la escalera y dio un alarido al ver a Alonso en el salón. Todos se quedaron perplejos. Vanessa cerró su puerta y dibujó un crucifijo con tiza. Luego esparció agua bendita alrededor de su cama y tomó su rosario.

Alonso entregó a los padres de la muchacha el número de teléfono y la dirección del Dr. Menzel Delgado.

Valeria estaba pensativa. Vanessa acababa de llamarla aterrizada y su temor no era fingido. Lloraba a mares mientras le contaba lo ocurrido. Según ella, Alonso sí era un vampiro. De verdad, verdad.

—Caramba, Vanessa, perdona, pero yo rompí con él por hacerte caso en esas locuras tuyas, y terminó muerta la doctora Ramos, mejor no me llames más —dijo entre inquieta y disgustada.

“Qué barbaridad —pensaba Valeria—, pero, ¿de dónde sacaría Vanessa eso?”.

Subió a su cuarto y se le ocurrió revisar aquel maletín que había sacado del desván, donde estaba el viejo diario de la antepasada, la tía tatarabuela. Bueno, lo que se conservaba de él, lo que había logrado traerse la bisabuelita Cristina consigo. Hojeó



las amarillentas y ruinosas páginas. Parecía, más que un diario, un diccionario de vampirismo.

Invitación. Los vampiros necesitan ser invitados para poder entrar a cualquier lugar.

Luz de sol. Mortal para los vampiros. Al tocarlos se queman y se deshacen.

Muerte de un vampiro. El vampiro muere si se le corta la cabeza y se le taladra el corazón con madera o se le extrae y se le quema. Muere al ser expuesto a la luz del sol, y al beber sangre de muertos. Si se muerde a alguien que no se desea vampirizar, bastará con sacarle el corazón y arrojarlo lejos.

Olfato. Los vampiros tienen un olfato muy agudo, se sienten y presienten unos a otros, y se diferencian por su olor personal. Saben detectar la virginidad por el olor.

Olor: los vampiros suelen oler gratamente, emiten efluvios deliciosos y atractivos,

Oscuridad. Los vampiros son seres de la oscuridad, pero a veces logran tolerar el sol, si se inyectan sangre de humpiro, o son tratados por algún brujo.

Valeria recordó con preocupación el olor embriagante a fresas con chocolate, su postre preferido, que sintió en el cuello de Alonso cuando bailaron. Frunció el ceño un rato, desconcertada. Después pensó que podía seguramente era una colonia francesa, de esas con olor frutal. Siguió leyendo:

Bailar: los vampiros son maravillosos bailarines. Suelen seducir a las mujeres con esta característica.



Cerró el libro de golpe, pero al rato la curiosidad fue mayor.

Beso: el beso de un vampiro puede ser maravilloso, pero mortal, si él así lo quiere.

Cruz: siempre afecta a los vampiros, sobre todo si es de plata o de madera. A menos que el vampiro haya sido tratado por un houngan, un hechicero haitiano. Ellos conocen los secretos del vampirismo porque en Haití hay muchos.

Valeria se erizó. No quería caer en la misma locura de Vanessa, pero no pudo evitar recordar aquel hombre en el suelo de su cuarto, retrocediendo con los ojos fijos en su crucifijo de plata. Y luego su extraña desaparición. Recordó también la servidumbre haitiana de Alonso.

“¿Qué tonterías estoy pensando?” —se preguntaba.

Pensó que no debía sugerirse, corría el riesgo de caer en una psicosis como la de la pobre Vanessa. Además, no podía ser. Los vampiros huyen de la luz y Alonso se la pasaba en las piscinas del Centro Cívico Rafael Cadenas, o en la playa. Además quién iba a estar creyendo esas necedades de vampiros ni qué ocho cuartos. Pero, ¿por qué escribiría eso la tatarabuela Margarita?

Decidió cerrar ese tonto diario alucinado y llamó a Mariú. Se verían en el parque Juan Rodríguez Suárez, para montar un rato a caballo y después hacer tai chi.

—¡Qué bueno que abrieron este centro! ¡Verdad, ami? Ya yo estaba cansada de los clubes privados. En este centro encuentras intelectuales, gente interesante, hay parque con caballos, instructores de tai chi y hasta una tremenda biblioteca.



—A mí me encanta. Pero me da rabia, porque recuerdo que venía aquí con Alonso.

—Y ¿eso se acabó, chama de verdad? Él es tan bello. ¿Pásamelo, ami, sí? Mira que mi Jorge no llega de USA hasta diciembre. Falta mucho.

—No, ami. Alonso es bello, pero traicionero.

—Ay, sí. Recuerda que se empató con la doctorcita esa. Bueno, que en paz descanse. Y ahora dicen que anda con la zorrita policía, la tal Morgana.

—Será Muérgana.

El viernes siguiente, después de una serena sesión amorosa, Alonso le explicó a Morgana que había terminado su relación con Valeria y que ahora Vanessa andaba diciendo que él era en verdad un vampiro.

—Esa chica sí que necesita un tratamiento, Alonso. Pero de verdad verdad. Está medio loca. Yo creo que voy a hablar con la doctora Lamas, la que ve a los agentes. Hay una clínica muy buena donde sus padres podrían internarla y hacerle un buen tratamiento. Puede ser esquizofrenia, querido.

Mientras Alonso proseguía su romance con la detective, más amistad que otra cosa, Valeria anunciaba su compromiso formal con Juan Carlos Berrizbeitia Osío, en una suntuosa fiesta a la cual invitó a todas las amigas de Alonso, con la sola y perversa finalidad de que le comentaran todo.

—¡Hola, chicas, qué lindo verlas en mi fiesta de compromiso! ¿Por qué no vino Vanessa?

—Es que está delicada de los nervios —dijo Gaby—. Está hospitalizada, es por eso que no vino.



—Está loca de pila —le susurró Gustavo—. Imagínate que cree que Alonso es un vampiro.

—Pero yo sí vine —dijo Alonso acercándose descaradamente con Morgana—. Gustavo estaba invitado y me trajo. Felicidades. ¡Ah!, te presento a mi novia, la detective Morgana.

Se acercó y besó la mejilla ardiente de Valeria que se mordía los labios de ira.

—¿Ay, pero tú no eres el vampiro Alonso? Ay, sí, chico, no te extrañes. Ya supe de la locura de Vanessa. ¿Y por qué inventaría eso, no sería porque hay seres que lo vampirizan a uno robándole la energía vital con traiciones y mentiras? —casi gritó Valeria con ira reprimida.

—Te ves furiosa para ser una novia el día de su compromiso —respondió Alonso risueño.

—¡Hola, amigos! —dijo Juan Carlos que se veía aún más gordo vestido de traje formal—. No se pierdan el *Facebook*, nuestro compromiso va a salir reseñado allí con fotos, video y todo.

—Bueno, pues estoy feliz, Alonso, si supieras cuánto —prosiguió Valeria—. Amigos, ¡Miren mi anillo! Y ustedes también son una parejita feliz. ¿Y cuándo se comprometen, o de una vez se casan? Ah, perdona, sí es verdad que tú eres policía, Muérgana, qué digo, Morgana, tendrás que pedir un permiso en la comisaría, ¿no?

—La ironía está demás —dijo la detective expeliendo con rabia contenida el humo de su cigarrillo—. Y sus groserías pueden llevarla a la cárcel.

—Lo que está demás es la vagabundería y el cinismo, y de paso, el cigarrillo. Como esta fiesta es de gente sana, quiero que



salgas de aquí ya, policía pata podrida. Porque yo no te invité. Vete a fumar y hacer todo lo demás con tu vampiro a otra parte.

—Cálmate, Valeria —reprendió Mariú—. Tus invitados te esperan.

—Pues que esperen. ¡Saca a tu chimba policía de aquí, galán de pacotilla!

—¡Más respeto, señorita! —gritó Morgana ya bastante molesta.

Valeria miraba a Alonso con ojos centelleantes. Aquella miel dorada de sus pupilas se hacía fuego, lava volcánica.

—Me voy si antes hablamos en privado, tú y yo —le dijo acercándose.

—Ni lo sueñes. No hablo con la chusma.

El joven vampiro se adelantó, tomó a Valeria por los hombros y la besó a la fuerza y salvajemente, delante de todo el mundo, a lo que la chica respondió con un par de sonoras bofetadas.

Otro beso a la fuerza y otro par de cachetadas, más un puntapié en la pantorrilla. Alonso se encogió de dolor.

—¡Dios mío, Valeria! Qué vergüenza —gritó Mariú.

Juan Carlos llegó indignado al ver la escena y le asestó un derechazo a Alonso, que este devolvió con fuerza. Al trastrarbillar, Juanca golpeó a otro invitado y este se defendió dándole un bandejazo por la cabeza que lo desmayó y así fue que cayó sobre la mesa donde estaba servido un majestuoso *buffet* de quesos y frutas. El padre de Valeria quiso golpear a Alonso y este lo evadió, con lo cual Gustavo resultó con un diente menos.

En la confusión, Alonso se llevó a Valeria a rastras, a pesar de su resistencia. Se la echó al hombro, mientras ella lo golpeaba y le



halaba los cabellos con furia. La llevó hasta el carro, allí la introdujo forzadamente y se dirigió tranquilamente con ella a su casa de Bello Monte.







15

—¡Qué horror! —murmuraba la joven moviendo la cabeza de un lado a otro, asiéndose los cabellos castaños—. ¡Qué vergüenza, cómo terminó mi fiesta de compromiso! ¿Qué dirá mi papá? Debe estar indignado. ¿Qué dirán los invitados?

—No te preocunes por eso. ¿Para qué comprometerte? De todas maneras tú no te ibas a casar con Juan Carlos. Vamos, Valeria. Por favor. Yo te amo, tú lo sabes.

—¿Por qué tienes la manía de echarme a perder todas mis fiestas, con tus engaños y tu olor y...? ¡Te odio! —gritaba Valeria—. Además, ¿cómo se te ocurre secuestrarme? Voy a acusarte en la fiscalía, porque el secuestro es un delito, por si no lo sabes. Y no me da la gana, no quiero hablar, ya estoy harta de eso. Tú me traidoraste.

—Perdóname. Fue algo sin importancia. Tú también me mentiste, pero no importa. Valeria, por favor, te amo, no puedo ni comer pensando en ti. Dime que no me quieres y moriré, no quiero vivir en este tormento. Decidí que no voy a vivir sin ti. ¿Crees que iba a dejar que te comprometieras con él?

—¿Ah, no? ¿Y por qué? ¿Me vas a vampirizar?

—No digas eso nunca, Valeria.

El semblante de Alonso se ensombreció y la muchacha guardó silencio, inquieta, mientras llegaban a la casa y se bajaban del carro.



—No iba a permitir que te comprometieras con nadie, simplemente, porque vas a casarte conmigo.

—Ni en mil años.

Entraron y Alonso la llevó en brazos hasta la habitación. Valeria se debatía pero ya muy débilmente, lo cual no pasaría desapercibido a ningún hombre y menos de quinientos años.

—¡Déjame, traidor! Ni que estuviera loca me casaría contigo, después que te empataste con la doctora y con la muérgana zorra esa. Tú eres un cualquiera, chico.

Su amado se acercaba. Su voz la arropaba como un manto de seda, suave. De nuevo aquel olor a fresas recubiertas de chocolate, a nardos, a vainilla. La boca de Alonso estaba muy cerca. Valeria se puso a navegar de pronto en el azul de aquellos ojos melancólicos y vio llegar una gaviota con cara de niña y un caracol que danzaba entre las ondas azules. Se sintió una con Alonso, como si fuese parte de él. Tal como cuando bailaron, el día de su cumpleaños, ahora se movían al ritmo del oleaje de ese mar acogedor que fluía en la mirada de él.

—Alonso, te amo.

Desnudos, felices, abrazados, no sintieron los pasos de la noche, como una vieja bruja de las calles, de la montaña, ni la risa de la luna entre los altos samanes. Y ni siquiera supieron cuando se asomó con rubores el nuevo día.

—Sabes, Valeria, podríamos ir hoy a la playa —le susurró Alonso acariciándole el pelo.

La muchacha saltó en la cama.

—¡Aaay, Dios mío! ¡Qué hiciste! ¿Estás loco?



—Tú también lo hiciste. Y me dijiste que me amabas. Yo te amo tanto, Valeria.

—Mentiroso, cállate, tú me engañaste! Y... me quedé dormida. Debo volver a mi casa. ¡Mi papá debe estar fúrico!

—Toma el celular. Llama y di que te quedaste con Mariú.

—¡Lo importante es la vergüenza que has hecho pasar a la familia! —rugía el padre de Valeria—. Me da lástima con ese pobre muchacho, Juan Carlos.

—Papá, para él esto es solo otra anécdota para el *Facebook*. Ya debe estar descargando las fotos del bochinche que se formó o chateando con su amiguita Astrid sobre lo que pasó. Además, ¿no crees que yo también esté avergonzada? Más bien aquí con Mariú me consuelo un poco.

Después de tranquilizar a sus padres con una mentira, Valeria se tranquilizó y aceptó irse con Alonso al litoral. Allí tuvo una sorpresa: Alonso también tenía su velero, se llamaba *El Dorado*. Era grande y lujoso. André y Antoinette fueron con ellos y se encargaron de pescar y preparar la comida. Llegaron a una de las islas y se lanzaron al agua verde, translúcida. Valeria nunca creyó que podría existir tal felicidad.

—En realidad este velero es de mis padres, no lo uso mucho.

—Pero si es encantador. Lo usaremos más. ¿Sí?

—Cantas veces quieras.

Regresaron al atardecer y Valeria pasó otra noche con Alonso. Solo al tercer día volvió a su casa, para no enojar demasiado a su padre.



—Así, que estabas con Mariú —le dijo el anciano, que leía la prensa en el comedor cuando la muchacha entró. ¿Y donde se broncearon tanto?

—Si quieres puedes llamarla. Pregúntale.

—Pues claro, ella dirá lo que tú digas. ¡Es tu alcahueta!

—Cálmate, Pedro Francisco —dijo cadenciosamente Carmen, la madrastra.

—¿Pues sabes qué, doña embustera? A mí me parece que te fuiste con el tal Alonsito ese, que no es ni chicha ni limonada, un don nadie. Y seguro que andabas con él este fin de semana, a mí no me engañas —dijo el anciano colérico.

—Pedro Francisco, te va dar un peteté —insistió Carmen.

—Juan Carlos canceló el compromiso, —agregó el señor Landaeta con el rostro rojo de ira—. Quiero que lo sepas. Qué bochorno, Dios mío, qué dirá la gente.

—Me parece correcto, digo que... bueno, que se cancele el compromiso mientras se aclara todo esto.

—Valeria, no hay nada que aclarar, tú te vas a casar con Juan Carlos Berrizbeitia.

—Pero papá! ¿Voy a pasarme la vida viendo como Juanca chatea con Astrid o se pasa horas y horas viviendo dentro del *Facebook*? ¿Quién quiere un hombre virtual?

—¿Ah, sí? Pues al aprovechador y cazafortunas del estudiantillo ese no vas a verlo más. Si es preciso te mando a Filadelfia con tu tía María Teresa. Allá pasarás una Navidad virtual, a ver si recapacitas.



—Eres menor de edad, Valeria —acotó su madrastra—. Podemos enviarte allá, para ver si sientas cabeza. Envíala hasta que tenga dieciocho, Pedro Francisco. Y se acabó el problema.

La Navidad sin Alonso era tremadamente triste. Pavo con relleno de nostalgia, ensalada de añoranza, ponche de lágrimas. Pero los tíos Hernán y María Teresa eran cariñosos. Vivían en una bonita casa a las afueras, y le permitían a su sobrina usar el carro para ir a clases.

*Pétalos de nieve, cosecha leve de cielo,
sobre los húmedos nogales
desnudos,
la nieve de Filadelfia
calle Chestnut,
Walnut Street,
lenta floración inesperada.*
*Pétalos sin tiempo,
nieve de los almendros y las ardillas,
Pétalos blancos,
de una aérea dulzura
inconmovible.*
*Maná sobre los abetos
crepita nuestro amor
sobre los leños,
mientras caen
de este cielo de acero
los pétalos
de la nieve de Filadelfia.*



Alonso escribía poemas frente a la chimenea encendida. A ratos pintaba el retrato al óleo de Valeria. Fue muy fácil averiguar que la habían enviado a Filadelfia. Él alquiló un apartamento pequeño cerca de Penn University.

Hasta mediodía Valeria estudiaba inglés en el programa para estudiantes extranjeros, donde su padre la había inscrito y luego se instalaba en el apartamento de su amor. Practicaba inglés con Alonso que lo hablaba muy bien. Venía llegando a casa de la tía ya a las siete de la noche.

—Hija, pero ¿tan tarde sales de clase?

—Tía, es que me quedo por allí con unas amigas japonesas que conocí y a veces me meto en la biblioteca, y bueno, se me pasa el tiempo.

Pasó el invierno y la primavera despuntó en flores inmensas, por todas partes. Volvieron las ardillas a los parques que eran un delirio de hierbas y flores amarillas, *bluejays* enloquecidos, pájaros azules aleteando sobre las cabezas de los paseantes.

De pronto una chica de suave melena negra se les acercó en el parque.

—Buenos días, soy Claudette —dijo en un inglés afrancesado—. Soy descendiente de Claudette Marcel, la famosa pintora. Y... me gustaría hablar con usted, señor.

—¿Acaso la conozco?

—No sabría decirlo —sonrió encantadoramente la muchacha—. Los observaba desde mi banco. Hacen una bella pareja. ¡Yo también soy pintora! Les... ¿gustaría visitar mi estudio? Me interesa mostrarles algo.



Alonso recordó de pronto, cuando la chica sonrió. Recordó a Claudette. Miró con preocupación el rostro de Valeria, que aferrando su mano respondió por él:

—¡Nos encantaría!

—Filadelfia no es como París, no tiene atractivos para un artista, salvo el paisaje, las flores.

Claudette hablaba sin parar mientras subían en el ascensor al edificio. Valeria sonreía fascinada y Alonso guardaba silencio. Se preparaba para lo que ya sabía que vería. Su retrato. Su rostro sin defectos, su piel aceitunada, sus rizos negros, su sonrisa, todo estaba allí, plasmado en el lienzo con la mayor exactitud.

—Lo pintó mi antepasada, la bisabuela de mi abuela —dijo la chica soltando la risa, por lo complejo de la frase.

Valeria estaba como petrificada. Al darse cuenta, Alonso reaccionó rápidamente.

—¡Lo que es la vida! —dijo despreocupadamente—. Mi padre me contó que tuvo un tío abuelo que vivió algún tiempo en Francia, y que me parezco mucho a él. Se ve que es cierto.

—No te pareces. Eres... exacto a él —dijo Valeria confusa.

—¿Cómo se llama usted? —dijo la francesita.

Antes de que pudiera responder volteó la pintura y mostró el nombre escrito tras el lienzo: “Alonso de la Rosa”. Valeria se sintió mareada y se sentó en un sillón. Tenía mil preguntas en su mente afiebrada.

—¿Te sientes mal? Estás pálida..

—Ese... es mi nombre —dijo Alonso sonriente, aparentando calma.



—Entonces, creo que sí debe ser usted su descendiente, señor, pero lamentablemente no le puedo donar ni vender la pintura. Mi abuela me la dejó con esa condición. Parece, que según nuestra historia familiar, nuestra antepasada quiso mucho a ese hombre.

—¿Qué le contó de él su abuela, acaso lo conoció? —dijo Valeria.

Alonso espiaba su rostro, con gesto adusto.

—Casi no conocí a mi abuela, ella le dejó el cuadro a mi madre, diciéndole que era para mí. Pero que debía conservarlo. Ahora, sin dudas son muy parecidos, pero yo creo que se diferencian en algo. El hombre del cuadro tiene un semblante más relajado, más alegre, más parisino quizás. Usted tiene otra expresión, como... más seria.

—Pensándolo bien... usted tiene razón. Hay algo distinto, —dijo Alonso contemplando aquel retrato que Claudette había pintado mientras caía la nieve de París, en 1930.

—Hasta pronto, y gracias por mostrarme el retrato de mi ancestro.

—Por nada, vuelvan cuando quieran.

—Le comentará seguramente a su madre que encontró a un descendiente del famoso Alonso que inspiró a la gran artista de su familia —sonrió Valeria, ya más tranquila.

—Mi madre murió, hace apenas dos años —dijo la chica, siempre con su alegre sonrisa—. Se lo comentaré a mi hermano, que también es pintor.

Alonso guardaba silencio, pensando en el terrible aprieto en que había estado. Se le ocurría que tal vez lo mejor era proponerle a Victoria vivir en Inglaterra, donde nadie lo conocía.







16

Valeria estaba feliz con su amor, casi le parecía mentira volver a estar junto a Alonso. Aunque a veces se le antojaban extraños pensamientos. Aquel cuadro parecía una foto de Alonso y con su nombre, además. Era raro, pero recordó que decían que ella era muy parecida a su bisabuela Olalla.

En las mañanas se sentía alegre y poderosa, como llena de una fuerza nueva. Sentía que podía ver hasta muy lejos, oía hasta el abrirse de los capullos de rosa, ¿sería el aire puro de la primavera de Filadelfia? Un día comenzó a bailar y a cantar en el parque fresco y umbroso.

De pronto se elevó unos diez centímetros del suelo. Solo un niño de cuatro años la vio y sonrió apuntándola con su dedito gordo y rosado. Pero nadie observó la escena, afortunadamente. En ese momento Alonso se dio cuenta y la abrazó, para traerla al piso. Se sentaron en un banquito de madera.

—¡Ay, mi amor, no sabía que la primavera hacía estos efectos. Imagínate que me sentí como flotando en el aire!

—Estabas flotando en el aire —dijo Alonso con gravedad.

Valeria lo miró sin comprender, boquiabierta.

—¿Qué dices, a qué te refieres? ¿Cómo que estaba flotando?

—Valeria, debemos conversar. Mira, ante todo quiero decirte que estás embarazada. Acabo de sentir el corazón de nuestro hijo. Solo tienes tres semanas.



—¿Cómo lo sabes? Aún no eres médico. No digas una locura semejante nunca más. No lo digas ni en juego. Mi papá me mataría, Alonso. Pero, ¿cómo es eso de que flotaba?

—Valeria, yo quiero suplicarte que me escuches con atención y ante todo recuerda lo mucho que te amo. Tenemos que hablar. Yo... bueno, yo no he sido completamente sincero contigo. No te dije toda la verdad con respecto a mí. Es que... bueno, prométeme que no vas a asustarte demasiado, eso es malo para el bebé, además este es un sitio público...

—Habla de una vez —dijo Valeria angustiada y molesta—. Mejor dicho, no. Ya no quiero oír nada. Son bromas bien pesadas, las tuyas. Y que flotaba. ¡Necio! Me voy al apartamento.

Se levantó del banquito de madera y echó a andar, a paso rabioso. Alonso la alcanzó y caminó a su lado.

—Valeria, amor, lo que dijo Vanessa es... en cierta forma, verdad, como te digo... es decir, sí soy un vampiro, aunque solo en cierta forma. No es que no lo sea, pero... poco. Y bueno, no temas, porque no es algo... tan grave.

La muchacha se detuvo en el acto y lo miró. Su novio estaba sin duda trastornado. Se sentó en otro banco y encaró a Alonso, que se sentó a su lado y tendió sus brazos hacia ella, en actitud protectora.

—Ya, Alonso. Ya. No me toques. ¿Piensas que voy a creerte esa fantasía? Los vampiros no existen. Tenía razón Vanessa. Lo que estás es loco. Debes ser bipolar. Mira, yo con locos no quiero nada, Alonso, te quiero mucho, pero vamos a replantearnos esto. Si tú te curas esa manía, pues veremos, quién sabe, un día quizá



volveremos a ser novios. Yo me largo a Caracas, cuando estés curado de eso me buscas.

—No es una manía. Y claro que existen los vampiros. Puedo darte pruebas. El retrato, por ejemplo. Claro que soy yo, y tú lo supiste al verlo. Vemos lo que queremos ver, amor. Yo posé para Claudette Marcel en 1930, en París.

—¡Imagínate, semejante locura! Me voy, y no me sigas, —gritó Valeria. —Llamaré a un policía.

—Valeria estás embarazada, debo protegerte.

No esperó a oír nada más. Tomó el primer taxi que pasó y al llegar donde su tía comenzó a hacer sus maletas.

—Regreso a Caracas mañana, tía. Es que me hacen falta mis padres.

La muchacha rompió a llorar desconsolada. La tía la abrazó con ternura. Luego fue a la cocina y regresó con una taza humeante.

—Es natural, mi pequeña. Toma, toma este tilo y te sentirás mejor.

—Bueno, es raro que te haya entrado esa tristeza ahora, en primavera. Es la mejor época de Filadelfia. Hay flores y...

—Me voy a mi cuarto, tía. Perdona.

—Tranquila, mi amor. Con ese tilito dormirás bien.

Se puso el pijama y se sentó sobre su cama a tomar el tilo, mientras caían sus lágrimas tibias, espesas. De pronto sintió un breve toque en los cristales de la ventana. Suspendido frente a su ventana vio a Alonso.

—Estás... suspendido en el aire, porque allí no hay árboles. Entonces... ¿es verdad?



—Déjame pasar. Si no me lo permites no podré. Y debo explicarte algo importante.

—¡Aléjate de mí para siempre! —sollozó temblorosa.

El miedo, el espanto que le infundía aquella presencia sobrenatural no lograba borrar el amor, el inmenso amor que la colmaba. Se sentó en la cama y se echó a llorar de nuevo.

—Bien, no me abras si no quieres, pero escúchame. Estás esperando un hijo mío, un *humpiro*. No puedo alejarme de ti, debo protegerte. Corres un gran peligro.

Valeria se sintió mareada. Un extraño hormigueo le recorría los brazos, las piernas. Su corazón galopaba como un caballo sin riendas. En su mente se juntaba el miedo de Vanessa, el diccionario de la abuela, el retrato.

—¿Eres... en verdad eres un vampiro y me lo ocultaste para aprovecharte de mí? ¿Y encima me embarazas? ¿Y la pobre Vanessa todo el tiempo decía la verdad? ¿Y mis padres tenían razón al separarme de ti? ¿Y ahora corro peligro por el hijo que espero? ¿Qué, él me matará?

Las lágrimas corrían por aquel rostro antes tan dichoso.

—No, Valeria, nada de eso es así.

—¡Sal de mi vida para siempre, Alonso, no quiero volver a verte! ¿Me mordiste? ¿Soy una vampira también, y por eso flotaba?

—No. Yo te amo, nunca haría eso. Y si te hubiese mordido lo recordarías. Nunca te haría daño. Lo que pasa es que el bebé que tienes es un *humpiro* muy poderoso, si estás feliz él lo siente, y te hizo flotar... Estás en peligro, pero no por él. Yo debo cuidar de ti y de él.



Corrió las cortinas con fuerza y se arrodilló frente a la imagen de la Virgen a orar el Credo. Pero las náuseas y vómitos la hicieron ir al baño y al rato lloraba, tendida en su cama, desfalleciente.

Alonso debió irse a su pequeño apartamento de Filadelfia. Mientras flotaba en el aire fragante de Pennsylvania lloraba espesas lágrimas de sangre que se endurecían con el viento frío de la primavera. Valeria tomó un avión a Caracas al otro día.

—¿Qué pasó, hija?

—Papá, perdona, pero me vine porque... me sentía muy solitaria. He sido una tonta. Me casaré con Juan Carlos cuando quieras. Aunque sea un hombre virtual. No quiero volver a estar sola.

El padre la abrazó con ternura. Pero a la madrastra, todo aquello le parecía bastante raro. Valeria parecía como asustada. Se veía distinta. Trató de indagar algo, pero la chica solo lloraba.

—Hola Valerita, es Gustavo. Supe que regresaste ayer. Yo quisiera que habláramos.

—Mira, amigo, como sé que es de Alonso de quien vas a hablarme, dile simplemente que no quiero verlo más.

—No puedes hacer eso. Él está destrozado.

—Más lo estoy yo. Y pregúntale por qué terminé con él, a ver si se atreve a decírtelo.

Gustavo colgó al oír el *click* que denunciaba la ausencia de su interlocutora. Como la llamada la había hecho sin conocimiento de Alonso, no le dijo nada. Fue a su casa en Bello Monte y lo encontró pintando un retrato de Valeria.

—Entonces, pana, ¿no vas a luchar, te la vas a dejar quitar así, como así?



—Ya te dije que terminó conmigo. No me ama, tal vez nunca me amó y eso no puede forzarse. La gente te quiere o no te quiere. Pero necesito protegerla, amigo, tal vez no entiendes ahora, pero es preciso que ella sea protegida.

—¿Qué le hiciste? Porque la otra vez que terminó contigo tenía razón, la engañaste con la doctora.

Alonso bajó los ojos y continuó pintando. Al rato, escribió una nota y llenó un cheque. Metió todo en un sobre sellado y le pidió a Gustavo que contactara a Mariú para que se lo entregara a Valeria.

—Si quieres llamó a Morgana y le ponemos protección policial. ¿Sabes? Ella y yo estamos saliendo.

—Te felicito, es una chica maravillosa, pero no le digas nada. Más bien recuerda insistirle a Mariú que es urgente que Valeria lea la carta. Su vida podría estar en peligro.

Mariú encontró a Valeria en “La Parchita”, su restaurante favorito en el club Pérez Bonalde. Estaba con Juan Carlos. La pelirroja se sentó y se tomó un refresco con ellos para disimular.

—Estamos celebrando nuestra reconciliación, Mariú. Quédate. Valeria ha comprendido que soy el hombre de su vida. Un hombre, y no un niño, por cierto. Y le he prometido pasar menos tiempo en el *Facebook*. Y chatear menos en mi *Messenger*. Apenas unas cinco horitas. Yo por mi Val hago lo que sea.

—Ah, pues los felicito. Qué bueno. Pero ahora debo retocar mi maquillaje. ¿Me acompañas, Valeria? No me gusta ir sola al tocador.

—Mujeres... —susurró Juan Carlos mientras las veía dirigirse al baño de damas.



—Ami, toma este sobre, no sé lo que es, pero dijeron que tu vida podría estar en peligro. Te lo voy a dar, pero prométeme que no lo romperás.

Valeria se fue poniendo lívida a medida que leía. Se recostó de la pared, sentada sobre la tapa del inodoro.

—Val, Val, ami, ¿qué te pasa?

—Pásame tu encendedor.

Valeria quemó la misiva, el cheque y hasta el sobre y echó los desechos en la papelera. Luego se lavó la cara con abundante agua fresca.

—Val, dime qué pasa.

—Yo nunca he sido cobarde, Mariú. Quiero que me recuerdes como ahora. Dispuesta a luchar por mi vida y por la de mi hijo. Aunque sea hijo de un vampiro.

—¿Tu qué? ¡Aaay, Dios mío! Ami... no me des estos sustos. No lo merezco.

Ahora fue Mariú la que se sentó en el inodoro, casi desmayada.

—Te creía más valiente. ¿Temes a los vampiros?

—No. Temo la ira de tu padre. Me echará la culpa de tu embarazo. Eso es lo que me asusta, no ningún vampiro...

—Llama a Alonso. Aquí está su número. Dile que lo veré en una hora en el teatro Manuela Saénz, el que queda en la avenida Pedro Elías Gutiérrez. Dile que es aquel donde vimos *La tempestad*.

Mariú se quedó en el baño un rato y Valeria fue al encuentro de su novio. Se sentía llena de fuerza y energía. Se comió un buen trozo de carne con papas fritas, un jugo de melón y al rato le dijo



a Juanca que su amiga Mariú tenía un problema y debía acompañarla a su casa.

Alonso se levantó de la butaca azul cuando vio llegar a su amada.







17

—Ya sé que no me quieres a tu lado, Valeria, no te culpo. Solo quiero que sepas que si decides no tener a nuestro hijo, yo te apoyo, te envié el dinero para eso. Mas, si decides tenerlo te protegeré, así no me quieras, o estés con otro hombre. Pero debes permitirme estar cerca, solo así podré protegerte.

Valeria lo escuchaba en silencio, de pronto inquirió:

—¿Por qué me enviaste un cheque para que abortara?

—Pero mi amor, creí que eso querías hacer. Como te viniste a Caracas y no quisiste verme más. Y es lógico que no quieras tener un hijo mío, es obvio, no solo por mi condición. Si no me quieres ya, pues imagino que no querrás tenerlo.

Valeria reflexionó antes de preguntar:

—¿Por qué dices en tu carta que debo estar contigo y que mi vida corre peligro si decido tener al bebé y no estamos juntos?

—Es lo que quería explicarte, Valeria. Existen otros vampiros que podrían buscarte. Los de la secta “Sangre”. Creo que André y yo matamos a tres de ellos, pero no estoy seguro. Te querré llevar para quedarse con el bebé. Él será un *humpiro*, ya te lo dije. Va a ser un niño distinto, muy poderoso, difícil de cuidar. Para colmo, será muy codiciado por los vampiros oscuros, los que están del lado maligno, porque su sangre es terapéutica y su voz tiene el poder de levantar a los muertos. Poseerá un poder mental



impresionante. Creo que la crianza de un niño así tal vez no es para ti. Si ni siquiera toleras la idea de que yo sea un vampiro.

—¿Qué dices? Yo criaré a mi hijo. Tengo suficiente fuerza y sé que puedo hacerlo sin ayuda de nadie.

—Maravilloso, amor. Y yo te protegeré de lejos, aunque sea un vampiro —dijo Alonso humillando la cabeza.

—Dios mío. Pues, ¿sabes Alonso?, no es eso exactamente lo que me molesta.

—¿Qué? ¿No te disgusta mi condición?

—Pensándolo bien, creo que no. Es más bien el engaño que supone todo esto, creo que son tus mentiras las que me disgustaron. Tú debiste decirme lo que eras. ¿Ves? No tengo miedo. Yo te habría querido igual.

—Tienes razón. Debí habértelo dicho. Así nunca te habrías acercado a mí. No tendrías ningún problema. Yo no quería acercarme a ti, traté de huir de mis sentimientos, pero cuando nos vimos todo ocurrió de una forma tan natural. Después que éramos novios ya no podía revelarte nada, no sabía cuál podría ser tu reacción, y no quería que te decepcionaras o que te espantaras, como ocurrió ahora, porque no quería perderte. Te amo demasiado Valeria.

—Y yo a ti.

—Pero quieres dejarme.

Un beso tibio, profundo, desmintió las últimas palabras. En pocos minutos llegaron a la casa de Colinas de Bello Monte. Allí el muchacho le contó toda su trágica historia, se desahogó completamente con su novia, como nunca lo había hecho con una mujer.



—Alonso, yo nunca he sido cobarde. Además mi hijo me da fuerza y valor. Nada de lo que has dicho me asusta. Y confío en Dios. Mi confianza en Dios es tan grande como mi fe.

—Yo hace tiempo también tuve fe, mi amor. Pero ya no. No creo que Dios quiera saber nada de mí.

—Alonso, tú no tienes la culpa, según lo que me cuentas fuiste una víctima. ¿No te das cuenta? Estoy segura de que si te arrepientes Dios te perdonará.

—¿Tú crees?

—Sí, lo creo, claro que sí, mi amor. Él es infinitamente misericordioso. No llores, Alonso. Cree en Dios, como creo yo en tí y en tu bondad. Tú eres el hombre que amo, así seas... lo que seas. Y él es nuestro hijo.

—Valeria, hay otras cosas que no sabes de mí.

—¿Más? Ay, Alonso. No, por favor.

Alonso descubrió el retrato de Valeria. Extasiada la muchacha admiró el parecido. Había capturado su expresión. La escondida rebeldía de su carácter. Su pasión.

Luego descubrió el retrato de la tía abuela Olalla, también al óleo.

—Trabajé sobre la copia que hice del retrato que me prestaste. Conocí a tus antepasadas. Ambas fueron mis esposas. Margarita Isabel, Olalla Margarita. Olalla murió quemada en La Habana y... en realidad iban a quemarme a mí, pero yo estaba en Santiago. Así la perdí y nunca me lo he perdonado.

—¡Alonso! Dios mío...

—Yo estuve mucho tiempo en Haití, allí pude curarme del dolor que me causó su muerte. Y mucho después emigré a Venezuela.



—Pero, ¿cómo es que no te quemas con la luz del sol? ¿Cómo no necesitas beber sangre humana?

—Hay una sola respuesta a todo eso, Victoria: André. Mi viejo mayordomo es un *houngan*, un poderoso brujo haitiano, él me preparó una bebida que me hace tolerar bien el sol. Y puedo comer algunas cosas, pero.... bebo sangre aún, a veces. De vaca. Y te confieso que he mordido a más de un malandro aquí en Caracas, cuando me han querido atracar. Aprendí de Fortunata que si le sacas el corazón a aquel que muerdes no se transforma en vampiro, ni puede tener vida eterna.

—¿Entonces, Caracas está llena de vampiros?

—No tanto. Pero sospecho que algunos de la pandilla de Fortunata andan por ahí. Los de “Sangre”.

—Ahora recuerdo lo que decía aquel diario que guardaba la abuela. Era de su antepasada Margarita Isabel.

—Margarita fue mi primer amor, Valeria. Perdona, pero tú me pediste que no te ocultara nada.

—Pero... ¡Has estado siempre en mi familia! Tienes doscientos años... No sé si puedo manejar bien todo esto, Alonso.

—Tengo en realidad quinientos, mi amor. Margarita Isabel y yo nos sepáramos porque la vi tan deprimida cuando supo lo que soy, que fingí estar muerto, para liberarla y así ella volvió a casarse. Pero tú eres mi amor definitivo, el más grande.

—Alonso, te voy a creer. Pero no me mientas nunca más. Y recuerda que el médico me dijo que tenía dos meses de embarazo. Pronto se notará. Debemos irnos de aquí, no quiero que mis padres lo sepan.

—Si quieres nos casamos.



Antes de que la Valeria pudiera reaccionar, Alonso estaba frente a ella, rodilla en pie, colocando en su dedo un anillo de brillantes que vertía una tímida luz rosa sobre la piel de la muchacha.

—Es... tan hermoso —susurró sonriendo embelesada.

Llamó a su padre por teléfono y le explicó la situación. Primero al pobre hombre casi le da un infarto, después se tomó un tranquilizante y al fin escuchó a su razonable esposa.

—Pedro Francisco, cálmate y escucha. Si no, te va a dar un “acevé”. Si tu hija está embarazada, lo importante es que se case. Si es con Juanca o con ese estudiante, da igual. Ya no nos dará más sustos. El muchacho ese tiene mucho dinero, según me cuentan. No te creas, yo hice mis pesquisas sobre ese caballerito. Es bien solvente. Valeria se casa con él, nosotros nos desentendemos de esa responsabilidad. ¡Un problema que nos quitamos de encima! Y nos echamos un viajecito al menos para desestresarnos. ¿Qué tal? Piénsalo, antes de seguir oponiéndote.

La boda fue íntima, solo doscientos invitados, que cabían muy bien en el jardín de la quinta Valeria. La novia había entrado en la iglesia deslumbrante de blancos velos y vaporosos tulles. Enhiestas rosas blancas la coronaban y su pelo castaño escondía sus brillos bajo una blanca cascada de encajes antiguos, de la fina mantilla de su tatarabuela. Rosas, azucenas y lirios formaban el esplendoroso *bouquet*. Avanzaba precedida de Mariú, que vestía de un azul turquesa muy claro. Valeria se aferraba nerviosa al brazo de su padre. Frente al altar la esperaba Alonso, con una rosa blanca en el ojal, al lado de Gustavo.

—¿Lo viste? Ese muchacho de que es bello, es bello —comentaba la madrastra de Valeria a su mejor amiga—. Míralo, parece de



Hollywood. ¿Cómo lo iba a dejar mi hijastra por ese desabrido de Juan Carlos?

—Es una parejita espectacular —corroboraba la dama—. Y además el chico huele requetebién.

—Eso sí. Alonso, es todo un galán —le susurraba Mariú a Sofí—. Y mi amiguita también es bella.

Ya en el jardín de la casa, Gaby se les acercó.

—Quería que supieran que Vanessa escapó del hospital. Dicen que alguien la ayudó.

—¿Alguien? ¿Quién podría burlar la vigilancia?

Alonso se preocupó un tanto. Pero enseguida se distrajo escuchando el grupo de cuerdas que amenizaba la fiesta, con canciones románticas de todos los tiempos.

Valeria subió a cambiarse el traje de novia y vio el viejo maletín. Abrió el diario y se tendió a leer un rato aquel viejo manuscrito polvoriento.

Pensamientos. A veces algunos vampiros tienen el poder de leer el pensamiento.

Plata. Los vampiros le temen porque les hace más daño un puñal de plata que uno de acero.

Poderes. Los vampiros poseen ciertos poderes. Pueden volar o flotar en el aire, tienen una gran fuerza y son tan veloces que a veces se hacen invisibles. Los humpiros tienen los mismos poderes repotenciados.

Rugido. Los vampiros suelen emitir rugidos cuando pelean entre sí.



Sangre. Principal alimento de los vampiros. No solo puede ser de humanos, a veces puede ser sustituida por sangre de animales.

Valeria bajó después con un bello traje rojo.

—¡Qué bella estás, amor!

Bailaron, festejaron. Ya sabía porque los vampiros podrían querer apoderarse de su hijo. Empezó a temer desde aquella misma noche, cuando Alonso la llevó a navegar en *El Dorado*, para ver la luna llena en el mar. La fosforescencia del mar iluminaba el rostro de la joven, que se tocaba el vientre, preocupada.

—Alonso, a ti nunca te ha afectado mi cruz de plata. Pero hubo un vampiro que apareció en mi habitación una vez y fue repelido. ¿Pasará lo mismo con otros vampiros? Esta cruz no me protegerá, ¿verdad?

Tuvo que referir todo el episodio, porque el esposo, que no lo sabía, se preocupó muchísimo.

—Seguro que fue Valdés. Entonces no cayeron en la trampa aquella.

Recuerda que yo fui tratado por André con hierbas especiales, yo puedo soportar cosas que ningún vampiro podría. Él me trató con vudú, es una protección muy fuerte. Mira, aquí junto a la cruz de oro que me dio mi padre cuando cumplí los veinte, pegado a esta cruz, llevo este pequeño envoltorio, ¿ves? Es la protección de André.

Era un pequeño bulto atado con mucho cuidado.

—¿Qué es?

—Me dijo que no lo revelara a nadie, pero yo te lo diré a ti. Y mandaré a hacerte uno igual. Lleva una gota de sangre de muerto,



sobre un trozo de oro, todo ello envuelto en piel de serpiente. Pero después de hecho debe ser atado con una tripa de murciélagos, puesto al sol todo el día y luego introducido en una bolsita de terciopelo, donde deben ir también tres clavos de plata. Antes de colgarlo al cuello, el *houngan* debe orar sobre el talismán y pedir para el objeto la protección de los espíritus protectores.

Sangre de muertos. Mortal para los vampiros.

Seducción. Los vampiros están dotados de un gran poder de seducción, suelen ser de buena presencia, hermosos, de agradable voz y mirada atrayente.

Vampiro. El vampiro es un ser trágico, desesperado por beber sangre humana, su sed no se sacia. La maldición se adquiere, no se nace con ella. Hay vampiros en todas partes del mundo y se cree que desde la más remota antigüedad. El vampiro seduce a sus víctimas antes de vampirizarlas y tales es su poder de seducción que la víctima se entrega a veces al sacrificio.







18

Valeria estaba llena de preguntas. Él las iría respondiendo poco a poco.

—Alonso, ¿cómo haces para tolerar el sol?

—Bebo una pócima preparada con Flor de Jamaica, la siembran en el jardín. Una vez Fotunata y Valdés me exigieron que les diera el filtro y André les puso sangre de muerto, que mata a los vampiros. Quién sabe cómo se salvaron.

Al día siguiente partieron a París. Valeria siempre había querido conocer la maravillosa ciudad del arte y la bohemia. Alonso le explicó a su esposa por qué no quería ir a España ni ver a su madre y ella entendió. Recuerdos tristes, era necesario borrarlos, empezar de nuevo. Prefirieron visitar Venecia, subir al campanario de la iglesia de San Marcos y ver a la reina del Adriático surgir del mar, como una nereida, al atardecer.

Un mes en Europa fue suficiente para que les entrara la nostalgia del trópico y se fueron a Bangkok, donde se murieron de risa porque un elefante, sentado en la vía, obstruía el tráfico. Se montaron en el Hikari, el tren bala de Japón, y desde allí fueron a la China.

Al fin regresaron a Caracas. Ya Valeria tenía seis meses de embarazo. El ultrasonido reveló que se trataba de un varón, fuerte y bastante grande. El parto sería por cesárea.



Una noche, decidieron subir al techo de la casa. Valeria quería recordar los viejos tiempos.

—Como cuando nos conocimos, Alonso, ¿recuerdas?

Para que no subiera las escaleras en su estado, Alonso la llevó volando, en brazos. Abrazados, no se cansaban de besarse y jurarse que nunca más se separarían. De pronto, casi a la media-noche, un olor salobre, como a viejas cuerdas de barco.

—¡Fortunata!

De la penumbra salió la voz, ronca y almibarada.

—*Si, caríssimo, sono io. Come stai, ragazzo mio?* Me atrajo un rico *odore* ¿alguien está preparando pizza?

Fortunata se balanceaba en el aire, con un alfanje en sus manos morenas. Su larga melena rizada por el fuego del infierno flotaba en el viento de la noche. Era una imagen espectacular. Valeria se pegó de Alonso.

—Dame a la *ragazza*, Alonso. La necesitamos. *Non voglio farti nessun male, caro.* No te haré mal a ti. Solo *voglio la donna*. La chica es lo único que quiero. Sabes por qué. ¿Es así que se dice, Vane? ¡Sorpresa! *Ecola qui*, Vanessa. *Tua amiga* ahora es *mia amica*, y me está enseñando a *parlare* español. *Si, ma*, porque Maribella solo *parla* mal francés y peor español.

—¡Vanessa! —gritó Valeria aterrada.

Frente a ellos, sentada en el aire, en postura de loto, Vanessa mostraba sus colmillos en una sonrisa macabra.

—¡Te creía más inteligente, Fortunata! —rio Alonso—. Esta muchacha no es confiable. Es una intrigante. Es falsa.

Vanessa rugió y se abalanzó sobre él, pero Alonso se movió de lugar, con lo que la chica se estrelló contra el techo, atolondrada.



—Además es torpe.

El capitán Valdés cayó de pie sobre el techo, espada en mano, con Maribelle, que mostraba sus colmillos en una mueca espan-tosa.

—¿Nos creías muertos, mozalbete? Solo mataste a los padres de Orión, míralo, se vino conmigo, a vengarlos.

Un dóberman negro mostraba sus horripilantes colmillos de vampiro flotando frente a ellos y gruñendo amenazador. Al mismo tiempo, André y Antoinette protegían con sus cuerpos a Valeria.

Con una siniestra carcajada Fortunata despertó a los murciélagos que dormían en los árboles vecinos.

—¡Eras mi amigo, Alonso, y me traicionaste! —gritaba Vanessa.

—Vanessa apártate de ellos —le gritaba Alonso—. Nunca te traicioné. Siempre te dije que no te amaba. Eras mi amiga. Tú fuiste quien rompió todo eso.

Vanessa lo ignoró y sacando una daga de oro se dirigió a Valeria canturreando con la música de *Pedro Navaja*, de Rubén Blades.

—*Valeria no vale nada, no vale nada Valeria.* Era mío, hasta que te conoció, sifrina. Pero ya vas a ver que no lo podrás disfrutar.

Mientras hablaba, los ojos de Vanessa giraban en sus órbitas, y abría la boca de forma desmesurada solo por asustar a Valeria.

—¡No te tengo miedo! El gran poder de Dios está conmigo. ¡Y tus amigos y tú pagarán sus crímenes! —dijo Valeria.

—¿Y los crímenes de tu novio? —rio la vampirita.



Pero retrocedió de un salto al ver la cruz de plata que brillaba en el pecho de la chica.

—¡Quítasela! —ordenó Fortunata.

—¡Quítasela tú! Eso mata —retrucaba Vanessa.

Con uñas y puñales peleaban Fortunata, Valdés y Maribelle. Con sus grandes poderes se defendían, André, Antoinette y Alonso.

Vanessa trataba de morder a Valeria con saña para quitarle la cruz. Fortunata le recordaba que no había que hacerle daño, por el *humpiro*. Valeria levantó la cruz de plata y se la pegó de la mejilla a Vanessa, con lo cual la derribó aparatosamente sobre la hierba.

Fortunata dio un grito de pavor al ver caer a su pupila.

—¡*Ragazzina mia!*!

André bajó de un salto, trató de abrirle el pecho para sacar rápidamente el corazón, pero se le adelantó un blanco ser deforme que se arrastraba por la grama y se llevó a la muchacha, devorándola rápidamente. Era un espíritu marginal. El perro Orión se lanzó tras él y el brujo le habló en francés, como en un susurro. Al rato lo tranquilizó. El perro y el brujo se miraron, respetándose mutuamente.

—*Ma, ¿che cosa es esto?* —se horrorizó Fortunata.

—Lo que te dije que ibas a despertar, con tu insaciable crueldad —respondió Alonso.

Valeria comenzó a vomitar, asistida por Antoinette, quien la introdujo por la ventana para ponerla a salvo. Bernardine la abrazó y trató de esconderla.



Sin embargo, una sorpresa las esperaba. Maribelle se había colado también por la ventana y tomando a Valeria por la cintura, salió por la otra ventana al aire frío, gritando para llamar a sus compañeros. El trofeo estaba ya en sus manos, no había por qué seguir luchando.

—*Allez, allez, andiamo Fortunata, tengo tu humpiro!*

Valeria estaba en sus manos, ya no tenía la cruz de plata, se había caído al rechazar a Vanessa. Podían irse a disfrutar tranquilos del premio.

Fortunata trató de volar tras Maribelle desde la grama, pero de pronto una mano blanca la asió con fuerza por el hermoso pie desnudo. Era otro espíritu marginal, que se trepó sobre ella y comenzó a comérsela tranquilamente, mientras la italiana daba rugidos de dolor y miedo.

—Les advertí que iban a despertar a estos terribles seres —repitió triste, Alonso.

Aterrado, Valdés remontó desde el techo el vuelo, tras Maribelle, que llevaba a Valeria inconsciente. Alonso y André los siguieron, con Antoinette y Bernardine, pero los vampiros malignos llevaban ventaja. Ya el techo de la casa se veía bastante lejos.

De pronto los fugitivos se detuvieron. Se despejaron las nubes que cubrían la luna rubia de Caracas. Entonces apareció, plantado frente a ellos, don Fernán de la Rosa, un terrible vampiro de cabellera plateada, en toda su fuerza y poderío. A su lado doña Sagrario Olañeta, su esposa.

—*Padre!*



—Cuando saliste de casa por última vez mi corazón falló, Alonso. Tu madre tuvo que salvarme. ¡Ya sabes!

—Mucho ruido y pocas nueces —gritó Valdés—. ¡Ea! Basta ya de palabritas dulces y decidamos esto.

—¿Qué te parece si lo decidimos así? —dijo don Fernán, cercenando limpiamente la cabeza del capitán, con la espada de plata que llevaba.

El cuerpo sin vida llegó hasta los brazos de André, quien abrió su pecho de un tajo y sacó el infame corazón, lanzándolo lejos.

—¡Peor para ustedes! —gritó Maribelle—. No tendremos el *humpiro*, pero ustedes tampoco verán a su nieto. ¡La dejaré caer!

Maribelle soltó a Valeria, que comenzó a caer con todo su peso en caída libre desde más de quinientos metros de altura.

Doña Sagrario introdujo un estilete de plata por la garganta de la vampira haitiana, que gritó ahogada. Bernardine vino rápidamente y de un tajo abrió su pecho y sacó el corazón.

Valeria abrió de pronto los ojos y se vio en medio del cielo. Creyó que iba a morir y pensó en Dios. Se arrepentía de sus pecados. Su vida terminaba y evocó a sus padres. Su infancia, los días de playa. Sus mejores amigos. Su linda fiesta de cumpleaños, cuando conoció a su gran amor. Recordó su hermosa boda. El amor de Alonso. Moriría, pero encomendó al Señor su alma y la de su hijo.

De pronto, ya no caía libre y velozmente. Descendía lentamente y con suavidad, como si flotara. A pocos metros del techo la recibió Alonso y la abrazó con fuerza.

—¡Alonso! ¡Mi hijo! ¡Fue él, él me salvó! Él y Dios.



—Sí, amor. Él y Dios.

Don Fernán, doña Sagrario y André se reunieron con ellos en el techo. Bernardine tenía en la mano el corazón de Maribelle y lo lanzó lejos. Cayó en medio de una jauría de perros callejeros. El dóberman se echó afectuoso a los pies del *houngan*. Los padres de Alonso estaban radiantes, sobre todo don Fernán, que sentía de esta forma haber subsanado su distanciamiento de Alonso.

—¡Terminamos con ellos, hijo! Lamento conocerte en estas circunstancias, mi querida nuera.

—Estoy feliz de verlos. ¡Ustedes nos salvaron! Don Fernán, doña Sagrario, bienvenidos a nuestra casa.

Alonso lloró como un niño abrazando a su padre. Su madre los miraba y lloraba también, de alegría. Entraron por la ventana y bajaron las escaleras. Bernardine y Antoinette prepararon una exquisita carne a la tártara, cruda, por supuesto, y para brindar, agua de Jamaica. El perro también tuvo su ración.

—Ajá, ya André nos habló de las virtudes de esta flor.

—Tengo tanto que contarte, padre. He sufrido mucho.

—Lo sé hijo. Pero ahora tienes nuestro apoyo. Tú y tu esposa. Y nuestro nieto, claro. Vendrán tiempos felices, Alonso. Vamos a navegar por el mundo entero, nuestro futuro será maravilloso.

Cuatro meses más tarde venía al mundo Alonsito de la Rosa, el pequeño *humpiro*. En brazos de su madre destacaba aún más su carita angelical. Sus claros ojos de río. Rodeaban la cama Alonso y sus padres, emocionados y expectantes.

Valeria amamantaba a su hijo con celo. No se atrevía a dejarlo solo en la cuna, a pesar de que no lloraba. Era normal en todo menos en eso. Su llanto nunca se oyó, pero sonreía. Un día,



cuando cumplió el mes, ante una mueca cariñosa de su padre, soltó su primera risa. Fue una carcajada completa, como la de un niño de mayor edad.

Y el sonido de esa risa, como si fuera una campanita mágica, viajó por el aire y despertó oídos que estaban bajo el polvo, hizo latir corazones que llevaban mucho tiempo dormidos.





Sangre
digital

de la Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, República Bolivariana de Venezuela,
en el mes de abril de 2024







Mercedes Franco (El Tejero, Edo. Monagas, 1948).

Licenciada en Letras en 1975. Se ha destacado en la literatura infantil y juvenil con una obra que busca rescatar la memoria histórica, los principales personajes y leyendas de nuestro país. Es productora radial del programa *Cosas de Venezuela* que se transmite por Radio Nacional de Venezuela, profesora universitaria y conferencista. Ha dictado seminarios sobre literatura infantil en La Casa de Bello, Centro de Arte La Estancia y Monte Ávila Editores. En 1992 obtuvo el premio Miguel Otero Silva con la novela *La capa roja*, que trata sobre la fundación de Mérida y en 1998 el premio internacional IBBY por *Vuelven los fantasmas*. Su novela más reciente, *Crónica caribana* (2006), ha recibido varios reconocimientos. En 2008 fue nominada al Premio Astrid Lindgren por el Banco del Libro. Recientemente ha participado como conferencista en diversos eventos internacionales, entre estos, la Feria Internacional del Libro de Santo Domingo (2007) y la de La Habana (2009).

Sangre, novela juvenil que se inscribe dentro de la literatura fantástica, narra las aventuras de Alonso de la Rosa, quien se ve obligado a huir de España, su país natal, rumbo a América y en ese trayecto cuenta cómo se convirtió en vampiro. Después de transitar por La Habana –donde se casa con su primer amor Olalla Margarita– y Puerto Príncipe, llega a Caracas donde conoce a Valeria Margarita, la descendiente de la esposa que tuvo hace cien años y de su segundo gran amor, su abuela Margarita Isabel. Temiendo perderla como le ocurrió con las otras dos, la protege desmedidamente, aprovechando la ventaja que tiene un ser inmortal: la de poseer días infinitos, poder errar y recomponer su vida. En la novela contrasta una Caracas utópica, bohemia, amable, de avenidas y teatros imaginarios, con personajes un tanto románticos, con una Caracas actual deshumanizada por la violencia por un lado, y por el otro, de personajes frívolos que viven en los mundos virtuales que brinda la tecnología y las redes sociales.



9 789801 455356



IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

